

Cuadernos

del

Centro de Documentación y Estudios
Josemaría Escrivá de Balaguer

Separata de

«Anuario de Historia de la Iglesia»

Edición:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S.A.

Redacción, administración y suscripciones:

Edificio de Facultades Eclesiásticas
Universidad de Navarra. 31080-Pamplona (España).

Teléfono internacional: 00 34 948 42 56 31

Fax internacional: 00 34 948 42 56 33

E-mail: cdejeb@unav.es

http://www.unav.es/teologia/af_cdjmb.html

Depósito Legal: NA 791-1999

ISSN: 1139-5346

Nihil obstat: Ildefonso ADEVA

Imprimatur: † José Luis ZUGASTI, Vicario General

16 de febrero de 2000

Cuadernos

del

Centro de Documentación y Estudios
Josemaría Escrivá de Balaguer

IV

2000

CUADERNOS
DEL
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y ESTUDIOS
JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

IV/2000

SUMARIO

Estudios

- Federico M. REQUENA (Pamplona)
Diez itinerarios sacerdotales. Los compañeros de ordenación del beato Josemaría 9
- Alfonso MÉNDIZ (Málaga)
«Cada caminante siga su camino». Historia y significado de un lema poético en la vida del fundador del Opus Dei 31

Notas

- Presentaciones en Italia del libro: «Il Fondatore dell'Opus Dei», de Andrés Vázquez de Prada* 63
- Rev. Ennio APECITI (Milán, 1.VI.1999)
La santidad es posible. Un testimonio contemporáneo 64
- Prof. Andrea RICCARDI (Roma, 21.IX.1999)
Los luminosos «años oscuros» del beato Josemaría 74
- Card. Dionigi TETTAMANZI (Roma, 21.IX.1999)
En los orígenes de una misión 80

Estudios

Diez itinerarios sacerdotales

Los compañeros de ordenación del beato Josemaría

Federico M. REQUENA

En la quinta semana de Cuaresma, el 28 de marzo de 1925, sábado *ante Dominicam Passionis*, don Miguel de los Santos y Díaz Gómara¹ confirió la Ordenación, en el Seminario de San Carlos de Zaragoza, a diez Presbíteros, cuatro Diáconos y catorce Subdiáconos. De los diez nuevos Presbíteros cuatro eran colegiales del Seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza: Josemaría Escrivá, Clemente Cubero, Gerásimo Fillat y Manuel Yagiies. Los restantes Diáconos que recibieron el presbiterado, en esta ceremonia, fueron: Julián Lou Miñana, Francisco Muñoz Secanella y Pascual Pellejero Gutiérrez, del Seminario Conciliar de San Valero y San Braulio de Zaragoza; Carmelo Coromina Urbez, seminarista externo de la diócesis de Zaragoza; un Escolapio, el P. Casiano Ocariz de la Virgen del Perpetuo Socorro, y un Diácono de la diócesis de Osma, Trifino Martínez Gil².

Diez jóvenes, ocho de ellos pertenecientes a la diócesis de Zaragoza, llegaban al presbiterado. Uno de ellos era Josemaría Escrivá de Balaguer, el futuro beato Josemaría, fundador del Opus Dei. «Durante aquellos años, —escribía tiempo después Francisco Muñoz Secanella, uno de aquellos compañeros de ordenación—, no imaginé que estuviera llamado a todo lo que después ha realizado. Es posible

1. Por estas fechas Don Miguel de los Santos (1885-1949) era obispo preconizado de Burgo de Osma y continuaba siendo Presidente del Seminario de San Carlos. Había sido obispo auxiliar del Cardenal Juan Soldevila Romero, que gobernó la diócesis de Zaragoza desde 1902 hasta que fue asesinado en junio de 1923. Desde la muerte del cardenal la sede episcopal de Zaragoza estaba vacante y el Cabildo Metropolitano había nombrado Vicario Capitular de la Archidiócesis al hasta entonces Provisor, Don José Pellicer. La archidiócesis de Zaragoza tenía un extenso territorio con varias sedes sufragáneas, entre ellas la de Barbastro. Contaba entonces Zaragoza unos 145.000 habitantes; la mitad eran inmigrantes venidos a la ciudad en los últimos veinte años.

2. Cfr. «Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza» (BOAZ) 6 (1925) 81. La noticia también apareció publicada en el diario local «El Noticiero», de fecha 29 de marzo de 1925.

Federico M. Requena

que sintiera él ya algo por dentro, pero no lo manifestaba, sino que era natural y sencillo: uno más. Dios elige a quien quiere —*Spiritus ubi vult spirat*—, y quiso servirse de él para cosas muy grandes»³.

En estas breves páginas intentamos ofrecer una visión de conjunto de esa promoción sacerdotal. Podríamos hablar de un ensayo de biografías diez itinerarios sacerdotales que tuvieron un punto en común, la fecha del 28 de marzo de 1925 y unos precedentes y, sobre todo, unos caminos ulteriores diferentes entre sí.

No pretendemos, por tanto, hablar de los amigos del beato Josemaría, ni siquiera de sus compañeros del Seminario, aunque varios de los recién ordenados lo eran. Nos centramos, exclusivamente, en los compañeros de ordenación, algunos de los cuales apenas se conocían entres sí, por provenir de seminarios distintos a los de la diócesis de Zaragoza.

Nos limitamos a seguir, en sus grandes líneas, diez itinerarios sacerdotales que tienen sus orígenes en los años veinte y se prolongan durante las décadas centrales del siglo, intentando apreciar continuidades y discontinuidades en lo que podríamos llamar modos diferentes de recorrer la *carrera eclesiástica* en la España del siglo XX.

Por el número tan reducido de historias que presentamos, no intentaremos extraer ninguna conclusión generalizable al clero de la época, pero pensamos que es una pequeña página que puede aportar algunos datos a esa historia.

Este panorama lo diseñamos fundamentalmente presentando de modo paralelo los diversos itinerarios, pero sin renunciar a poner de relieve sus intersecciones, cuando sea posible. La exposición la dividimos en cinco partes que corresponden a cinco etapas cronológicas: 1. Procedencia de los ordenados e itinerario anterior a la ordenación (1900-1925); 2. El primer destino posterior a la ordenación (1925); 3. Los diez primeros años de ministerio, hasta la guerra civil española (1925-1936); 4. Desde la guerra civil hasta las bodas de plata sacerdotales (1939-1950); 5. Desde las bodas de plata (1950) hasta el final.

Las fuentes utilizadas han sido, principalmente, los Expedientes de órdenes, las Fichas personales de encargos pastorales, y los Libros de Decretos Arzobispa-

3. Testimonio de D. Francisco Muñoz Secanella. Cfr. *Archivo General de la Prelatura, Registro Histórico del Fundador* (AGP, RHF), T-02857. Este testimonio se puede completar con el de algún otro compañero. Por ejemplo, Agustín Calleja, que convivió durante más tiempo y más estrechamente con el beato Josemaría, escribió: «Él no pretendía en absoluto “hacer carrera”, en el sentido que entonces se decía entre algunos eclesiásticos, sino que miraba más allá. Se notaba que llevaba algo por dentro que hacía que el Seminario resultase un marco estrecho para sus inquietudes». Testimonio de D. Agustín Calleja Tello. (AGP, RHF), T-02861.

les, que se conservan en Archivo de la Diócesis de Zaragoza⁴. También ha sido de utilidad el Boletín Oficial del Arzobispado de Zaragoza. Finalmente, habría que señalar la utilización de algunos recuerdos y testimonios personales⁵.

1. *Procedencia de los ordenados e itinerario anterior a la ordenación (1900-1925)*

Comencemos por ver el origen geográfico y las fechas de nacimiento de cada uno de ellos. Seguiremos un orden cronológico, empezando por el de mayor edad.

El mayor del grupo era Pascual Pellejero Gutiérrez y vino al mundo el día 11 de junio de 1900 en Romanos, población de unos 300 habitantes de la provincia de Zaragoza⁶; le seguía Francisco Luis Muñoz Secanella que había nacido el 24 de julio de 1900 en Samper de Calanda, población de la provincia de Teruel, que contaba por esa época con unos 3000 habitantes; Julián Inocencio Lou y Miñana había nacido el 28 de diciembre de 1900 en Ricla, población de similar tamaño que la anterior, pero de la provincia de Zaragoza. Los tres más jóvenes eran los que procedían del seminario de San Francisco de Paula: Manuel Yagües y Flor había nacido el 24 de enero de 1901 en Burbáguena, población de algo más de 1000 habitantes de la provincia de Teruel; Clemente Cubero Berné había nacido el 22 de noviembre de 1901 en Moyuela, población de similares dimensiones que la anterior, situada en la provincia de Zaragoza; Josemaría Escrivá de Balaguer había nacido en Barbastro el 9 de enero de 1902; también en Barbastro, el 5 de marzo del mismo año, había nacido Gerásimo José Fillat Bistuer. El único diácono que había sido seminarista ex-

4. De los Expedientes de Órdenes hemos obtenido los datos biográficos de los sacerdotes así como sus itinerarios académicos. Los Libros de Decretos Arzobispales, las Fichas personales de encargos pastorales y las Estadísticas de la Diócesis publicadas en los años 1925, 1928, 1931, 1940, 1951 y 1974 nos han permitido reconstruir los diversos itinerarios posteriores a la ordenación. Esta enumeración global de las fuentes y de los datos que proceden de cada una de ellas nos permitirá evitar la multiplicación de notas a lo largo del texto. Lógicamente nos estamos refiriendo a los datos sobre los ocho sacerdotes que pertenecían a la Diócesis de Zaragoza. Para los datos de Trifino Martínez Gil, hemos contado con la documentación del obispado de Osma-Soria y para el P. Casiano hemos contado con la *Consuetud* correspondiente, que nos ha sido facilitada gentilmente por el Secretario Provincial de Aragón de las Escuelas Pías.

5. De particular ayuda para la recopilación de las fuentes han sido el trabajo y los recuerdos de D. Jesús Ramos, sacerdote de la diócesis de Zaragoza. También hemos contado con los testimonios de dos de los compañeros de ordenación: Clemente Cubero y Francisco Muñoz Secanella, los dos únicos sacerdotes de ese grupo que habían tenido algún trato con el beato Josemaría y que vivieron más allá de 1975, año de defunción del beato.

6. Los datos de población proceden de Román GARCÍA GÁRATE, *Guía General de Aragón, Navarra, Soria y Logroño*, Zaragoza 1925; C. ROCAFORT, *España regional*, Barcelona, s.a.; y B. BENITO MELERO, *Nomenclator estadístico de España. Pueblos, habitantes, ferrocarriles, telégrafos, teléfonos y giro postal*, Madrid 1947.

terno, Carmelo Constantino Mateo Coromina y Urbez, vino al mundo en Zaragoza el 21 de septiembre 1902. Por último, Trifino Martínez Gil, que pertenecía a la diócesis de Osma, había nacido en Pedrosa de Duero, provincia de Burgos, el 5 de julio de 1900; y el escolapio Casiano Ocáriz Segura había nacido el 1 de diciembre de 1901, en Aramendía del Valle de Allín en Navarra.

En conjunto vemos que los ocho diáconos que se ordenaban para la diócesis de Zaragoza eran originarios de las provincias comprendidas en el ámbito de la Archidiócesis: Zaragoza y Teruel —que formaban la diócesis de Zaragoza— y Huesca —diócesis sufragánea— y tenían entre 23 y 25 años. Los mayores eran los tres procedentes del Conciliar: Pascual Pellejero Gutiérrez tenía 25 años; Yagües, Lou y Secanella, tenían 24; los demás tenían 23 años. Los dos que no procedían de la Archidiócesis, el P. Casiano y Martínez Gil, tenían 23 y 24 años respectivamente.

Expuestos esos datos estadísticos, recorramos sus itinerarios desde el momento de su entrada en el Seminario hasta el momento de la ordenación, para establecer las relaciones que existían entre ellos, así como los paralelismos y las divergencias que aparecen en sus años de formación.

Para comprender mejor lo que sigue se hace necesario que, previamente, digamos algo sobre los seminarios y el régimen de estudios en la diócesis de Zaragoza en aquel momento.

En Zaragoza funcionaban por entonces dos Seminarios de preparación para el sacerdocio: el Seminario Conciliar de San Valero y San Braulio y el Seminario de San Francisco de Paula, llamado por algunos Seminario de San Carlos, por estar instalado en el edificio del Real Seminario Sacerdotal de San Carlos⁷. Los colegiales de ambos Seminarios hacían juntos los estudios eclesiásticos en la entonces Universidad Pontificia de Zaragoza, cuyas aulas ocupaban la planta baja de un edificio de la plaza de la Seo, al lado del palacio arzobispal. Universidad Pontificia y Seminario Conciliar compartían un mismo edificio, de tal manera que sólo los seminaristas del San Francisco de Paula, que nunca gozaron de claustro independiente, eran los que debían desplazarse todos los días para asistir a las clases donde coincidían con los alumnos del Conciliar.

El plan de estudios de la Universidad Pontificia comprendía 4 cursos de Latín y Humanidades, 3 cursos de Filosofía y 5 de Teología⁸. El Derecho Canónico se

7. Para conocer la historia del Seminario de San Francisco de Paula, así como su relación con el Real Seminario de San Carlos, cfr. R. HERRANDO, *El Seminario de San Francisco de Paula de Zaragoza (I) y (II)*, en «Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer» 2 (1998) 7-44 y 3 (1999) 7-46.

8. Los cursos de Latín y Humanidades podían cursarse, además, en el Seminario Menor de Belchite. Así mismo, en los Estudios de Latinidad del Colegio de los RR.PP. Escolapios se cursaban los tres

hacía en tres cursos. Los grados de Bachillerato, Licenciatura y Doctorado en Teología se obtenían respectivamente en los cursos tercero, cuarto y quinto. Se podía acceder a las órdenes cursando 4º de Teología. Así mismo, quienes querían realizar los estudios de Derecho Canónico —y obtener los grados académicos de esta Facultad— podían comenzar al terminar 4º de Teología. También existía la llamada Carrera Breve, prevista para quienes entraban en el Seminario con más edad o tenían dificultad para el estudio. La Carrera Breve reducía los estudios de Filosofía a un año y los de Teología a dos⁹.

Pasemos ahora a los itinerarios personales.

Dos de los tres diáconos procedentes del Seminario Conciliar, Pascual Pellejero y Julián Lou, habían ingresado al mismo tiempo para cursar primero de Filosofía. Habían permanecido internos en el Seminario desde entonces y ambos se ordenaron mientras cursaban cuarto de Teología. Como hemos visto, eran los mayores con 25 y 24 años respectivamente. Julián Lou obtuvo una buena media en sus estudios¹⁰.

Pascual Pellejero había residido anteriormente en el Seminario de San Francisco de Paula, pero perdió la beca y tuvo que dejar el seminario de San Francisco. En septiembre de 1919 se le concedió un famulato en el Seminario Pontificio y allí continuó sus estudios¹¹. Tenía un carácter dócil y bondadoso, pero, como hemos visto, encontraba dificultades en sus estudios. En primero de Filosofía no obtuvo más que *Méritus* en todas sus asignaturas¹².

Francisco Muñoz Secanella, el tercer diácono que procedía del seminario de San Valero y San Braulio, había ingresado un año antes que los dos anteriores y también fue interno desde primero de Filosofía. Se ordenó en quinto de Teología. Destacó en sus estudios¹³.

primeros años de Latín. También estaba previsto que pudieran hacerse los dos primeros años de Latín, y excepcionalmente el tercero, en las distintas precepturías establecidas en los pueblos de la diócesis, como se establece en el BOAZ del 4 de julio de 1907.

9. Cfr. *Erectio Canonica Facultatum Sacrae Theologiae, Iuris Canonici et Philosophiae Scholasticae in Caesaraugustano Seminario, una cum Decretis atque Rescriptis erectionem respicientibus*, Zaragoza 1897, en concreto: *Appendix. Tabulae synopticae Disciplinarum*, 55-59. Junto a los trabajos citados anteriormente, se puede consultar al respecto P. TINEO, *La formación teológica en los seminarios españoles (1890-1925)*, en «Anuario de Historia de la Iglesia» 2 (1993) 45-96.

10. A lo largo de sus estudios obtuvo 15 *meritissimus*, 10 *benemeritus* y 2 *meritus*. Cfr. *Certificado de la Secretaría de Estudios*, que se pueden encontrar, como ya se ha dicho, en los Expedientes de Órdenes.

11. Los *fámulos* eran seminaristas de escasos recursos económicos que tenían matrícula y pensión gratuita a cambio de ocuparse de determinados trabajos manuales como cuidar de la limpieza de las habitaciones, servir la mesa de los superiores, etc.

12. Obtuvo 10 *benemeritus* y 13 *meritus* a lo largo de sus años escolares.

13. Obtuvo 19 *meritissimus*, 10 *benemeritus* y 2 *meritus*.

Manuel Yagües Flor se incorporó al San Francisco de Paula para cursar cuarto de Latín, tenía entonces 19 años, y siguió la Carrera Breve; es decir, durante los tres cursos siguientes hizo un año de Filosofía y dos de Teología. A juzgar por las indicaciones de sus superiores parece que no tenía un gran talento, pero destacaba en su piedad, aplicación y era de carácter pacífico y bondadoso. Desde su primer curso en el Seminario da señales de vocación sacerdotal. Al final de su segundo curso en el San Francisco de Paula fue nombrado fámulo del Seminario de San Carlos¹⁴. Ya en septiembre de 1921 se le había concedido beca entera. Se ordenó habiendo terminado la Carrera Breve¹⁵.

Clemente Cubero Berné tenía 18 años cuando ingresó en el San Francisco de Paula para cursar primero de Teología. Él y Josemaría eran los dos teólogos más jóvenes. En el Seminario destacaba por su piedad, no así por sus estudios, en los que el *Beneméritus* fue su nota habitual¹⁶. Parece ser que fue alumno interno en primero y segundo de Filosofía y que pasó a la condición de externo durante su tercer año de Filosofía. Al comenzar la Teología pasa de nuevo a ser interno en condición de fámulo del San Carlos. Se ordenó cuando cursaba el quinto año de Teología. De carácter sereno, daba la impresión de pasar bastante inadvertido. Era diminuto de estatura, por lo que fue declarado exento del servicio militar.

Clemente Cubero recordaba, años después, el nombramiento como inspector de su compañero Josemaría en septiembre de 1922 y destacaba la paciencia con la que desempeñó esta tarea: «En nuestro Seminario había dos Inspectores: uno para los humanistas y filósofos y otro para los teólogos. Josemaría se ocupaba de los mayores pero, a pesar de todo, el suyo era un cometido difícil: éramos aún jóvenes y nos comportábamos como era natural en nuestra edad, y costaba guardar la disciplina propia del Seminario, y a veces algunos estaban inquietos y armaban pequeños jaleos. Recuerdo que tenía mucha paciencia, que no se alteraba ni perdía la compostura y siempre se comportaba con caridad, paciencia y educación»¹⁷.

Josemaría Escrivá también tenía 18 años al ingresar en el San Francisco de Paula, pero comenzaba su segundo año de teología pues el primer curso ya lo había

14. Los alumnos del Seminario de San Francisco de Paula podían ser nombrados fámulos del San Francisco —cuya misión era realizar servicios análogos a los indicados en nota anterior—, o bien, fámulos del Seminario de San Carlos, como es el caso de Manuel Yagües. Estos fámulos estaban asignados a determinados Sacerdotes del Real Seminario Sacerdotal.

15. Obtuvo 4 meritissimus, 4 benemeritus y 8 meritis. Presenta la media académica más baja de todo el grupo.

16. 7 meritissimus, 18 benemeritus y 5 meritis.

17. Testimonio personal de D. Clemente Cubero, 22 de noviembre de 1975, en AGP, RHF T-02859.

realizado en el Seminario de Logroño¹⁸. Anteriormente, y con la idea —que después cambió— de estudiar arquitectura, había cursado sus estudios de bachillerato también en Logroño. Durante el curso 1922-1923 fue nombrado superior del Seminario, cargo que desempeñó hasta el momento de su ordenación. Había terminado la Teología durante el curso 1923-1924¹⁹ y durante ese mismo curso y el curso siguiente fue alumno externo de la Facultad de Derecho de la Universidad Literaria de Zaragoza.

Gerásimo Fillat, era el cuarto diácono que procedía del San Francisco de Paula y era paisano de Josemaría. Se había incorporado a aquel Seminario, para cursar el cuarto año de Teología, el 3 de noviembre de 1923. Provenía del Conciliar, donde había estado un curso completo y el comienzo del presente y, anteriormente, había estudiado en Barbastro y Valladolid. Disfrutó de beca entera y se le dispensó de media pensión. Realizó sus estudios con brillantez y se ordenó haciendo el primer curso de Derecho Canónico²⁰.

Carmelo Coromina, era el único de aquel grupo que cursó casi todos sus estudios como seminarista externo. Había sido interno durante el primer curso de Filosofía, pero tuvo que dejar el Seminario por dificultades de salud. Sus compañeros le recuerdan como de estatura más bien pequeña y enjuto de carnes. Tenía un pequeño defecto en una pierna que le dificultaba un poco caminar. Académicamente se situaba en una posición intermedia dentro del grupo²¹. Se ordenó mientras cursaba segundo de Derecho Canónico.

Trifino Martínez Gil, el diácono de Osma, había estudiado en el Seminario de Burgos, regentado al igual que el San Valero y San Braulio, por los Operarios Diocesanos. Cursó sus cuatro cursos de Latín y Humanidades, sus tres cursos de Filosofía y sus cinco cursos de Teología, obteniendo siempre la calificación de *meritissimus*. Se ordenó habiendo terminado la Teología.

De Casiano Ocariz sabemos que realizó sus estudios para sacerdote y maestro Escolapio entre Estella y Tafalla como postulante, y posteriormente en Irache y Zaragoza. Hizo su noviciado y profesión simple en Peralta de la Sal de 1916 a 1917.

18. Sobre esa etapa de la vida del beato Josemaría se puede consultar: J. TOLDRÁ, *Los estudios de Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1920)*, en «Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer» 1 (1997) 607-674.

19. Obtuvo 16 *meritissimus*, 2 *benemeritus* y 2 *meritus*. Es la media más alta del grupo junto con Trifino Martínez Gil, de Osma.

20. Obtuvo 14 *meritissimus*, 5 *benemeritus* y 2 *meritus*.

21. Obtuvo 3 *meritissimus*, 15 *benemeritus* y 12 *meritus*. No aparecen las calificaciones del primer curso de derecho canónico.

Como hemos podido ver hay una notable diversidad en los itinerarios recorridos hasta la ordenación, lo que nos habla de relaciones diversas entre ellos. Si atendemos al Seminario de origen y al curso de cada nuevo sacerdote, podemos distinguir tres grupos dentro del conjunto: aquellos que fueron compañeros en el Seminario; aquellos que fueron compañeros de curso; y aquellos que fueron compañeros de curso y de Seminario simultáneamente.

Respecto a los compañeros de Seminario, cuatro de ellos venían del Seminario de San Francisco de Paula: Josemaría Escrivá, Clemente Cubero, Manuel Yagües y Gerásimo Fillat; los tres primeros además entraron el mismo año. Tres venían del Seminario Conciliar: Julián Lou Miñana, Francisco Muñoz Secanella y Pascual Pellejero Gutiérrez. Carmelo Coromina fue externo y Trifino Martínez y Casiano Ocariz venían de fuera de la Diócesis.

Veamos los compañeros de curso. Podemos distinguir tres grupos que fueron compañeros de curso entre sí: 1. Josemaría Escrivá y Carmelo Coromina, que se ordenaron habiendo terminado la Teología; 2. Clemente Cubero, Gerásimo Fillat y Francisco Muñoz Secanella, que se ordenaron en quinto de Teología; 3. Julián Lou Miñana y Pascual Pellejero Gutiérrez, que se ordenaron en cuarto de Teología. El resto no fueron compañeros de curso, lo que no significa que no fueran nunca condiscípulos. Por ejemplo, Josemaría fue condiscípulo también de Clemente Cubero, Gerásimo Fillat y Francisco Muñoz Secanella en algunas asignaturas²². De hecho, este último recordaba a su condiscípulo Josemaría: «Tuve de él siempre una buena opinión: lo consideraba un seminarista recto y cumplidor. Lo recuerdo serio y maduro, formal; agradable en la conversación. Era cuidadoso en el vestir y elegante, pero sin afectación o exageración alguna»²³.

Por último habría que señalar los que fueron compañeros de Seminario y de curso simultáneamente. Fueron los menos. Concretamente sólo Julián Lou Miñana y Pascual Pellejero Gutiérrez hicieron juntos casi todo el Seminario y fueron compañeros de curso. Clemente Cubero y Gerásimo Fillat también pertenecieron al mismo Seminario y pertenecían al mismo curso pero, como vimos, solamente durante los dos últimos años.

En cualquier caso, al menos los ocho diáconos de la diócesis de Zaragoza, ya habían coincidido en más de una ocasión. Todos ellos habían recibido juntos el subdiaconado, en junio de 1924, y el diaconado, en diciembre de ese mismo año en la

22. Concretamente durante el curso 1920-1921, en el que Josemaría hacía segundo de Teología, tuvo que hacer dos asignaturas que según el plan de Zaragoza estaban en primero y que él no había cursado en Logroño. También coincidió con ellos en la asignatura de *Deo Creante*, que cursaron conjuntamente los alumnos de 2º y 3º durante el curso 1921-1922.

23. Testimonio de D. Francisco Muñoz Secanella, en AGP, RHF, T-02857.

iglesia de San Carlos²⁴. Igualmente hicieron juntos el examen de suficiencia, la instrucción en las sagradas rúbricas y los ejercicios espirituales anteriores al diaconado y presbiterado.

Quedaban fuera de este grupo los dos ordenados que no procedían de la Diócesis de Zaragoza: Trifino Martínez y Casiano Ocáriz. Para ellos dos quizá fue el 28 de marzo de 1925, en la Iglesia de San Carlos, el único momento en el que coincidieron con Josemaría y el resto de sus compañeros.

2. El primer destino posterior a la ordenación (1925)

Recordemos que la ordenación había tenido lugar prácticamente a las puertas de la Semana Santa, que en aquel año se celebró desde el 9 al 12 de abril. Quizá por ello, antes de que finalizara el mes de marzo, todos los recién ordenados tenían su primer destino²⁵. Prácticamente todos los recién ordenados fueron nombrados Coadjutores²⁶ o, simplemente, Levantadores de Cargas²⁷. Entraba dentro de la praxis habitual evitar, en la medida de lo posible, que el recién ordenado se enfrentara en solitario a sus primeras responsabilidades parroquiales.

En este grupo habría que señalar dos excepciones a la praxis habitual. El caso de Josemaría Escrivá, que fue nombrado Regente Auxiliar²⁸, y el de Pascual Pellejero, el mayor de todos con 25 años, que fue nombrado Ecónomo²⁹.

24. Cfr. BOAZ 10 (1924) 178 y 10 (1925) 45.

25. Al revisar el Libro de Decretos Arzobispales encontramos que todos los nombramientos llevan fecha del 31 de marzo, excepto el de Josemaría Escrivá que lleva fecha del 30 de marzo. Curiosamente este asiento aparece en el Registro entre dos nombramientos que llevan fecha 31 de marzo. El único recién ordenado cuyo nombramiento no aparece en el Registro es Carmelo Coromina.

26. Se nombraba, según la legislación canónica de la época, un *Vicario Cooperador* o *Coadjutor* cuando por la extensión o número de feligreses, el Párroco no puede atender toda la parroquia. Se trata de una potestad delegada y no constituye un oficio eclesiástico en sentido estricto. Sobre la organización parroquial en la época se puede consultar: E. REGATILLO, *Derecho parroquial*, Santander 1959.

27. El *Levantador de Cargas* era el encargado de hacer frente a las obligaciones anexas a una beneficio o capellanía. El levantador de cargas no era el titular del beneficio. Habitualmente se nombraba un Levantador de Cargas para una Capilla, o bien como ayuda al Párroco, en alguna parroquia que tuviera anexas obligaciones de este tipo.

28. El *Vicario Auxiliar* o *Regente* hace las funciones del Párroco en una parroquia que ya posee un párroco titular, pero por razones diversas: ausencia, enfermedad, etc., no ejerce su función. El Regente puede suplir al Párroco en todo o sólo en parte. Se halla en condición superior al vicario sustituto.

29. El *Ecónomo*, según el derecho canónico del 1917, posee todos los derechos y obligaciones del Párroco con la diferencia de que no ocupaba en propiedad la parroquia y, por tanto, podía ser trasladado con facilidad a otra.

Veamos con más detalles esos primeros destinos.

Fueron nombrados Levantadores de Cargas: Gerásimo Fillat y Julián Lou. A Gerásimo Fillat se le envió a Aliaga que, con sus 1.100 habitantes, es cabecera de partido en la provincia de Teruel y se encuentra a unos cincuenta kilómetros al nor-este de la Capital; Julián Lou fue destinado a la Capellanía de La Almolda, situada a sesenta kilómetros al este de Zaragoza. La Almolda contaba con unos 1.200 habi-tantes y pertenece al Partido de Pina³⁰.

Los Coadjutores fueron: Clemente Cubero, Francisco Muñoz Secanella y Manuel Yagües. Clemente Cubero recibió el nombramiento de Coadjutor de Caste-lote, cabecera de Partido, en la Provincia de Teruel. La parroquia tenía categoría de Término y contaba con 1.800 almas³¹; se encontraba a más de cincuenta kilómetros de su Moyuela natal. Francisco Muñoz Secanella fue nombrado Coadjutor de Mo-linos, parroquia de Ascenso y 1.410 almas; Manuel Yagües recibió el nombramien-to de Coadjutor de Bágüena, parroquia que tenía la categoría de Ascenso y contaba 1.500 almas. Bágüena pertenece al Partido de Calamocha, en Teruel, y está situada a dos kilómetros de su Burbágüena natal.

Como ya hemos adelantado hubo dos excepciones en los primeros nombra-mientos: Josemaría Escrivá, que fue enviado como Regente auxiliar de Perdiguera, parroquia con categoría de Entrada y 871 almas, y Pascual Pellejero, enviado de Ecónomo a Torralba de los Frailes, también parroquia con categoría de Entrada, que contaba en la época con 550 almas.

Carmelo Coromina, el seminarista externo, fue nombrado por el Cabildo Maitinante de la Seo³².

Trifino Martínez, el diácono de la diócesis de Osma, había conseguido por oposición, ya antes de la ordenación, en diciembre de 1924 el beneficio de Tenor. Después de la ordenación regresó a su Diócesis y continuó desempeñando este cargo.

30. En España suelen llamarse *Capellanes* los rectores de iglesias tomados en sentido estricto. Tam-bién suelen apellidarse capellanes los sacerdotes encargados del servicio religioso en las casas piado-sas, cárceles, hospitales, etc. La capellanía es una fundación, por lo común perpetua, con la obligación de celebrar ciertas misas o levantar otras cargas espirituales, que debe cumplir el poseedor de ella.

31. Las parroquias estaban clasificadas en las siguientes categorías: (R 2ª) Rural de segunda; (R 1ª) Rural de primera; (E) Entrada; (A) Ascenso; y (T) Término. La categoría de cada parroquia se puede encontrar en las *Estadísticas de la Diócesis*, publicadas en el Boletín Oficial.

32. El *Maitinante* era un cargo de ayuda a los Beneficiados-Sochantres. Cfr. *Estadística del Arzo-bispado de Zaragoza, 1 de enero de 1928*. El nombramiento tiene la misma fecha que la ordenación, cfr. Ficha personal. En el Libro de decretos Arzobispales no se encuentra ninguna referencia a este nombramiento.

Finalmente, Casiano Ocáriz después de la ordenación permaneció durante dos años más en el Colegio de Santo Tomás de Zaragoza, que había sido su primer destino desde 1923.

3. Los diez primeros años de ministerio hasta la guerra civil española (1925-1936)

Poco tiempo después de haber cumplido sus diez primeros años de sacerdocio estalló la guerra civil en España. Para entonces tres de los que pertenecían a la diócesis ya no se encontraban en ella: Josemaría Escrivá estaba en Madrid; Clemente Cubero había entrado en la Cartuja y Gerásimo Fillat se había marchado a América.

Al resto del grupo sí que lo encontramos en la diócesis al estallar la guerra: Manuel Yagües era Ecónomo en Escatrón; Francisco Muñoz Secanella era Ecónomo en Herrera de los Navarros; Pascual Pellejero era Coadjutor en Cortes de Navarra; Carmelo Coromina había obtenido el beneficio de Sochantre en la Iglesia de San Miguel de los Navarros, donde permanecería hasta el final de su vida. Por último, Julián Lou, que era capellán en Ricla, marchaba al frente y, hecho prisionero, fue fusilado poco después.

Por lo que respecta a Trifino, de la diócesis de Osma, sabemos que al proclamarse la República, y ante las dificultades económicas por las que atravesó al verse privado de la nómina, decidió marchar a Madrid para estudiar Magisterio.

Casiano, tampoco se encontraba en Zaragoza al cumplirse el décimo aniversario de su ordenación. Probablemente se encontraba en Pamplona, a donde había llegado después de permanecer unos años en América.

Consideremos con más detalle los itinerarios de cada uno de ellos a lo largo de estos primeros diez años de vida sacerdotal.

Josemaría Escrivá, que estaba como Regente Auxiliar en Perdiguera, permaneció allí hasta que, en mayo del mismo año, se nombró un nuevo Regente para esa parroquia y volvió a Zaragoza. Allí tenía a su familia a la que tenía que mantener, pues su padre había muerto algunos meses antes. En Zaragoza permanecería hasta abril de 1927, fecha en la que se trasladaría a Madrid. Durante esos meses, trabajó como Capellán adjunto en la Parroquia de San Pedro Nolasco en Zaragoza, continuó sus estudios de Derecho y dio clases en el Instituto Amado. Poco antes de marcharse a Madrid fue enviado a Fombuena para atender la parroquia durante la Semana Santa.

Desde abril de 1927 le encontramos en Madrid a donde se había trasladado con el permiso de su Obispo, para hacer el doctorado civil en Derecho. En Madrid

trabajó como capellán del Patronato de Enfermos, mientras tenía que dar clases en una academia para mantener a su familia, que también se había trasladado a Madrid. En Madrid sería donde, el 2 de octubre de 1928, recibió la inspiración de fundar el Opus Dei. A lo largo de esos años se dedicó a una intensa actividad pastoral, entre los enfermos, en los barrios extremos de Madrid y con sacerdotes, estudiantes y obreros, poniendo las primeras piedras de la Obra que Dios le había hecho ver. Entre 1931 y 1934 fue Capellán interino del Real Patronato de Santa Isabel y desde 1934, año en el que publicó su obra *Consideraciones Espirituales*, fue nombrado rector del Patronato de Santa Isabel. En ese año dejó de depender del Obispo de Zaragoza, para pasar a ser un sacerdote de la diócesis de Madrid³³.

Clemente Cubero permaneció nueve meses de Coadjutor en Castellote, hasta que en noviembre de ese año 1925, concretamente el día 6, se le nombró Regente de Jaganta y se le encomendó además Las Parras de Castellote. Jaganta es una población que no constituye ayuntamiento. La parroquia, con categoría de Entrada, tenía 176 almas y está situada a unos siete kilómetros al sudeste de Castellote. Las Parras, un poco más al sur, era una parroquia de Ascenso con 702 almas y allí es donde fijó su residencia. En esa parroquia permaneció durante siete años, hasta 1932. En ese año obtiene el permiso para ingresar en la Cartuja de «Aula Dei». A partir de ese momento será el P. Hugo. Allí permaneció hasta su muerte, ocurrida el 23 de julio de 1989.

Gerásimo Fillat, el paisano de Josemaría, tuvo mucha más movilidad. Contabilizamos nueve nombramientos a lo largo de esos diez primeros años. Ya tuvimos ocasión de observar que durante su período de estudios, la movilidad también fue característica suya. Recordemos que había estudiado en Barbastro, Valladolid, y que estuvo un año y medio en el San Valero y San Braulio antes de llegar al San Francisco de Paula.

Sólo transcurrió un mes en su condición de Levantador de Cargas en Aliaga, ya que el 1 de mayo de 1925, fue nombrado Coadjutor en esa misma localidad y el 28 de septiembre de ese mismo año fue trasladado a Villamayor como Coadjutor. Villamayor era una parroquia de Ascenso y contaba con 2200 almas. Allí permaneció hasta que, en enero de 1928, fue nuevamente ascendido y nombrado Regente de Bordón. La parroquia de Bordón, tenía categoría de Entrada y 700 almas. Dos años y siete meses permaneció allí hasta que el 13 de septiembre de 1930 fue trasladado como Regente de La Cuba y encargado de Olocau del Rey. Ambas parroquias tenían

33. Sobre el traslado a Madrid del beato Josemaría y su incardinación en aquella diócesis se puede consultar el interesante artículo: B. BADRINAS, *Josemaría Escrivá de Balaguer. Sacerdote de la diócesis de Madrid*, en «Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer» 3 (1999) 47-76.

categoría de Entrada y contaban con 700 y 300 almas respectivamente. Olocau pertenece a la vecina provincia de Castellón pero a la diócesis de Zaragoza. Un año después quedó sólo como Regente de La Cuba.

Apenas habían transcurrido dos meses, cuando el 14 de noviembre de 1931 fue de nuevo ascendido y nombrado Ecónomo de Letux, parroquia con categoría de Ascenso, que tenía unas 1200 almas. Un año y pocos meses habían pasado cuando llegó un nuevo cambio. El 28 de febrero de 1933 fue nombrado Regente de Blancas, en la provincia de Teruel, población de 816 habitantes. Podemos pensar que fue un nombramiento provisional para cubrir la vacante en Blancas, ya que quince días más tarde, el 15 de marzo de 1933 fue enviado de Ecónomo a Castejón de Valdejasa. Esta parroquia, con categoría de Ascenso, contaba con 1030 almas y se encuentra en la provincia de Zaragoza. Cesó en marzo de 1935 y fue enviado como Ecónomo a Arándiga, también parroquia de Ascenso del Partido de Calatayud, en la Provincia de Zaragoza, que contaba con unas 1200 almas. Sabemos que en abril de 1936 dejó la Parroquia de Arándiga y se trasladó a América³⁴.

Manuel Yagües, permaneció más de dos años y medio como Coadjutor de Báguena, su primer destino, hasta que el 20 de diciembre de 1927 se le nombró Regente de Trasobares, lo que le supuso un notable desplazamiento geográfico. Trasobares tenía en la época una población de 500 habitantes y pertenece al Partido de Borja, en la Provincia de Zaragoza. La parroquia tenía categoría de Entrada. Allí permanecería durante cinco años y medio, hasta que el 6 de junio de 1933, fue nombrado Regente de Blesa y, al mes siguiente, Ecónomo. Nuevamente un gran desplazamiento geográfico. Blesa era una población más grande que la anterior. La parroquia tenía la calificación de Ascenso y contaba con más de 1400 almas. Se encuentra al norte de la Provincia de Teruel, casi lindando con la de Zaragoza.

Un detalle que permite intuir el ambiente social de la época, es el hecho de que, en alguna ocasión, se vio obligado a salir en la procesión llevando una pistola que disimulaba bajo el bonete que sujetaba en las manos³⁵.

Julián Lou, permaneció ocho meses en su primer destino: Levantador de Cargas en La Almolda. El 6 de noviembre de 1925 fue nombrado Coadjutor de Ricla, su pueblo natal. La parroquia de Ricla tenía la consideración de Ascenso y con-

34. La últimas anotaciones de Jerásimo Fillat que se conservan en los libros parroquiales de Arándiga son del 30 de abril de 1936. En su Ficha personal se indica que estuvo en Santiago de Chile, pero no se precisa la fecha del traslado. Lo que si nos indica su Ficha es que desde 1952 se encontraba en Argentina. En la *Estadística* del Arzobispado de Zaragoza del año 1951 se indica que está en América y en la de 1954 se precisa que está en Argentina.

35. Recuerdos de D. Jesús Ramos. Los recuerdos de D. Jesús Ramos se encuentran recogidos en dos folios manuscritos y fechados en junio de 1999 que obran en poder del autor.

taba con 3000 almas. El 14 de enero de 1928 recibió un nuevo nombramiento y se trasladó, esta vez como Regente, a Villafranca del Campo. Al año siguiente, el 14 de marzo de 1929, fue nombrado Ecónomo del mismo lugar. Villafranca era una parroquia de Entrada que contaba con unas 1200 almas.

La oportunidad de volver a su Ricla natal se presentó en noviembre 1931, cuando, habiendo sido presentado por el Exmo. Sr. Conde de Castellano, fue nombrado Capellán en aquella localidad. Sus fieles le recuerdan como un sacerdote valiente que no se dejaba amedrentar por el creciente ambiente anticlerical de aquellos años. Al estallar la guerra civil marchó al frente como capellán de requetés, formando parte del tercio de Almogávares. Fue hecho prisionero en la caída de Belchite, septiembre de 1937, y torturado y fusilado poco después³⁶.

Francisco Muñoz Secanella fue el único que llegó a ser Párroco³⁷. Como vimos, su primer destino fue de Coadjutor en Molinos. A finales de ese mismo año 1925 tuvo que ausentarse para hacer el servicio militar. Permanecería dos años movilizado hasta que, el 13 de enero de 1927, pudo ser nombrado Ecónomo de Val de San Martín, pequeña localidad del Partido de Daroca. La parroquia de Val de San Martín estaba calificada como de Entrada y tenía 362 almas. A los dos años y medio, el 29 de abril de 1929, fue trasladado como Ecónomo a Luco de Bordón, que pertenece al Partido de Castellote, en la Provincia de Teruel. También era parroquia de Entrada, pero algo mayor que la anterior: contaba con 450 almas. Un año después ganó por concurso la parroquia de Palomar de Arroyos. Una parroquia también de Entrada que tenía unas 610 almas, situada en la provincia de Teruel. Renunciaría a ella en febrero de 1936, pero ya antes de la renuncia, en 1933, se había encargado durante cinco meses de la población de Castel de Cabra de 533 habitantes y, desde 1934, estaba de Regente de Herrera de los Navarros, Provincia de Zaragoza. Herrera de los Navarros era una parroquia de Ascenso que contaba con más

36. Contamos con la información recogida por su hermano, Gaspar Lou Miñana y por su cuñado Felipe Peyrona Lausin, y los testimonios de los vecinos de Ricla, Jesús Cobos Lizarraga y María López Cobos. Según estos datos, no sería del todo precisa la información dada en el «Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza», según la cual habría muerto haciendo el servicio militar. Efectivamente, en el número de marzo de 1997, a partir de la p. 88, se inicia la publicación de datos biográficos de los sacerdotes diocesanos, testigos de la fe en la persecución religiosa de 1936-1939. En la p. 91 se afirma: «no contamos los 9 que murieron en el frente durante el servicio militar ni los 2 que murieron “fusilados”». Y en nota a pie de página se lee: «ARCHIVO DIOCESANO DE ZARAGOZA (=ADZ). Relación de los hechos ocurridos con motivo de la guerra determinada por el levantamiento cívico-militar de 18 de julio de 1926. Diócesis de Zaragoza (=R)1,552: a) Muertos durante el servicio militar: (...) Julián Lou Miñana, Coadjutor de Ricla».

37. Según la regulación canónica de 1917 el título de Párroco se adquiría mediante concurso y en principio tenía un carácter inamovible. Desde el año de la ordenación hasta la mitad del siglo hubo en la Diócesis tres concursos: 1930, 1943 y 1950.

Diez itinerarios sacerdotales

2000 almas. En 1936, renunció a la parroquia de Palomar y pasó a ser Ecónomo de Herrera de los Navarros.

Pascual Pellejero permaneció en su primer destino, Ecónomo de Torralba, durante un año y medio, después del cual, el 26 de octubre de 1926, fue nombrado Coadjutor de Cortes de Navarra. Cortes se encuentra en la Provincia de Navarra, lindando con el límite de la provincia de Zaragoza a cuya Diócesis pertenecía. Era una parroquia de Ascenso y superaba las 2200 almas. Estando en Cortes fue nombrado, el 19 de febrero de 1927, Consiliario del Sindicato Agrícola Católico de esta población³⁸. Allí permanecería hasta después de la guerra.

Carmelo Coromina, el único que se quedó en Zaragoza desde su ordenación, ganó, el 17 de diciembre de 1928, la oposición de Beneficiado-Sochantre de la Parroquia de San Miguel de los Navarros. Estuvo en posesión de ese beneficio hasta 1970, año de su fallecimiento. A lo largo de todos esos años se le encomendaron diversas tareas, especialmente en el campo de la Acción Católica. En abril de 1932 fue nombrado Secretario de la Obra de San Pedro; en febrero de 1933 fue nombrado vocal de la Junta de Defensa de la Enseñanza Católica y en junio de 1934 Director espiritual de la Escuela del Pilar.

El P. Casiano, el 27 de febrero de 1927, pasó desde el Colegio de Santo Tomás en Zaragoza a la fundación de Río Cuarto en Argentina. Desde allí pasaría a Chile en 1933 al constituirse la nueva provincia de Vasconia. Parece ser que, hacia 1936, regresó a España, donde pasó dos años en Pamplona.

4. Desde la guerra civil hasta las bodas de plata sacerdotales (1939-1950)

No estamos en condiciones de describir las peripecias de cada uno de ellos durante el conflicto civil, ya que las fuentes disponibles no lo permiten en la mayoría de los casos. Lo que sí sabemos es que, una vez finalizada la guerra, todos se encontraban en los mismos lugares que al comenzar el conflicto, con la excepción de Julián Lou, que había fallecido.

A continuación vamos a detenernos en los itinerarios que recorrieron en los siguientes quince años de sacerdocio, es decir, desde el final de la guerra hasta 1950, año en que celebraron sus bodas de plata sacerdotales. Para entonces sólo Manuel Yagües, Francisco Muñoz Secanella y Carmelo Coromina Urbez podrían haberse reunido en Zaragoza para festejarlo.

El P. Hugo, Clemente Cubero, continuaba en la Cartuja, y Gerásimo Fillat permanecía en América. De los dos no tenemos noticias más concretas en estos años.

38. Este nombramiento no aparece en la Ficha personal aunque se recoge en el Libro de Registro.

Josemaría Escrivá se había trasladado a Roma y Pascual Pellejero había marchado a Pamplona. Por su parte, Trifino Martínez había vuelto a la diócesis de Osma y Casiano Ocáriz también se encontraba en Navarra. Veamos los pasos que dieron cada uno de ellos hasta llegar a esos destinos.

Manuel Yagües, el 9 de julio de 1939, fue nombrado Regente de Escatrón. Seis años había permanecido en Blesa. Poco antes de abandonar aquella población, de febrero a julio de 1939, había sido confesor ordinario de las hermanas de Santa Ana, que se encontraban en la cercana población de Muniesa. Escatrón, su nuevo destino, contaba con casi 2500 almas y era una parroquia de Ascenso. Algo más de cuatro años pasó allí. El 22 de octubre de 1943, con 42 años de edad, recibió su último nombramiento: fue destinado como Coadjutor a la parroquia de Santiago el Mayor de Zaragoza y allí, en la capital, permanecería hasta el final de su vida. La parroquia de Santiago el Mayor tenía la categoría de Término y contaba con unas 15000 almas. Según testimonios de la época, esta parroquia tenía la fama de poseer uno de los mejores planteles de jóvenes de la Acción Católica, de los que salieron numerosas vocaciones sacerdotales a las que Manuel Yagües debió alentar notablemente.

Francisco Muñoz Secanella, que desde antes de la guerra era Ecónomo en Herrera de los Navarros, fue nombrado en 1938 encargado Provisional de Luesma, población de 327 habitantes, situada a unos siete kilómetros de Herrera. Desempeñó los dos cargos hasta que, el 8 de julio de 1943, accedió por concurso a la Parroquia de Cosuenda. Cosuenda era parroquia de Ascenso y contaba con unas 1100 almas. Parece que allí permaneció 15 años. Gozó de prestigio en la Diócesis como buen componedor de diferencias clericales³⁹.

Su traslado a Cosuenda fue motivo de edificación para algunos. Así lo afirman testigos de la época: «El nombramiento de Párroco de Cosuenda en 1943 no correspondía a sus cualidades intelectuales y pastorales pues aunque Cosuenda gozaba de parroquia excelente en lo espiritual se podía esperar para él otra de mayor importancia. Ni se quejó, ni se notó nada en público. Quizá por ello le llevaron de Ecónomo de San Felipe y Santiago»⁴⁰.

Carmelo Coromina continuó, durante todos estos años, como Beneficiado-Sochantre de la Parroquia de San Miguel de los Navarros. Ya vimos que, en la etapa anterior, desempeñó diversos cargos en asociaciones y escuelas. En los años cuarenta desempeñó la consiliaría de Jóvenes de Acción Católica, sección masculina, y fue muy apreciado por ellos. Quienes le conocieron recuerdan su trato amable, respetuoso, delicado y alegre⁴¹.

39. Recuerdos de D. Jesús Ramos.

40. *Ibid.*

41. *Ibid.*

Diez itinerarios sacerdotales

Dijimos que Pascual Pellejero celebró sus bodas de plata sacerdotales en Pamplona. Efectivamente, después de catorce años en Cortes, en enero de 1940, se trasladó a Pamplona sin cargo. En Pamplona organizó una distribuidora de material que pudiera servir para el buen funcionamiento de una catequesis parroquial: fichas de asistencia, premios infantiles, diapositivas, libros, etc.

También en Navarra vimos que se encontraba el P. Casiano. Después de dos años en Pamplona, fue nombrado Rector de Tolosa. En el trienio de 1946 a 1949 fue Rector en Tafalla y en 1949 fue nombrado Maestro de novicios, cargo que desempeñará durante otro trienio.

De Trifino Martínez Gil sabemos que, una vez finalizada la guerra, concretamente el 2 de octubre de 1939 comunicó al Cabildo de Osma que se había trasladado a Madrid por haber sido nombrado maestro-propietario del Grupo Escolar Luis Vives. Se le renueva la prórroga de dispensa de coro, pero en abril de 1942, en vista de su no retorno a la Diócesis, se le privó del Beneficio de Tenor.

En 1947 le encontramos de nuevo de regreso en la Diócesis. El nuevo Obispo de aquella Diócesis Saturnino Rubio Montiel, que se había posesionado de la Diócesis en junio de 1945, le encomendó regentar una escuela preparatoria para el ingreso en el Seminario y dar las clases de música en algunos cursos. El 16 de septiembre de 1947, habiendo notable escasez de cantores para el culto en la Catedral, comenzó a actuar como beneficiado *ad nutum episcopi*, para suplir al tenor y a desempeñar algunas tareas pastorales: misas y catequesis en la Catedral.

Josemaría Escrivá se había trasladado a Roma en 1946. Efectivamente, al terminar la Guerra, volvió a Madrid, de donde había podido salir unos meses antes, para continuar su trabajo apostólico en la fundación del Opus Dei. El entonces obispo de Madrid, Mons. Eijo y Garay otorgó la aprobación diocesana de la nueva institución en 1941. En esos años desarrolló un extenso trabajo apostólico entre sacerdotes y seglares. Predicó numerosos ejercicios espirituales a petición de los obispos de muchas diócesis españolas y prosiguió en las tareas que implicaba la difusión del mensaje de la llamada universal a la santidad en los más diversos ambientes. En 1946 hace su primer viaje a Roma con motivo de las gestiones para la aprobación pontificia del Opus Dei. Al año siguiente fijó allí su residencia. En 1950 el Opus Dei recibe su aprobación definitiva y continúa la expansión, que ya había comenzado algunos años antes, por diversos países: Portugal, Italia, Francia, Irlanda, Estados Unidos y México⁴².

42. Para conocer la historia jurídica de la institución cfr. A. FUENMAYOR-V. GÓMEZ IGLESIA-J.L. ILLANES, *El Itinerario Jurídico del Opus Dei*, Pamplona 1989.

5. Desde las bodas de plata (1950) en adelante

Adentrémonos ahora en la segunda mitad del siglo. Descubriremos que sólo cinco de aquel grupo, la mitad de la promoción, llegaría a celebrar sus bodas de oro sacerdotales: Clemente Cubero, que estaba en la Cartuja, donde moriría en 1989; Francisco Muñoz Secanella, que estaba en Zaragoza; Josemaría Escrivá, que estaba en Roma; Trifino Martínez Gil, el de Osma, que ya se había jubilado como maestro y retirado a Burgos, y el P. Casiano, que para entonces estaba en Pamplona, después de una larga estancia en algunos países americanos. Una vez más veamos los itinerarios de estos últimos años. Empecemos por los que murieron antes de 1975.

Pascual Pellejero falleció el 22 de noviembre de 1960 siendo vecino de Pamplona⁴³; Carmelo Coromina murió el 14 de marzo de 1970 siendo Beneficiado-Sochantre de San Miguel de los Navarros. En las últimas décadas había desempeñado el cargo de Secretario de la Junta Diocesana de Casas Parroquiales, desde el 26 de noviembre de 1958 hasta el 1 de mayo de 1963, y fue capellán de la Residencia Sanitaria José Antonio desde el 15 de julio de 1960; Manuel Yagües, había sido nombrado Coadjutor de la parroquia de Santiago el Mayor de Zaragoza, donde permanecería casi 29 años, hasta el final de su vida. Murió el 14 de junio de 1972. Finalmente, Gerásimo Fillat continuaba en América y, por los datos de que disponemos, hemos de suponer que murió allí antes de 1974⁴⁴.

Los itinerarios de los cinco sacerdotes que llegaron a sus bodas de oro son los siguientes.

Clemente Cubero, continuaba en la Cartuja, y aún en los años 50 y más tarde guardaba muy buenos y agradecidos recuerdos de su estancia en el Seminario de San Francisco de Paula y de la convivencia con su condiscípulo Josemaría⁴⁵.

Francisco Muñoz Secanella permaneció en Cosuenda hasta que, el 4 de septiembre de 1958, se traslada a Zaragoza como Ecónomo de San Felipe y Santiago. El 10 de diciembre de 1958 fue nombrado Presidente del Capítulo de San Felipe y, el 25 de octubre de 1958, Vocal de la Junta de Casas Rectorales. El 8 de junio de 1960 fue nombrado Párroco de San Felipe y Santiago. Allí cumpliría sus bodas de oro sacerdotales.

43. A su muerte su amigo D. Mariano Lauzán heredó la distribuidora de material catequético y la trasladó a la sede de la revista *Eco de la Cruz*, revista quincenal religiosa, popular y amena, fundada por el Canónigo D. Juan Buj en los años 20. Cfr. Recuerdos de D. Jesús Ramos.

44. En *Estadística* de 1951 continúa apareciendo su nombre. En la Ficha personal aparece inscrito un cese como Capellán Vicario en Lima (Zárate-Argentina) con fecha 7.III.1952. En la *Estadística* de 1954 aparece en Argentina. La siguiente *Estadística* es de 1974 y ya no aparece su nombre.

45. Al conocer la noticia del fallecimiento de su condiscípulo Josemaría, escribió una testimonial para promover su causa. El testimonio está escrito a máquina, en tres páginas, que firma con su nombre de religión. Lo fecha en la Cartuja de *Aula Dei* el 22.XI.1975. Cfr. AGP, RHF T-02859.

Diez itinerarios sacerdotales

Como ya vimos, a partir de 1947, Josemaría Escrivá se encontraba en Roma plenamente dedicado al gobierno de la joven institución que ya se extendía por todo el mundo. Fueron años de intenso trabajo en varios frentes: la formación de los miembros del Opus Dei, la conducción del proceso que conduciría a la configuración jurídica definitiva del Opus Dei y la expansión del trabajo apostólico por los cinco continentes. Al mismo tiempo continúa con su abundante producción escrita. En los últimos años de su vida desarrolló una amplia catequesis por Europa y América. Murió, en Roma, con fama de santidad, el 26 de junio de 1975.

Trifino Martínez Gil, estaba trabajando desde 1947 de nuevo en la diócesis de Osma. El 30 de abril tomó posesión de un beneficio de gracia de la S. I. catedral con la carga de suplir al tenor. En 1970 se jubiló oficialmente como maestro nacional y cesó su labor en la Escuela del Seminario.

El P. Casiano quedó de maestro de novicios en Tafalla desde 1949. Después de un trienio, es decir en 1953, fue nombrado Director Espiritual en Bilbao. Allí permanecería hasta 1958, año en el que marchó a Brasil. De 1958 a 1964 permaneció en Brasil, siendo Vicario Provincial durante el último trienio. En 1964 fue elegido Asistente Provincial, a cuyo cargo renunció y fue nombrado Vicario Provincial de Venezuela. En 1967 fue enviado de nuevo a Brasil con el nombramiento de Maestro de Novicios. Allí su salud decreció y fue destinado a Pamplona, donde murió el 25 de diciembre de 1975.

Como acabamos de ver, después de 1975, sólo seguían con vida tres, pues tanto Josemaría Escrivá como el P. Casiano murieron ese mismo año. Los que vivieron después de 1975 fueron: Clemente Cubero, Francisco Muñoz Secanella y Trifino Martínez Gil.

Clemente Cubero murió en la Cartuja el 23 de julio de 1989. Francisco Muñoz Secanella falleció el 25 de enero de 1991 en Samper de Calanda. Desde el 1 de octubre de 1976 era Párroco emérito y había fijado su residencia en su pueblo natal. Trifino Martínez falleció en Burgos, a donde se había trasladado después de su jubilación, el 29 de enero de 1991.

Un año y medio después, el 17 de mayo de 1992, el papa Juan Pablo II, beatificó en la Plaza de San Pedro ante más de 300.000 personas a su compañero de ordenación Josemaría Escrivá.

* * *

Al llegar al final de nuestro estudio no nos sentimos movidos a sacar conclusiones. Ya señalamos al inicio que no pretendíamos extraerlas, sino solamente presentar en conjunto, y en sus grandes líneas, diez itinerarios sacerdotales, uno de ellos el del beato Josemaría, que se recorrieron en la España del siglo XX. Lo que

sí podemos hacer es dejar apuntadas algunas reflexiones finales que pongan de relieve los elementos de homogeneidad y diversidad en esos diez itinerarios.

El primer factor de homogeneidad que podemos apreciar en esta promoción sacerdotal del 28 de marzo de 1925 es la edad y, en alguna medida, la procedencia. Todos los nuevos sacerdotes tienen entre 23 y 25 años y, al menos, los que se ordenaron para la diócesis de Zaragoza procedían de las provincias comprendidas en el ámbito de la Archidiócesis.

El primer factor de diversidad hace referencia a las diversas situaciones académicas en las que llegaron a la ordenación y, particularmente, a la existencia de un sólo caso de Carrera Breve entre los diez nuevos sacerdotes. Sin abandonar el ámbito académico podemos también poner de relieve la clara coincidencia que existe entre bajos rendimientos académicos y el desempeño de las tareas de fámulo. Podemos pensar que se produce un círculo vicioso en esta relación: es claro que el desempeño de esas tareas domésticas podía repercutir en los bajos rendimientos académicos, pero es que además, como hemos visto, un seminarista se veía obligado a ejercer esos servicios, precisamente, cuando perdía la beca por no conseguir unos resultados académicos suficientes.

Otro punto de homogeneidad podemos encontrarlo en el momento del primer nombramiento. Por lo que se refiere a la fecha del mismo, la coincidencia es prácticamente unánime. Sólo hemos visto la excepción de Josemaría cuyo nombramiento se adelantó un día al de sus compañeros.

Por lo que se refiere al primer encargo también apreciamos la tendencia a enviar a los recién ordenados a parroquias grandes, en las que encontraban sacerdotes con experiencia, y evitar así que tuvieran que hacer frente en solitario a sus nuevas obligaciones. Por esta razón casi todos los recién ordenados fueron nombrados Levantadores de Cargas o Coadjutores. Sólo el beato Josemaría y Pascual Pellejero recibieron un nombramiento inicial diferente, que les enfrentó en solitario a sus primeras tareas pastorales como sacerdotes: Regente Auxiliar y Ecónomo respectivamente.

Al contemplar en conjunto estos itinerarios podemos observar también una fuerte homogeneidad en lo que podríamos llamar la carrera eclesiástica de la época. Si nos fijamos en la secuencia de traslados y ascensos, que se verifican en los itinerarios recorridos, percibiremos una gradación muy clara en la sucesión de tareas, pasando habitualmente por los cargos de Coadjutor, Regente y Ecónomo recorriendo sucesivamente parroquias de Entrada, Ascenso y Término, y dentro de cada categoría, progresando en el número de habitantes. Como hemos visto es Zaragoza el punto de llegada habitual de estos caminos. Cabría poner de relieve la escasez de nombramientos de Párroco, frente al encargo mucho más habitual de Ecónomo.

Diez itinerarios sacerdotales

El hecho de que en este grupo sacerdotal encontremos una víctima de la guerra civil se ajusta a lo que conocemos de la época⁴⁶.

Junto a esta homogeneidad en el itinerario encontramos, por un lado, la diversidad en los ritmos con los que se recorre y, por otro, la diversidad también en el número de etapas o de traslados que se protagonizan. De esta manera hemos podido seguir los itinerarios del Sochantre Carmelo Coromina, del Párroco Francisco Muñoz, del, casi siempre, Coadjutor Manuel Yagües, que recordemos es el único que hizo la carrera breve.

Al mismo tiempo, hemos constatado excepciones radicales a este itinerario sacerdotal habitual de la época, que pueden ir desde el traslado a otro continente del inquieto Gerásimo Fillat, o el enclaustramiento en la Cartuja de Clemente Cubero; al servicio en el campo de la enseñanza o el de la catequesis, como Trifino Martínez y Pascual Pellejero, pasando por el seguimiento fiel de su carisma, con vocación misionera, del escolapio Casiano Ocáriz. Mención especial merece, desde esta perspectiva, Josemaría Escrivá sobre cuya fecundidad sacerdotal no hace falta que nos detengamos.

El hecho es en todo caso que aquel 28 de marzo de 1925, el grupo de hombres jóvenes que recibieron entonces la ordenación emprendían unos caminos que les hacían tener en común algo de gran valor que de algún modo les unió siempre: el sacerdocio. Uno de los biógrafos del beato Josemaría afirma, recogiendo el testimonio directo del que fue uno de sus más próximos y asiduos colaboradores, Mons. Javier Echevarría, que «durante toda su vida encomendó a los Diáconos que con él recibieron el presbiterado»⁴⁷. Por lo demás no deja de ser un dato importante, común a las diez historias que acabamos de repasar, el hecho de que todos ellos perseveraron, muriendo fieles a su condición sacerdotal.

Federico M. Requena
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-318080 Pamplona
frequena@unav.es

46. El dato que poseemos sobre el porcentaje del clero secular que murió asesinado durante la guerra civil española es, para la diócesis de Zaragoza, el 9.3%. Cfr. V. CARCEL ORTÍ, *La persecución religiosa en España durante la Segunda República: 1931-1939*, Madrid 1990, p. 236.

47. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei*, Madrid 1997, p. 194.

«Cada caminante, siga su camino»

Historia y significado de un lema poético
en la vida del fundador del Opus Dei

Alfonso MÉNDIZ

La tarde del domingo 5 de junio de 1939, el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer llega a Burjasot, un pueblecito del litoral levantino, para predicar un curso de retiro a universitarios en el Colegio Mayor San Juan de Ribera. Hace calor, y los asistentes pasean por el jardín, al cobijo de los árboles, mientras aguardan su llegada.

Muchos han oído hablar de él: saben que sus pláticas tienen fama de vibrantes y encendidas, removedoras. Por eso, cuando aparece ante sus ojos el coche que le trae desde Madrid, se levanta una cierta expectación, que la simpatía del Fundador del Opus Dei hace desaparecer en el primer instante.

Tras una breve conversación, los universitarios pasan al interior del Colegio Mayor, que goza de merecida fama porque muchos de los residentes allí becados han logrado luego renombre en el mundo intelectual. El edificio, sin embargo, no está en su mejor momento. Durante la guerra civil, terminada hace pocas semanas, había servido como cuartel del ejército republicano, y aún conserva las huellas de un descuido prolongado. Por otra parte, de sus paredes cuelgan todavía algunos rótulos de la propaganda republicana: carteles de Renau, de Fontseré, de Melendreras. Los propios estudiantes se aprestan rápidamente a retirarlos.

De repente, Monseñor Escrivá de Balaguer repara en un cartel muy grande y llamativo, encima del dintel de una puerta. Es un cartel sin ilustración, que reproduce tan solo un lema poético: «Cada caminante, siga su camino». Pensando en que tal vez esa frase pueda molestar al Fundador de la Obra, algunos se acercan para intentar descolgarlo, pero él les detiene:

—¡Dejadlo! No lo quitéis... Es un consejo aprovechable.

Todavía se queda un rato observando el cartel. Podemos imaginarlo abstraído, reflexivo; como queriendo exprimir todo el jugo de una idea luminosa que aca-

Alfonso Méndiz

ba de encenderse en su interior. Y, ciertamente, es algo que parece conectar con una luz muy íntima que ha madurado ya con anterioridad. De hecho, y como documentan varios de los asistentes, aquella frase llegó a convertirse en un *leit motiv* de su predicación a lo largo de todo el curso de retiro¹.

* * *

Muy hondas debieron grabarse aquellas palabras en el alma del Beato Josemaría, y muy luminosa debió resultar la experiencia. Porque esa anécdota sería tema frecuente de su oración y de su predicación en los años venideros, e incluso dejaría constancia escrita de ella en varias ocasiones. La primera fue pasado ya mucho tiempo, más de veinte años, en una carta que dirigió a sus hijos. En ella, tras relatar su llegada al Colegio Mayor, refiere:

«En uno de los pasillos encontré un gran letrero, escrito por alguno *no conformista*, donde se leía: *Cada caminante, siga su camino*. Quisieron quitarlo, pero yo les detuve: *dejadlo* —les dije—, *me gusta: del enemigo, el consejo*. Especialmente desde entonces, esas palabras me han servido muchas veces de motivo de predicación»².

En 1960, mientras predicaba sobre la santificación del trabajo, volvería a recordar el suceso con parecidas palabras: «Por eso, allá por el año 1939, me llamó la atención un letrero que encontré en un edificio, en el que daba un curso de retiro a unos universitarios. Rezaba así: *Cada caminante, siga su camino*; era un consejo aprovechable». Años más tarde se publicó esa homilía con el título «Trabajo de Dios»; ahí puede leerse esta narración tan estrechamente vinculada a la vida del Beato Josemaría³.

Finalmente, en una meditación que dirigió en marzo de 1963, recordaba de nuevo la misma escena: «El primer curso de retiro que yo prediqué, acabada la guerra civil española, lo di en el Colegio de Burjasot, junto a Valencia. Todavía estaba aquello, como suele decirse, como un cuartel robado: mucho desorden, mucha suciedad, mucha destrucción. Pero *omnia in bonum!*, porque me encontré con un car-

1. Cfr. los testimonios escritos de Amadeo de Fuenmayor (Archivo General de la Prelatura Opus Dei, Registro Histórico del Fundador [AGP, RHF], T-02769), Roberto Moroder (AGP, RHF, D-12799) y Carlos Verdú (AGP, RHF, T-07805). Esos testimonios coinciden en relatar la escena que acabamos de describir; muy especialmente, el hallazgo del cartel. Aunque no hay unanimidad acerca del lugar concreto en el que se encontraba: dentro de la casa, refiere uno; en el vestíbulo, cerca de la entrada, señala otro; en el patio interior, encima de una puerta de acceso, según el tercero. El Fundador de la Obra dejó escrito que lo vio encima de una puerta. El pasaje ha sido también relatado en diferentes obras publicadas. Entre otras, cfr. A. SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1989.

2. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 9 de enero de 1959*, n° 35.

3. «Trabajo de Dios», *Amigos de Dios*, n° 59 (Rialp, Madrid 1977; 25ª edición española: 1999, p. 104).

«Cada caminante, siga su camino»

tel que me ha servido de motivo de predicación tantas veces. En aquel cartel decía: *cada caminante, siga su camino*»⁴.

Por otra parte, muchos de los autores que se han ocupado de su biografía han hecho explícita referencia a ese episodio: desde el primero de ellos (Salvador Bernal, en 1976)⁵ hasta uno de los últimos en abarcar con su obra la vida entera del Fundador (Ana Sastre, en 1989)⁶. Dejo al margen las dos últimas semblanzas publicadas, por estar circunscritas a un período histórico que excluye el momento que estamos comentando⁷. Esta coincidencia de los biógrafos refleja un cierto sentir común —no manifestado explícitamente en sus libros— acerca de la importancia de ese hecho en su vida.

A la vista de todo esto, cabe preguntarse: ¿por qué el Fundador concedió tanta importancia a este pequeño suceso? ¿Por qué se la concedieron también sus biógrafos? Para intentar responder a esta pregunta, situándola en su contexto histórico y personal, vamos a analizar tres aspectos relacionados directamente con ese episodio: la paternidad del lema poético, en primer lugar; la experiencia poética y aforística en la predicación del Beato Josemaría, en segundo lugar; y el significado espiritual que el Beato Josemaría atribuyó a esa frase, por último. La unión de esos tres aspectos nos permitirá un conocimiento cabal del pasaje biográfico que acabamos de relatar. Vayamos con el primero de ellos.

¿Un lema bélico o un verso de Antonio Machado?

Antes de adentrarnos en el significado personal de esa frase, será conveniente realizar un somero análisis de su estructura desde el punto de vista histórico-literario. Ello nos permitirá encuadrar históricamente el suceso y —más importante aún— determinar la paternidad de tan significativas palabras.

No hacen falta muchos conocimientos de métrica clásica, para descubrir en el entramado de esos vocablos una estructura nítidamente poética. A pesar de la cir-

4. Meditación, 6.III.1963.

5. S. BERNAL, *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1976, p. 204. Este autor, además, tituló significativamente con las palabras «Cada caminante siga su camino» un epígrafe del capítulo quinto, que recoge la época de la postguerra.

6. A. SASTRE, *Tiempo de caminar...*, pp. 251-258. También ella empleó ese lema como título de un epígrafe de su biografía.

7. El libro de Pilar URBANO (*El hombre de Villa Tevere*, Rialp, Madrid 1995) recoge tan sólo los años romanos del Beato Josemaría: desde 1946 a 1975. Y el primer volumen de la biografía de Andrés VÁZQUEZ DE PRADA (*El Fundador del Opus Dei*, tomo I, Rialp, Madrid 1997) se detiene en el año 1936. Su anterior semblanza (titulada también *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1983) refleja con cierta extensión este pasaje en la página 202.

Alfonso Méndiz

cunstancia histórica (aparecer en un recinto militar), el texto no puede ser considerado una consigna bélica ni tampoco un eslogan patriótico. Ni por la forma ni por el tema remite a un contexto militar; y tampoco puede considerársele un lema bélico al uso en aquella época: porque las consignas de guerra o los emblemas de las compañías eran, entonces y ahora, de una índole muy distinta.

Por el contrario, si atendemos a su ritmo interno percibimos claramente una estructura que debemos calificar de poética. Existe, en primer lugar, una composición simétrica: dos cláusulas de seis sílabas que bien pudieran ser dos versos. Existe, además, una cadencia de acentos que resulta idéntica para esos dos períodos. Reflejado gráficamente, el esquema sería el siguiente:

«Ca-da ca-mi-nan-te, si-ga su ca-mi-no»
+ - - - + - + - - - + -

Y existe, por último, una repetición sonora de la sílaba «ca» al inicio de las tres palabras fuertes (*cada*, *caminante*, *camino*) que sugiere un esfuerzo deliberadamente poético para crear una reiteración fónica: lo que técnicamente se llama una aliteración.

No debemos dudar, por tanto, de que se trata de un lema poético: tal vez un fragmento de un poema, o simplemente el comienzo del mismo. Pero un texto poético, en definitiva.

Ahora bien, por algunas evidencias históricas y literarias que vamos a exponer a continuación, pensamos que hay indicios más que suficientes como para afirmar que el autor de esos versos era un poeta muy conocido en aquel momento: Antonio Machado.

El punto de partida para sostener esta hipótesis radica en la proximidad física y emocional del poeta de Castilla con el mando militar republicano instalado en el Colegio Mayor San Juan de Ribera, en Burjasot. Pero, para aclarar este punto, será necesario situar los acontecimientos históricos en la vida de Machado; porque sólo así podremos ver con claridad su conexión con Valencia y con el ejército republicano.

En noviembre de 1936, cuando la ofensiva Nacional sobre Madrid empezó a estrechar el cerco, el Gobierno de la II República decidió trasladar a Valencia a los intelectuales más destacados que residían en la capital de España. Entre esos intelectuales, se encontraba Machado y su familia; y el traslado de este grupo (allí estaban también Rafael Alberti, León Felipe, José Moreno Villa, etc.) se encargó al Quinto Regimiento, que entonces comandaba Enrique Líster. El 25 de noviembre, muy de madrugada, la expedición llegó a Valencia y fue instalada en el requisado Hotel Palace, donde había un intenso trajín de viajeros. Ese ajetreo, y el ruido consiguiente, casaba poco con la soledad y la tranquilidad que tanto amaba el poeta; y

«Cada caminante, siga su camino»

a los pocos días consiguió la autorización para trasladarse con su madre y sus hermanos a un chalet de Rocafort, a unos doce kilómetros al Norte de Valencia. En esa misma carretera, casi a mitad de camino entre Valencia y Rocafort, está el pueblo de Burjasot: paso obligado para todos los desplazamientos que D. Antonio realizó a la ciudad del Turia; y que debieron ser unos cuantos, pues permaneció en Rocafort desde diciembre de 1936 hasta abril de 1938⁸. De hecho, uno de los biógrafos de Machado llega a afirmar que el poeta residió incluso en Burjasot⁹.

Lo anterior serviría para corroborar su cercanía física al cuartel de Burjasot. Pero ahora debemos decir algo respecto de su cercanía emocional. Ciertamente, Machado sintió una especial deuda de gratitud con el ejército republicano, que facilitó su traslado a Valencia (el suyo y el de toda su familia: diez personas en total) y que además le acomodó tan generosamente en el chalet de Rocafort. Esa gratitud se dirigió, sobre todo, al Quinto Regimiento, del que pensó incluso en escribir una breve historia¹⁰. De hecho, a su comandante, Enrique Líster, dedicó una carta de agradecimiento y un sentido poema que fueron inmediatamente reproducidos en la prensa republicana de la época. Además, publicó algunos de sus trabajos en *Milicia popular*, la revista del Quinto Regimiento. Y dedicó, en fin, cartas, poemas y artículos periódicos a los militares más destacados del ejército republicano: sobre todo, a Carlos J. Contreras¹¹.

En todo caso, no son sólo elementos coincidentales los que nos llevan a suponer la autoría machadiana sobre el lema del cuartel militar de Burjasot: «Cada caminante, siga su camino». Para corroborarlo debemos atender, en primer término, a la importancia que en la poesía de Machado tuvo siempre el motivo del camino: desde su etapa modernista, con la publicación de *Soledades* (1902)¹², a la etapa noventayochista, con *Campos de Castilla* (1912)¹³, o a la última época de *Nuevas Canciones*

8. Monique Alonso documenta cinco salidas destacadas a Valencia: generalmente, para pronunciar discursos o conferencias (*Antonio Machado, poeta en el exilio*, Anthropos, Barcelona 1985, pp. 53-63). Pero su hermano José Machado testimonia que, de vez en cuando, iba a Valencia para comprar libros (*Últimas soledades del poeta Antonio Machado*, Forma Ediciones, Madrid 1977, p. 204).

9. M. TUÑÓN DE LARA, *Antonio Machado, poeta del pueblo*, Taurus, Madrid 1997, p. 319.

10. Enrique Castro, comandante-jefe del Regimiento, recuerda que su comisario político le dijo un día: «No te olvides de que Machado quiere ser el historiador del Quinto Regimiento» (E. CASTRO, *Hombres made in Moscú*, p. 617; cit. en M. ALONSO, *Antonio Machado, poeta en el exilio...*, p. 283).

11. Cfr. ALFONSO MÉNDIZ, *Antonio Machado periodista*, EUNSA, Pamplona 1996; para este punto, tiene particular interés el epígrafe «Antonio Machado y las publicaciones del 5º Regimiento» (pp. 354 ss).

12. Ahí se publicaron, entre otros poemas: «He andado muchos caminos» (II), «Yo voy soñando caminos / de la tarde...» (XI) o el que tituló expresamente «Del Camino» (XXI).

13. La serie «Campos de Soria» (CXIII), por ejemplo, abunda en alusiones a los caminos del paisaje. Otro poema es titulado también «Caminos» (CXVIII). Y la figura del caminante se hace presente con fuerza en «La tierra de Alvargonzález» (CXIV).

Alfonso Méndiz

(1930)¹⁴. Con todo, el tema del camino resulta un motivo poético especialmente significativo en la colección de «Proverbios y cantares» (1912). Allí encontramos un poema muy conocido de Machado que presenta no pocas similitudes formales con el verso que tanto meditó el Fundador de la Obra. Dice así el poemilla machadiano:

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.

Caminante no hay camino,
sino estelas en la mar¹⁵.

Tan importante llegará a ser el concepto del camino en su poesía, que a su estudio y análisis dedicarán los investigadores tres largos ensayos, publicados en diversas revistas durante los años sesenta: «El tema del camino en la poesía de Antonio Machado», de F. Ruiz Ramón¹⁶; «Los caminos de Antonio Machado», de Concha Zardoya¹⁷; y «Machado en el camino», de Emilio Orozco¹⁸.

Además de esta semejanza formal y temática, está también la costumbre machadiana de escribir versos sueltos. D. Antonio era muy dado a garabatear en un papel una expresión feliz, de resonancias poéticas, como germen o punto de arranque para futuros poemas. De hecho, al día siguiente de su fallecimiento en Colliure, se encontró un verso suelto en un papel arrugado que D. Antonio había guardado en el bolsillo de su gabán. Según cuenta su hermano, José Machado, en esa hoja «se recogían las últimas palabras en verso que escribió el poeta en su vida: “Estos días azules y este sol de la infancia”»¹⁹. Probablemente lo escribió la tarde anterior, durante un paseo hasta la playa, movido por el recuerdo del mar azul de su infancia con el reflejo del sol mediterráneo de Colliure. Lo importante aquí es que un verso suelto

14. Merece ser destacada, en este volumen, la presencia del camino en la colección de «Sonetos» (CLXV): «Tuvo mi corazón, encrucijada / de cien caminos...» (1), «Verás la maravilla del camino / camino de soñada Compostela» (2).

15. *Campos de Castilla*, «Proverbios y cantares» (CXXXVI), nº XXIX.

16. *Cuadernos Hispanoamericanos*, t. LI, nº 151, julio de 1962, pp. 52-76.

17. *La Torre*, Revista general de la Universidad de Puerto Rico, nº 45-46, enero-julio de 1964.

18. Tesis doctoral inédita, Universidad de Granada, 1962.

19. José MACHADO, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado...*, p. 237.

«Cada caminante, siga su camino»

tiene ya valor en sí mismo, como síntesis condensada de todo un poema. Y, como en la frase que nos ocupa, es también un díptico de claras resonancias aforísticas.

Por otra parte, los poemas de Machado se leían con frecuencia en los frentes, entre las milicias populares, para mostrar el supuesto apoyo de los intelectuales a la causa republicana. Y aquí conviene hacer una precisión. D. Antonio había afirmado repetidas veces su independencia de todo partido político, y muy especialmente de las ideologías marxistas, a las que algunos quisieron vincularle; por eso se permitió declarar en un discurso ante las Juventudes Socialistas: «Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista; no lo he sido nunca y espero no serlo jamás. Entre otras cosas, porque me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia»²⁰. Sin embargo, Machado se manifestó reiteradas veces a favor de la República; por eso el gobierno republicano quiso utilizar su prestigio como poeta y financió la edición popular de algunos de sus poemas; como, por ejemplo, la colección de prosas y poesías titulada *La guerra*²¹; o una edición barata de *La tierra de Alvargonzález* (1938), con destino a los frentes de combate.

Con estos precedentes, no es aventurado suponer que algún mando militar del ejército afincado en Burjasot, en el Colegio Mayor San Juan de Ribera, solicitara de Machado un lema poético para su compañía; o tomara —de algún poema perdido, pues no aparece en sus *Obras completas*— ese solitario verso de «Cada caminante, siga su camino». De hecho, consta que D. Antonio recibió muchas peticiones de este estilo, como refiere también su hermano José, que fue su compañero fiel durante los años que pasó en Valencia: «Otra tarde unos jóvenes entusiastas fueron a pedirle una poesía para su Asociación. Y entonces les escribió el magnífico himno titulado “¡Alerta!”»²².

La confirmación de un testigo acreditado

Todas estas reflexiones llegan a su punto culminante con el testimonio fehaciente de alguien que vivió de cerca esos sucesos. Se trata de Francisco Gómez Martínez, oficial del Ejército republicano que, a finales de la contienda estaba bajo las órdenes del General Matallana. Este es su testimonio, dado a conocer por el Prof. José Orlandis en un reciente libro de memorias:

20. A. MACHADO, *Poesía y Prosa* (ed. de O. Macrí), Espasa Calpe, Madrid 1988, t. IV, p. 2.191.

21. A. MACHADO, *La guerra (1936-1937)*, Espasa Calpe, Madrid 1937, 115 p.

22. J. MACHADO, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado...*, p. 202.

«Algún tiempo después del fallecimiento del Fundador del Opus Dei, hablaban yo ante un grupo de miembros supernumerarios de la Obra de aquel retiro de Burjasot, cuando, al aludir al detalle del cartel en cuestión, uno de los presentes, que residía en Lérida, me interrumpió diciendo: “yo vi ese cartel, y puedo añadir que en 1937 todavía no había sido puesto y sí, en cambio, al año siguiente, en 1938”. Seguidamente explicó sus afirmaciones, aportando recuerdos personales de primera mano.

“Yo —dijo— fui oficial del Ejército republicano durante la Guerra civil, y estuve destinado en la Escuela de Oficiales de Artillería que tenía su sede en Albacete²³. En dos ocasiones mis jefes me enviaron por cuestiones de servicio a la Escuela de Oficiales de Estado Mayor de Burjasot, la primera en 1937 y la otra en 1938. La primera vez no estaba el cartel, pero sí la segunda; me llamó la atención y pregunté qué significaba aquello, y uno de los profesores me informó acerca del origen de la máxima y la razón de haberse colocado el cartel. El Coronel Director de la Escuela se empeñó en que ésta tuviera su propio mote o lema. Dio la coincidencia de que por aquellos días fue a parar a Burjasot, tras haber sido evacuado de Madrid, el poeta Antonio Machado, a quien se le asignó como vivienda un *chalet*, a muy poca distancia de aquel centro de enseñanza militar. El Director recurrió al ilustre vecino. Machado compuso el lema que le habían pedido, ‘Cada caminante siga su camino’, y el Coronel mandó colocarlo en la entrada del edificio”. Allí lo encontró todavía el Fundador del Opus Dei, en junio de 1939»²⁴.

Esta declaración fue publicada en 1993. Desde entonces —al menos, que yo sepa— no se ha vuelto a publicar nada sobre este tema, del que yo tenía alguna noticia desde 1990. En ese año, terminé una larga investigación sobre la obra periodística de Antonio Machado. Fruto de los indicios antes señalados —históricos, biográficos, literarios, etc.—, y con la aparición de varias biografías sobre el Fundador del Opus Dei que abundaban en detalles sobre el cartel de Burjasot, empecé a sospechar que ese lema militar podía haber sido escrito por Machado: un poeta del que terminé interesándome hasta lo más menudo de su biografía. Conocedor oralmente de la historia relatada por Orlandis, todavía sin publicar, realicé mis pesquisas hasta dar con el protagonista del relato. Con los datos que entonces obtuve, y con los que ahora he vuelto a reunir, pude completar su escueto testimonio original²⁵.

Francisco Gómez Martínez, que tiene en la actualidad ochenta y seis años, tenía en 1939 la edad de veinticinco años. Militar de profesión, le cayó en suerte luchar en el bando republicano al poco de licenciarse como oficial. Originario de Te-

23. Según he podido contrastar con el protagonista de este relato, nunca estuvo en Albacete. Sí en Almansa y en Lorca, donde se licenció como oficial y empezó su carrera militar; pero no durante la guerra, que pasó íntegramente en Valencia y alrededores.

24. José ORLANDIS, *Años de juventud en el Opus Dei*, Rialp, Madrid 1993, pp. 43-44.

25. Cfr. entrevistas con D. Francisco Gómez Martínez, mantenidas el 19 de octubre de 1990 y el 21 y 25 de noviembre de 1999. Cfr. también su declaración testimonial (AGP, RHF, T-12942), que data del 12 de septiembre de 1989.

«Cada caminante, siga su camino»

ruel, su destino durante los tres años de guerra civil se movió fundamentalmente en los alrededores de Valencia. Peleó en la famosa «Línea XYZ», que trataba de frenar el acceso de las tropas nacionales al mar Mediterráneo. Era, por aquel entonces, el Jefe de Artillería del 21º Cuerpo de Ejército.

Cuando, el 25 de julio de 1938, termina la contienda de Levante y los nacionales obtienen su salida al mar, el 21º Cuerpo de Ejército se disuelve y el joven oficial es enviado al Estado Mayor Central, en Valencia, donde el Teniente Coronel Matallana (que Miaja había nombrado Jefe de Estado Mayor el 16 de abril de 1938) coordinaba el Grupo de los cuatro ejércitos de la zona: Levante, Andalucía, Extremadura e Interior. Ese Estado Mayor estaba situado entonces en un cuartel a las afueras de la capital: en la carretera de Valencia a Torrente, cerca de Alacuás, en un caserón denominado estratégicamente como «Posición Pekín». Allí, Francisco Gómez se encarga del Negociado de Artillería e Ingenieros, a la vez que actúa como Ayudante de Matallana para misiones especiales: llevar documentos, servir de enlace con los distintos ejércitos, poner en comunicación a unidades dispersas, etc.

Sus actividades en este campo se multiplicaron en poco tiempo, pues el 16 de agosto de 1938 Manuel Matallana Gómez es ascendido a General. A partir de esa fecha, resultan ya frecuentes sus servicios como enlace entre distintos cuarteles y ejércitos. Y es a partir de entonces, por tanto, cuando hay que situar su primer viaje a la Escuela de Oficiales de Burjasot: aquel en que no recuerda haber visto el cartel en cuestión.

Ya en el año 1939, muy probablemente en el mes de febrero²⁶, Francisco Gómez es enviado de nuevo a Burjasot para llevar una cartera con documentos. Es en esta segunda vez cuando aprecia algo que, evidentemente, no estaba antes: un cartel de grandes dimensiones (no puede precisar si era una arpillera, un cartel impreso o incluso un típico mosaico levantino), que ocupa un lugar destacado del edificio. Tras preguntar al oficial de la Escuela que le atiende a su llegada, no tarda en hacerse con una cumplida explicación de por qué está ahí ese gran cartel. Según recuerda, ese oficial le dijo explícitamente que era de Antonio Machado, quien tenía cierta amistad con el Director de la Escuela: quedaban para tomar café, para charlar sobre diversos temas y, sobre todo, para fumar juntos. Al parecer, esa paternidad machadiana de la frase era conocida por todos los que vivían en el cuartel de Burjasot.

Esto sucedía tan solo unos meses antes —tres o cuatro— de la llegada del Fundador de la Obra a ese Colegio Mayor, en el atardecer del 5 de junio de 1939. Lo demás, aparece ya en el testimonio ofrecido por el profesor Orlandis.

Sí convendría añadir, sin embargo, un último apunte biográfico. Francisco Gómez no tuvo relación con la Obra hasta pasados muchos años. Pero en octubre de

26. El 8 de febrero el General Matallana es ascendido a Jefe del Grupo de Ejércitos de la Región Central.

1967, realizó un viaje a Pamplona con unos conocidos para asistir a la II Asamblea General de Amigos de la Universidad de Navarra; y allí conoció al Fundador del Opus Dei. Pudo escuchar la homilía que pronunció en la explanada del *campus*: «Amar al mundo apasionadamente», publicada poco después en el volumen *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer* (1968). Y se sorprendió al descubrir la fe de aquel sacerdote, que con tanta fuerza estaba hablándoles de libertad, de pluralismo, de distintas opciones en la vida espiritual; en definitiva, de que *cada uno siga su propio camino*:

«Un hombre sabedor de que el mundo —y no solo el templo— es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando —con plena libertad— sus propios criterios (...). Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las soluciones católicas a aquellos problemas (...). Se ve claro que, en este terreno como en todos, no podríais realizar ese programa de vivir santamente la vida ordinaria, si no gozaríais de toda la libertad que os reconocen —a la vez— la Iglesia y vuestra dignidad de hombres y de mujeres creados a imagen de Dios. La libertad personal es esencial en la vida cristiana»²⁷.

Algo de todo lo que oyó en esos días se quedó para siempre en el alma de Francisco Gómez, cuya existencia quedaría muy unida al espíritu del Fundador del Opus Dei a partir de aquella fecha. Por aquel entonces, todavía ignoraba que aquella frase de Machado leída en Burjasot había sido un hallazgo para Monseñor Escrivá, que vio en ella —arropada en términos poéticos— una idea importante para su predicación. Lo supo algún tiempo después, sintiendo la alegría de que treinta y ocho años antes, en los primeros meses de 1939, los dos se habían encontrado con aquel cartel de Machado —«cada caminante, siga su camino»— y los dos se habían sentido impresionados por él.

Se da además el hecho, por una de esas casualidades de la vida, de que en aquella homilía de 1967, Mons. Escrivá de Balaguer citó unos versos de D. Antonio para ilustrar un aspecto de su predicación. Animaba a sus oyentes a «poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese *algo divino* que en los detalles se encierra». Y concluía: «¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos del poeta de Castilla!: *Despacito y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas*»²⁸.

* * *

27. «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones*, nº 116-117.

28. *Ibidem*, nº 116; la cita es de A. MACHADO, *Proverbios y Cantares* (CLXI), nº XXIV, en *Nuevas Canciones*, Madrid 1930.

«Cada caminante, siga su camino»

Para terminar este epígrafe, me veo en la obligación de responder a una pregunta más o menos latente que tal vez el lector se haya formulado, y que afecta a la recepción de la frase por parte del Beato Josemaría. Esa pregunta se articula en dos interrogantes. Primero: ¿intuía el Fundador del Opus Dei el origen machadiano de la frase? Y segundo: ¿que le llevó a citar un lema republicano, fuera cual fuera su origen?

Respecto al primero de ellos, podemos asegurar que el Beato Josemaría no sabía quién era el autor de ese lema; como tampoco lo sabían los asistentes al curso de retiro. De no ser así, resultaría extraño que no lo mencionase explícitamente en ninguno de los tres recuerdos que hemos analizado. O, al menos, que no lo indicase veladamente, con una expresión del tipo: «estas palabras de un encumbrado poeta», o algo semejante, como solía hacer en sus escritos²⁹. Más bien, lo que se deduce claramente de los testimonios citados es que lo desconocía por completo; eso, desde luego, es lo que se desprende de su afirmación: «encontré un gran letrado, escrito por alguno *no conformista*»³⁰.

Por otra parte, pienso que ahí radica su mayor mérito (al menos, desde un punto de vista literario). Para mí, resulta obvio que en este desconocimiento se manifiesta la sensibilidad poética del Fundador de la Obra: sensibilidad para saber descubrir el arte —la calidad de un cuadro, o de una determinada frase— no donde ya lo esperamos (en la sala de un museo, o en las páginas de un libro de poesía), sino allí donde nada externamente indica su valor. Y en un cartel bélico, poco arte cabía esperar.

La respuesta al segundo interrogante tiene como referente un rasgo muy propio de la personalidad del Beato Josemaría; y es su enorme apertura de mente para descubrir las cosas buenas que puede haber en personas e instituciones, incluso alejadas de Dios; en definitiva, su facilidad para descubrir una idea positiva o aceptar un buen consejo, sin prejuzgar la calidad personal de su interlocutor. Es lo que la sabiduría popular ha sintetizado en ese dicho («del enemigo, el consejo») que el propio Fundador empleó para aceptar el mensaje de Burjasot: «Quisieron quitarlo, pero yo les detuve: *dejadlo* —les dije—, *me gusta: del enemigo, el consejo*»³¹.

En este caso, los asistentes al curso de retiro, o al menos algunos de ellos pudieron ver como enemigo a un ejército que en muchos lugares había actuado contra

29. Siempre que —en sus textos u homilías— incluyó una cita poética, lo señaló explícitamente. Y, como hemos tenido ocasión de ver, cuando citó unos versos de Machado en la homilía de la Universidad de Navarra, incluyó una clara alusión identificatoria: «¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos del poeta de Castilla!» (cfr. «Amar al mundo apasionadamente», *Conversaciones*, nº 116).

30. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 9 de enero de 1959*, nº 35.

31. *Ibidem*.

la religión y contra la Iglesia. Y por eso querían arrancar ese lema, sin atender a su contenido: simplemente, por venir de quienes venía. Pero el Beato Josemaría supo ver más allá de la etiqueta personal³², para descubrir la hondura de ese acendrado pensamiento, independientemente de su procedencia. Y no aprobó nada de la furia anticatólica —y todo, en cambio, de la sabiduría del lema— cuando detuvo a los que querían arrancar ese cartel, sin haberlo leído apenas.

No sería ésta una ocasión aislada en su vida. Muchas otras anécdotas podrían citarse también para mostrar esa apertura a lo positivo de otras personas o formas de entender la vida, por alejadas de Dios que estuvieran. Entre todas ellas, tal vez la más significativa para nuestro trabajo —por su enorme semejanza con el suceso de Burjasot— sería aquel pasaje que relata Vázquez de Prada:

«Un día de octubre de 1963 vio pegado a un muro de Roma un cartel de propaganda del partido comunista. Decía: —*Rinnova la tua tessera e porta un altro compagno* (Renueva tu carnet y tráete a otro compañero). E inmediatamente lo llevaría a examen. Era una llamada de renovación interior; un acicate para el apostolado»³³.

El aforismo y la experiencia poética en la predicación del Beato Josemaría

En este epígrafe quisiera dedicar unos párrafos a la importancia que el Fundador de la Obra concedió siempre a la expresión poética y al aforismo lírico; y, por tanto, el atractivo que supo apreciar tanto en el ropaje externo de ese lema como en su acertado contenido didáctico. Estudiaremos este punto en su experiencia vital y en su predicación.

Monseñor Escrivá de Balaguer manifestó desde muy niño amplias cualidades para la literatura y la poesía. Ya en el bachillerato destacó en las asignaturas de Literatura, en las que siempre obtuvo sobresaliente. En *Preceptiva y Composición*, en 4º Curso, mereció incluso la Matrícula de Honor³⁴.

Pero no fue sólo el gusto pasajero por una asignatura concreta, o una facilidad innata para asimilar una determinada materia. El Beato Josemaría llegó a desarrollar una verdadera afición por la lectura, que excedía a las obras literarias obligatorias en la educación primaria y secundaria. Vázquez de Prada, que es, con mucho, el biógrafo que más se ha ocupado de su formación cultural y su estilo lite-

32. De hecho, en otros momentos de su vida citó expresamente a Machado.

33. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 420. Cfr.: *Artículos del Postulador*, n° 273.

34. Cfr. J. TOLDRÁ, *Los estudios de Josemaría Escrivá en Logroño (1915-1920)*, «Cuadernos del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer» I (1997) 5-72. Puede verse también en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, 1997, tomo I, Anexo VIII, pp. 608-609.

«Cada caminante, siga su camino»

rario, ha estudiado detalladamente las abundantes citas de obras clásicas en sus escritos de espiritualidad. Y concluye:

«Fue un gran lector de la buena literatura. Los clásicos castellanos dejaron en su estilo marcada impronta (...). A Cervantes —en su Quijote o en las Novelas ejemplares— se refiere muchas veces, de pluma o de palabra. Quevedo fue otra de sus fuentes de lenguaje castizo. De Lope de Vega o Calderón era capaz de recitar de memoria largos versos»³⁵.

Esta pasión por la *buena literatura* se verifica, sobre todo, en su especial conocimiento de la poesía castellana. Muchas veces, sin una tarea previa de búsqueda literaria, es capaz de citar versos y poemas en su predicación o sus escritos. Y es evidente que el recuerdo surge espontáneamente porque las más de las veces se dan en una tertulia, como respuesta a una pregunta que alguien ha formulado a bocajarro. Es el caso, por ejemplo, de una referencia espontánea a Bécquer que el Fundador hilvana durante una reunión con cientos de personas. Alguien le ha demandado una reflexión sobre la muerte; y, tras una breve consideración, añade, extrayéndolo directamente de su memoria: «Al brillar un relámpago nacemos / y aún dura su fulgor cuando morimos; / ¡tan corto es el vivir!»³⁶. Y es el caso, también, de otra referencia poética en una reunión semejante; allí, en medio de su improvisada charla, se arranca con una referencia al sufrimiento en el amor y termina por citar unos versos, de cuya calidad literaria no responde: «Mi vida es toda de amor. / Y si en amor estoy ducho / es por fuerza del dolor; / pues no hay amante mejor / que aquel que ha llorado mucho»³⁷.

Eso sí, su afición por la poesía es siempre instrumental: porque las referencias literarias nunca son superfluas, añadidas al discurso para agrado del auditorio; sólo tienen valor para él cuando ilustran o aclaran los conceptos de su pensamiento. Es decir, no pone los textos a su servicio (para lucimiento personal), sino que los pone al servicio de los demás; y, sobre todo, los emplea cuando facilitan la comprensión de alguna idea espiritual: «Si tenía que citar ejemplos literarios, únicamente sacaba a relucir los relacionadas con motivos espirituales (...). Así los cantos de segadores, el Mío Cid, Berceo, las Cantigas; o versos de Santa Teresa o estrofas de San Juan de la Cruz»³⁸.

Precisamente a partir de las Cantigas compuso el Fundador de la Obra una de sus consideraciones sobre la Eucaristía que más se han difundido en todo el mundo y más han ayudado a entender el amor de Cristo por nosotros; con certeza podemos

35. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, pp. 441-442.

36. Tertulia, Villa Sachetti (Roma), 13.IV.1974.

37. Tertulia, Teatro San Martín (Buenos Aires), 15.VI.1974.

38. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 442.

decir que se trata de un pasaje enormemente familiar para quien conozca mínimamente su predicación y sus escritos. Surgió de lo más hondo de su alma mientras hacía su oración en voz alta, durante el Jueves Santo de 1970:

«Desde chico, Señor, desde la primera vez que yo pude hojear esa poesía gallega de Alfonso el Sabio, me ha conmovido el recuerdo de alguna de sus estrofas. Me removía con esas cantigas, como la de aquel monje que pidió en su simplicidad a Santa María contemplar el cielo. Se marchó al cielo en su oración —esto lo entendemos todos nosotros, lo entienden todos mis hijos, todos, porque todos somos almas contemplativas—, y cuando volvió de su oración no reconocía a ningún monje del monasterio ¡Habían pasado tres siglos! Ahora lo entiendo también de una manera particular, cuando considero que Tú te has quedado en el Sagrario desde hace dos mil años para que yo te pueda adorar y amar, y poseer...»³⁹.

Sin embargo, la afinidad con la expresión poética no es solamente fruto de una mera afición: no sólo, aunque mucho sea, de su vasta cultura literaria, o de su especial sensibilidad para apreciar el lenguaje poético. Además de gustarlo, Monseñor Escrivá de Balaguer lo practica y lo cultiva con esmero; porque, sin duda alguna, la pluma del Beato Josemaría es de una altura poética incontestable⁴⁰.

Su lenguaje es claro, sencillo, directo; y, a la vez, lleno de una desbordante riqueza expresiva. No hay apenas cultismos; y, desde luego, carece de todo rebuscamiento formal o de cualquier ornato superfluo; pero sus frases son siempre fuertes, sonoras, apelativas; incitadoras al propósito o a la reflexión personal. Lo señalaba ya Monseñor Alvaro del Portillo, a propósito de las notas definitorias de *Es Cristo que pasa*, su primer volumen de homilías: «La tercera característica es de estilo (...). No es posible silenciar este lenguaje directo, sencillo, de una amenidad inconfundible. Se nota siempre una delicada atención a la corrección gramatical y literaria, pero el autor no supedita el contenido a la forma. La fuerza y el nervio de lo que dice dan lugar a un estilo sereno y claro, sin recurrir a efectos fácilmente emotivos. Tampoco intenta deslumbrar; quiere sólo ser el vehículo imprescindible, para que cada alma se coloque cara a Dios y saque consecuencias y propósitos concretos para su vida diaria»⁴¹.

Junto a esa sencillez formal, se descubre un vocabulario muy rico, con expresiones castellanas vigorosas, de gran sonoridad: *andrajo*, *zozobra*, *reciedumbre*, *brío*.

39. AGP, P01 1970; recogido en: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, tomo I, 1997, p. 86.

40. La calidad de su prosa ha sido ya reseñada en otro lugar: cfr. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *Semblanza y estilo*, en *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, pp. 405-444. Por tanto, aquí me limitaré, tan solo, a subrayar brevemente algunos de los rasgos poéticos que más sobresalen en sus escritos. Del libro de Vázquez de Prada, no obstante, tomaré algunos ejemplos para el desarrollo de este epígrafe.

41. Mons. Alvaro DEL PORTILLO, «Presentación» a *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid 1973, 7ª ed., p. 12.

«Cada caminante, siga su camino»

A veces, descubre los matices diversos de una aparente sinonimia (*afrenta* y *contumelia*, *abominar* y *aborrecer*) o distingue entre términos que el vulgo ha dado en catalogar de equivalentes: «A pesar de nuestras caídas, nuestras flaquezas, nuestros errores: no son sinónimas estas palabras». Otras, le vemos recrearse en términos pintorescos, que dan color y vitalidad a sus escritos: *floripondio*, *cascabeleo*, *tiquismiquis*, *chisgarabís*. Y en otras, aflora un novedoso caudal de invenciones expresivas: *endiosamiento* bueno y malo, *entrañas de misericordia*, *vibración de eternidad*.

Es esta faceta creativa la que más puede sorprender al lector. La novedad de su mensaje y la necesidad de abrir nuevos caminos en la vida ascética parecen haberle impulsado a forjar un lenguaje también nuevo. De ahí los neologismos de feliz expresividad (*acostumbramiento*, *bondadosidad*, *facilonería*) y, sobre todo, la amplia utilización de la adjetivación paradójica: «santa desvergüenza», «picardía sobrenatural», «nariz católica».

Con todo, lo que más le acerca al lenguaje poético es su innato sentido para la cadencia y la sonoridad. Como señala Vázquez de Prada, en su predicación supo sacar partido a los fonemas: paladeando los adjetivos de muchas sílabas (espléndido, maravilloso, estupendo, magnífico), que coincidían en proclamar un contenido alegre; o enfatizando el desagrado de ciertos vocablos con la abrupta sonoridad de la erre inicial: repugnante, rencor, roña, rabia.

«Este hábito se prolongaba en una secreta propensión a las aliteraciones, por primacía evidente del sonido. Combinados con el juego de palabras, le salían insospechados logros de humor, agudeza o patetismo. Ya por simple atracción de significado, ya por forzado desdoblamiento; como: “murmuraciones y maledicencias”; “sin trapos, sin tapujos”. En otros casos resaltaba más el gracejo desprendido de la imagen: “rabo sin perro”; o la similitud fonética: “no confundir la jícara con la jácara”; o la redoblada reduplicación: “todos los errores y todos los horrores”; o, en fin, la similitud en cascada: “ni los votos, ni las botas, ni los botines, ni los botones”»⁴².

En esta referencia a las aliteraciones, Vázquez de Prada se ha adentrado también en el terreno de las imágenes poéticas empleadas por Josemaría Escrivá: vergel de inusitada exuberancia que resulta imposible condensar aquí. En sus escritos, abundan las imágenes conceptuales («el sagrario ha de ser un imán»), las expresivas («Cristo, hecho un guiñapo») y las decididamente conmovedoras («¡Qué paladar más reseco, pastoso y agrietado!»). Y es que cualquier pasaje suyo rezuma comparaciones, aliteraciones, metáforas; ironías suaves o aparentes contradicciones: «Aquellos cuadros de Valdés Leal, con tanta *carroña distinguida* —obispos, calatravos— en *viva podredumbre*, me parece imposible que no te muevan»⁴³.

42. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 415.

43. *Camino*, nº 742. El subrayado es mío.

Rasgos literarios, rasgos poéticos que, las más de las veces —y esto es lo definitivo—, utiliza el Fundador en el lenguaje hablado⁴⁴: en la meditación personal, en la homilía o en la conversación multitudinaria; sin búsqueda previa, como fruto de una sorprendente intuición poética para dar con la forma exacta y precisa. Rasgos, por último, que evidencian una especial sintonía con la frase poética y sugerente, allá donde surge; y que permiten comprender mejor por qué el Fundador de la Obra se quedó prendado de una frase —«Cada caminante, siga su camino»— que supuestamente era tan solo un eslogan bélico y resultaron ser dos versos de gran calado.

Pero, para culminar acabadamente este análisis de su talante poético, sería necesario también hacer una somera referencia al gusto de Monseñor Escrivá por el aforismo, por la frase sentenciosa y el refrán. Es este un punto muy interesante, que arroja, además, nuevas luces sobre esa experiencia lírica que venimos comentando, y que explica su inmediata afinidad con esa máxima hallada en Burjasot.

Los aforismos constituyen, desde luego, el pan de cada día en la prosa de Monseñor Escrivá. De ahí, por ejemplo, su afirmación definitoria: «Soy un fundador sin fundamento», que proclama el carácter sobrenatural del Opus Dei (Dios es el verdadero «fundador» y el constante sustento de esa Obra divina) a través de un juego de palabras: *fundador-fundamento*. Y, como ésta, tantas otras expresiones que condensan en pocas palabras aspectos esenciales del espíritu de la Obra: «debemos tener alma sacerdotal y mentalidad laical», «lo nuestro es la piedad de niños y la doctrina de teólogos». Gracias a esa facilidad suya para perfilar lemas didácticos, el Beato Josemaría consigue transmitir pensamientos de la más elevada doctrina ascética mediante aforismos breves, sintéticos, fáciles de memorizar. Con ello se ahorra largas explicaciones; y, sobre todo, hace fácilmente asequible para todos la asimilación de un pensamiento tal vez muy complejo.

Esa tendencia al aforismo didáctico casa perfectamente con su carácter enérgico y su afición al lenguaje directo. De hecho, a la hora de definir una idea ascética, parecen bastarle dos rápidos brochazos: «humildad de garabato», «salvajemente sinceros», «apóstoles de pata libre», etc. Y, en consecuencia, las principales definiciones de su doctrina espiritual llegarán casi siempre por vía del aforismo. Por

44. Sobre este punto, ha escrito un conocido crítico literario chileno: «Son contados los escritores que “escriben como hablan” —con viveza coloquial—, y contados son también los expositores que “hablan como escriben”: con rigor a la vez sintáctico e intelectual. Pues bien, debo confesar que no conozco escritor o expositor alguno que cumpliera ambas proezas verbales a la vez con la propiedad de nuestro autor (Josemaría Escrivá) en sus dos lenguajes, identificados en uno solo: de extremo rigor intelectual, como la escritura, y de espontánea viveza, como el habla. Escribió como hablaba, y habló como escribía»: Cfr.: Ignacio VALENTE (pseud. de José Miguel Ibáñez Langlois), *Monseñor Escrivá como escritor*, «El Mercurio» (Santiago de Chile, 17 de mayo de 1992).

«Cada caminante, siga su camino»

ejemplo, su conocida frase: «Santificar el trabajo, santificarnos con el trabajo, santificar a los demás con el trabajo» resume con eficacia todo el espíritu de la Obra, a la vez que marca un programa de vida fácil de recordar; porque esa idea, de feliz expresión poética —un juego de palabras en cascada— llega al lector con toda la fuerza y la simplicidad de un acertado aforismo.

Así se entiende mejor lo que de él afirma un biógrafo suyo: «Entre sus gustos literarios hay un dato curioso, por el paralelismo con su afición a las artes menores. Era su tendencia a lo popular: a los romances, refranes, villancicos, fábulas, letrillas, dichos del vulgo, anécdotas históricas, canciones de la calle, jotas del pueblo...»⁴⁵.

En efecto. Muchas de las consideraciones espirituales que vertebran *Camino*, *Surco* y *Forja* son puntos muy breves; frases redondas y apremiantes. Algunas de ellas, son propiamente una máxima: «Acostúmbrate a decir que no». Otras, una pregunta hiriente: «¿Tú... soberbia? —¿De qué?». Y otras, una paradoja llena de hondo sentido espiritual: «Paradoja: Es más asequible ser santo que sabio, pero es más fácil ser sabio que santo»⁴⁶.

Con todo esto, es fácil reconocer el potencial atractivo de aquellos versos de Burjasot en el alma poética del Beato Josemaría. Su gusto por la sencillez formal y el dicho popular entroncaban fácilmente con la vena folclorista del poeta de Castilla, de cuya sección «Proverbios y Cantares» extrajo el Fundador de la Obra —como vimos— la copla literaria que citó en su homilía más multitudinaria: «*Despacito y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas*»⁴⁷.

No en vano, afirma Vázquez de Prada: «De mencionar algunos nombres predilectos de Mons. Escrivá de Balaguer, entre los prosistas habría que señalar a Cervantes, y, entre los poetas modernos, es posible que a Machado»⁴⁸.

* * *

Llegados a este punto, podemos decir que hemos avanzado bastante en el conocimiento de esa frase que da título al presente trabajo. Vimos, en un principio, los aspectos históricos y literarios que avalan la paternidad machadiana sobre el lema; después, el testimonio irrefutable de un protagonista de excepción; y, por último, la sensibilidad de Monseñor Escrivá de Balaguer hacia el lenguaje poético y la sentencia aforística. Tenemos ya casi todo el marco de referencias para adentrarnos con seguridad en el punto más importante: el significado espiritual que dio a esa frase el Fundador de la Obra. Pero, antes, debemos realizar —siquiera brevemente—

45. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 442.

46. *Camino*, nº 5, nº 600 y nº 282.

47. Homilía «Amar al mundo apasionadamente», *Conversaciones*, nº 116.

48. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 442.

te— un mínimo recorrido histórico por los escritos del Beato Josemaría anteriores a 1939. Nos interesa descubrir —si es que los hay— los precedentes de ese lema poético, y la importancia que el tema del *camino* poseía ya antes del encuentro de Burjasot; y comprender así lo que este verso de Machado —por vía del recuerdo— supuso de *confirmación* de su pensamiento, en un punto que venía madurando desde tiempo atrás.

El tema del «camino» en los escritos del Fundador de la Obra (1931-1939)

No es ocioso incluir aquí un breve apunte sobre el tema del *camino* en los primeros escritos del Beato Josemaría. Porque ese término tiene una especial resonancia en los comienzos de la Obra. Piénsese, por ejemplo, que el libro más conocido y difundido del Fundador —se han vendido más de 4 millones de ejemplares en 39 idiomas diferentes— se titula precisamente así: *Camino*. Libro que había sido terminado semanas antes de su llegada a Burjasot, que estaba a punto de ser distribuido desde la ciudad del Turia⁴⁹, y que era el primer libro donde Monseñor Escrivá iba a plasmar en breves puntos el espíritu del Opus Dei. Además, *camino* era un término muy significativo para el Beato Josemaría; porque, sabiendo que Dios le pedía que abriera nuevos itinerarios espirituales, deseaba que las palabras referidas al fenómeno vocacional reflejaran esa realidad. Si en 1930 escribía: «Querría encontrar una palabra castellana, distinta de *vocación*, que viniera a encerrar un significado semejante. ¿Habrá que denominarlo llamamiento?»⁵⁰, podemos suponer que la palabra *camino*, muchas veces empleada por él, pueda darnos la clave de esta búsqueda terminológica⁵¹.

Antes de empezar, una doble apreciación. La primera, de fecha histórica: hemos escogido como momento inicial el de 1930 por una necesaria limitación del corpus textual: hemos tenido en cuenta solamente pasajes publicados; por tanto, los escritos que vamos a repasar en este epígrafe son estos cuatro: *Apuntes íntimos* (1930-35)⁵²; *Instrucción sobre el espíritu sobrenatural de la Obra* (1934), *Santo Rosario* (1934) y *Camino* (1939).

49. El volumen estaba en la imprenta desde el 6 de junio de 1939, pero no se acabó de imprimir hasta el 29 de septiembre (Cfr.: Josep Ignasi SARANYANA, *Cincuenta años de historia*, en AA.VV., *Estudios sobre «Camino»*, Rialp, Madrid 1988).

50. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1997, p. 346.

51. En una meditación pronunciada en 1970, decía a sus hijos: «Reemprended el camino. Soy muy amigo de la palabra camino, porque todos somos caminantes de cara a Dios» (Homilía «Ahora que comienza el año», 31.XII.1970).

52. Acudimos a ellos partiendo del volumen que más ampliamente los ha citado: A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, tomo I, 1997.

«Cada caminante, siga su camino»

Como es sabido, *Apuntes íntimos* (o también *Catalinas*: por devoción a Santa Catalina de Siena) es el nombre con que el Beato Josemaría bautizó a un conjunto de escritos breves que anotaba en un cuaderno. Eran escritos de carácter íntimo, pensamientos que surgían de su diálogo constante con el Señor; se conservan las anotaciones posteriores a febrero o marzo de 1930⁵³. Desde esa fecha, el biógrafo en que nos basamos recoge 20 menciones del término *camino*, y 18 de ellas se refieren inequívocamente al concepto de vocación. Por otro lado, el rasgo más característico en todas esas citas es su común referencia a la «pluralidad»: la palabra aparece casi siempre en plural —*caminos*— y sugiriendo que no hay un solo modo de llegar a Dios, sino que hay muchos. Así, por ejemplo: «Jesús mío, llévame por *caminos* de Amor»; o también: «Jesús no me quiere sabio de ciencia humana. Me quiere santo. Santo y con corazón de padre. Oración, me pide. Me lleva por *caminos* de Amor»⁵⁴.

El otro rasgo que podemos sacar de la palabra camino en estos *Apuntes íntimos* es la profunda correlación entre el caminar cristiano y la libertad. Sobre este punto, tal vez lo más esclarecedor sea esta importante anotación fechada el 2 de enero de 1932 y referida al camino de infancia espiritual:

«Cuando digo en estas *Catalinas* que el Señor desea para los socios el conocimiento y práctica de la vida de infancia espiritual, no es mi intención *uniformar* las almas de los “hombres de Dios”. Por el contrario (...), lo que veo es: 1º hay que dar a conocer a todos y cada uno de los socios la vida de infancia espiritual: 2º nunca se forzará a ningún socio a seguir este *camino*, ni ninguna otra vía espiritual determinada»⁵⁵.

Este es un primer e interesantísimo precedente del lema de Burjasot. Que «cada caminante, siga su camino» implica la libertad espiritual para seguir el propio camino; y, por tanto, aun dentro de la Obra, no verse obligado a seguir caminos ajenos. Por eso escribirá años más tarde: «Es cierto que llevamos un camino común, porque única es —os lo diré de nuevo— la vocación que todos hemos recibido al Opus Dei. Pero se puede andar por el camino de muchas maneras. Se puede andar por la derecha, por la izquierda, en zig-zag, caminando con los pies, a caballo. Hay cien mil maneras de ir por el camino divino»⁵⁶.

Esta referencia a la libertad espiritual de cada uno, y este precedente del lema de Burjasot, encuentran un paralelismo mucho más pleno en un pasaje de la *Instrucción sobre el espíritu sobrenatural de la Obra*, que el Fundador escribió el 19 de

53. Cfr. *ibidem*, pp. 337-351.

54. *Apuntes*, n° 357 y n° 385: de octubre y noviembre de 1931, respectivamente. El subrayado es mío.

55. *Ibidem*, n° 535. Sólo el último subrayado es mío.

56. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta del 2 de febrero de 1945*, n° 18-19. El subrayado es mío.

marzo de 1934. Allí hace ver a sus hijos que el designio apostólico que están realizando no es una empresa humana, «sino una gran *empresa sobrenatural*»; y que «la Obra de Dios no la ha imaginado un hombre, para resolver la situación lamentable de la Iglesia en España desde 1931»⁵⁷. Una vez sentado el origen divino del Opus Dei, y para subrayar que no ha nacido la Obra para un período temporal concreto (sino que ha de durar «mientras haya hombres sobre la tierra»), imagina un supuesto: que, tras la persecución religiosa desencadenada en España en 1931, hubieran surgido algunas organizaciones eclesíásticas cuyos fines se parecieran externamente a los del Opus Dei:

«Supongamos que, entre las organizaciones que venimos hablando, hubiera una que se pareciera exteriormente a la Obra que Dios nos pide (...). *Que sigan su camino*: nosotros, a seguir el nuestro»⁵⁸.

Libertad, magnanimidad; amplitud de miras para no apagar ninguna vela que se encienda en honor a Cristo. Ideas de elevada generosidad. E ideas, como vemos, plasmadas en una expresión casi idéntica a la hallada en el lema de Burjasot: «cada caminante, siga su camino». Con esto, algo podemos intuir de lo que pasó por el alma del Fundador cuando vio un pensamiento tan suyo reflejado en ese cartel. Algo ciertamente hondo, que seguiría recordando en posteriores trabajos y entrevistas. Sirvan, como botón de muestra, algunas citas del libro *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, que se editó casi treinta años después de este suceso:

«Los socios del Opus Dei se han unido sólo para *seguir un camino* de santidad, bien definido (...). Sus compromisos recíprocos excluyen cualquier tipo de interés terreno, por el simple hecho de que en este campo todos los socios son libres, y por tanto *cada uno va por su propio camino*».

«Ni yo, ni ninguno de los miembros del Opus Dei, pretendemos que todo el mundo nos comprenda o que comparta nuestros ideales espirituales. Soy muy amigo de la libertad y de *que cada uno siga su camino*»⁵⁹.

En el mismo año en que escribe la citada *Instrucción*, 1934, el Beato Josemaría publica *Santo Rosario*. Se trata de una profunda meditación de los quince misterios de esta devoción mariana, que el Fundador escribió de un tirón: después de celebrar la santa Misa, en un banco de la iglesia de Santa Isabel, en Madrid. En ese librito, la palabra *camino* aparece seis veces: cinco de ellas en relación directa con el término vocación cristiana. Son consideraciones que revelan una gran finura de alma, y que enlazan perfectamente la escena de la Pasión con la vida espiritual del

57. *Instrucción 19-III-1934*, nº 1 y nº 6.

58. *Ibidem*, nº 11 y nº 13. El subrayado es mío.

59. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, nº 67 y nº 30. Los subrayados son míos.

«Cada caminante, siga su camino»

lector; esto se ve, por ejemplo, en el cuarto misterio doloroso (Jesús con la cruz a cuestas): «Y de seguro, como Él, encontrarás a María en el *camino*»⁶⁰.

Con todo, donde más claramente se aprecia el sentido que el Beato Josemaría daba a ese término es en la «Introducción», que desarrolla dos aspectos —infancia espiritual y filiación divina— directamente relacionados con el espíritu de la Obra y con la situación de su alma en ese momento:

«No se escriben estas líneas para mujercillas. Se escriben para hombres muy barbados y muy... hombres, que alguna vez, sin duda, alzaron su corazón a Dios gritándole con el Salmista: (...) “Dame a conocer el *camino* que he de seguir, porque a ti he levantado mi alma”.

He de contar a esos hombres un secreto que puede muy bien ser el comienzo de ese *camino* por donde Cristo quiere que anden. Amigo mío: si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño»⁶¹.

En este pasaje hay varios elementos imbricados en torno a la noción de camino. En primer lugar, que el camino es una *luz sobrenatural*: implica una iniciativa divina, una llamada de Dios; y para ver esa luz con claridad, muchas veces hay que pedir previamente esa luz al propio Dios. En segundo lugar, está la idea de que el camino es *personal*; o, dicho de otro modo, que realmente hay muchos caminos. Y, en tercer lugar, está la ya mencionada referencia a la infancia espiritual; en *Santo Rosario* la palabra camino se asocia no pocas veces a esta particular forma de acercarse a Dios: el «camino de infancia». De hecho, el pasaje de *Santo Rosario* continúa: «Ser pequeño exige creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños». Y es desde ese amor y abandono de la infancia (el amor de un niño hacia su Madre), de donde surge el *camino* seguro para llegar a Jesús:

«...rezar como rezan los niños.

Y todo esto es preciso para llevar a la práctica lo que voy a descubrirte en estas líneas:

El principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima»⁶².

Por último, en 1939 aparece el libro *Camino*, que había conocido algunas versiones anteriores. Como señala Monseñor Alvaro del Portillo: «*Camino* salió a la

60. *Santo Rosario* (1ª ed.: 1934), 4º Misterio doloroso. El subrayado es mío.

61. *Ibidem*, Introducción. El subrayado es mío.

62. *Ibidem*. El subrayado, en el original.

luz en 1934 bajo el título de *Consideraciones espirituales*. Fue editado en una modesta imprenta de Cuenca (...). Pero *Consideraciones espirituales* no era, a su vez, sino la edición impresa de unas hojas que había tirado a multicopista —a “velógrafo”, se decía entonces— en 1932 para uso de las personas que trataba más directamente en su apostolado»⁶³.

En este libro, la presencia del término «camino» es mucho mayor (comenzando por el título). Aparece 49 veces, y prácticamente siempre referido a la llamada de Dios o al encuentro personal con Él. Hay muchos puntos interesantes, que podrían comentarse aquí. Pero, como en *Santo Rosario*, voy a centrarme en los textos iniciales, porque las referencias más significativas a ese término aparecen sobre todo en el comienzo. En un breve texto titulado «Al lector» —tan sólo siete frases—, el Fundador de la Obra alude directamente al encuentro con Cristo y sugiere esa ya comentada pluralidad de caminos: «No te contaré nada nuevo. Voy a remover en tus recuerdos, para que se alce algún pensamiento que te hiera: y así mejores tu vida y te metas por *caminos* de oración y de Amor»⁶⁴.

A ese apunte fugaz, hay que unir otros dos pasajes iniciales. La nota a la tercera edición («Ojalá, lector amigo, te sirva su lectura constante para enderezar y afianzar tu *camino*») y el primer punto con que se inicia el volumen: «Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. Y enciende todos los *caminos* de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón»⁶⁵.

«Todos los caminos de la tierra». He aquí una frase que va a ser el verdadero *leit motiv* de toda su predicación. Como dirá cientos, miles de veces, «se han abierto los *caminos* divinos de la tierra». Todos podemos ser santos; todos podemos encontrar el camino para llegar a Dios (el nuestro: *cada uno que siga su camino*) toda vez que Cristo se ha encarnado, ha vivido entre nosotros y ha redimido todas las realidades humanas; de hecho, su predicación será que cada cristiano ha de ser —y es— «Cristo que pasa» entre los hombres. Cristo andando por el *camino* de la vida ordinaria.

Otros puntos, además de éste, revelan también aspectos importantes de este término. Así, el punto 903 —todo un estímulo a la generosidad y a la decisión sobrenatural de entrega— lleva implícita la afirmación de que hay muchos caminos en la vida espiritual: «Si ves claramente *tu camino*, síguelo. —¿Cómo no desechas la cobardía que te detiene?». Es, otra vez, que cada caminante *siga su camino*. Y, mu-

63. Mons. Alvaro DEL PORTILLO, *Significado teológico-espiritual de «Camino»*, en AA.VV., *Estudios sobre «Camino»*..., p. 46.

64. «Al lector», *Camino*, 1939, p. 7. El subrayado es mío.

65. *Camino*, «Nota a la Tercera Edición» (14.IX.1945) y nº 1. El subrayado es mío.

«Cada caminante, siga su camino»

cho más claramente aún, el punto 964: «Me decías, con desconsuelo: ¡hay muchos caminos! —Debe haberlos: para que todas las almas *puedan encontrar el suyo*, en esa variedad admirable»⁶⁶.

La libertad de cada alma en su propio camino espiritual era, como ya vimos, un punto absolutamente incuestionable para el Fundador del Opus Dei: algo sagrado que debía plasmarse tanto en la predicación como en la dirección espiritual. Es el mismo deseo de no encorsetar a nadie que ya veíamos reflejado en aquel pasaje de *Apuntes íntimos* de enero de 1932, referido, como ya dijimos, al camino de infancia espiritual: «Nunca se forzará a ningún socio a *seguir este camino*, ni ninguna otra vía espiritual determinada»⁶⁷.

Otros muchos puntos de *Camino* podrían mencionarse, pero no es el afán de exhaustividad lo que alienta estas páginas. Pensamos que, con lo dicho, ya han sido puestas sobre la mesa las distintas piezas que aspiramos a ensamblar aquí. En las líneas que siguen, intentaremos una breve síntesis final acerca del sentido de ese lema machadiano en el pensamiento del Fundador del Opus Dei.

El significado espiritual de «Cada caminante, siga su camino»

Vaya por delante que la aproximación al sentido espiritual de esta frase en la vida del Beato Josemaría es algo que excede con mucho la amplitud de este artículo. Un estudio completo requeriría, cuando menos, un trabajo más amplio para poder explicitar todo su sentido. Por tanto, aquí nos limitaremos a subrayar tan solo tres o cuatro líneas de fuerza que están íntimamente implicadas en el uso que de esa expresión hizo el Fundador del Opus Dei. Esas líneas de fuerza son: la libertad, la fidelidad, la novedad y la universalidad.

Pero, antes, será conveniente escuchar cuál es la interpretación que han dado a ese pasaje los biógrafos del Fundador de la Obra. La única nota común a esos comentarios es la brevedad. Quizás por temor a aventurar hipótesis sin excesivo fundamento, o quizás por respeto a un pasaje tan íntimo, lo cierto es que nadie se atreve a dibujar más que un posible indicio del sentido implícito en esas palabras. Ahora bien; también es cierto que ninguno de ellos ha renunciado a una interpretación.

En sus *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Salvador Bernal narra escuetamente el episodio de Burjasot; y comenta, acerca de la frase: «venía a ser todo un lema del espíritu abierto que caracterizaba a su acción apostólica»⁶⁸.

66. *Ibidem*, nº 964. Los subrayados son míos.

67. *Apuntes íntimos*, nº 535. El subrayado es mío.

68. S. BERNAL, *Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei...*, p. 204.

Años más tarde, Vázquez de Prada retomaría la anécdota sin precisar claramente el sentido de esas palabras; tan solo indicaría que fueron importantes en su vida: que «el Fundador tomaría ocasión del consejo para aplicarlo a la vida interior»⁶⁹. Después, Ana Sastre relataría con amplitud todo lo acontecido en aquel curso de retiro; y como pauta para entender el sentido de esa frase, alude a otro texto del Fundador —centrado en la libertad— que ya hemos citado: «Se puede andar por *el camino* de muchas maneras. Se puede andar por la derecha, por la izquierda, en zig-zag, caminando con los pies, a caballo. Hay cien mil maneras de ir por el camino divino»⁷⁰. Finalmente, José Orlandis ha sido el último en referirse al pasaje de Burjasot. Después de relatar el encuentro del Fundador con ese cartel, señala: «Aquella máxima le pareció apropiada para expresar un rasgo muy característico del espíritu de la Obra: el del carácter universal de la vocación cristiana a la santidad, esto es, la llamada al seguimiento de Jesucristo dirigida a todos, a cada uno en el lugar que ocupa en el mundo, en la propia profesión u oficio, sin salirse de su sitio»⁷¹.

Espíritu abierto, andar el mismo camino de forma diversa, carácter universal de la vocación cristiana. Como podemos ver, los biógrafos han apuntado dos significados espirituales que ya antes hemos señalado: la libertad y la universalidad del camino. En los párrafos siguientes intentaré desarrollar esas dos ideas e igualmente otras dos más que parecen también estar implícitas en ese lema: la novedad y la fidelidad.

De estos cuatro significados, el primero y más claro es, sin duda, el de la libertad. Y aquí no cabe discusión posible, porque el propio Fundador de la Obra nos ofreció esa clave de interpretación en la ya citada Carta del 9 de enero de 1959. Después de relatar el suceso —fragmento que hemos reproducido en las páginas iniciales—, el Beato Josemaría prosigue:

«Quisieron quitarlo, pero yo les detuve: *dejadlo* —les dije—, *me gusta: “del enemigo, el consejo”*. Especialmente desde entonces, esas palabras me han servido muchas veces de motivo de predicación.

Libertad: cada caminante siga su camino. Es absurdo e injusto tratar de imponer a todos los hombres un único criterio, en materias en las que la doctrina de Cristo no señala límites»⁷².

Esta afirmación enlaza con el pasaje antes mencionado de *Conversaciones*: «en este campo (se refiere a las materias económicas o políticas) todos los socios

69. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei...*, 1983, p. 202.

70. A. SASTRE, *Tiempo de caminar...*, p. 252. La cita: JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta del 2 de febrero de 1945*, nº 19. El subrayado es mío.

71. JOSÉ ORLANDIS, *Años de juventud en el Opus Dei...*, p. 43.

72. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 9 de enero de 1959*, nº 35.

«Cada caminante, siga su camino»

son libres, y por tanto *cada uno va por su propio camino*»⁷³. Y también con otros muchos de ese mismo volumen: «Movidos por la doctrina de Cristo, sus miembros defienden siempre la libertad personal, y el derecho que todos los hombres tienen a vivir y a trabajar (...). Pero la Obra no les propone ningún *camino* concreto, ni económico, ni político, ni cultural»⁷⁴.

Libertad, por tanto, en las materias opinables. Pero libertad también en el camino espiritual. El lema de Burjasot admite esa doble interpretación y, de alguna forma, la exige. Es la otra cara de la moneda que también defendió, con uñas y dientes, el Fundador:

«A los sacerdotes se nos pide la humildad de aprender a no estar de moda, de ser realmente siervos de los siervos de Dios (...). Esta nueva pastoral es muy exigente, pero, a mi juicio, absolutamente necesaria. Requiere el don sobrenatural de discernimiento de espíritus (...). En una palabra: el amor a la legítima libertad de los hijos de Dios, que encuentran a Cristo, *recorriendo caminos entre sí diversos, pero todos igualmente divinos*»⁷⁵.

El segundo significado del lema tiene que ver con la fidelidad. Que «cada caminante, siga su camino» implica que cada uno debe ser fiel a la propia llamada, al propio carisma: a *su* camino. Es una idea nuclear del Beato Josemaría, que aletea en bastantes puntos de *Camino*: «Si ves claramente *tu camino*, síguelo. —¿Cómo no desechas la cobardía que te detiene?». «Y pensar que por una satisfacción de un momento, que dejó en ti posos de hiel y acíbar, me has perdido “*el camino*”»⁷⁶.

Pero la infidelidad al propio camino reviste muchas otras formas además de la falta de decisión —o de entrega—; es decir, del abandono por motivos egoístas del camino al que uno está llamado. Está también la infidelidad provocada por la añoranza de otros caminos o por su imitación indebida. Lo que en el caso de los laicos o cristianos corrientes —a los que el Beato Josemaría se dirigió de manera especial— podría manifestarse en actitudes de separación de las realidades terrenas, buscando a Dios sólo en las plegarias y oraciones, y olvidando que es el mundo, la multiforme y riquísima vida profesional, familiar y social, lo que han de santificar. Por eso el Fundador calificaba de «tentación» el intento de acotar espacios neutros en la propia vida:

«Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que solían venir junto a mí por los años treinta, que tenían que saber *materializar* la vida espiritual. Quería apartarlos así de la *tentación*, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como

73. *Conversaciones*, nº. 67.

74. *Ibidem*, nº. 48.

75. *Ibidem*, nº 59. El subrayado es mío.

76. *Camino*, nº 903 y nº 137. Los subrayados son míos.

Alfonso Méndiz

una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser esquizofrénicos, si queremos ser cristianos (...): a ese Dios invisible lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»⁷⁷.

Estamos ante una clase de «infidelidad» que puede insinuarse muy sutilmente. Es la tentación de abandonar la propia responsabilidad y la propia misión en el mundo: desde la pasividad culpable al lamento triste y estéril (¡Qué mal están las cosas!) que esconde el apocamiento o a la cobardía de no querer comprometerse; en definitiva, la comodidad de considerarse incapaz de cambiar las cosas. No. Debemos mantenernos fieles —cada uno *siguiendo su camino*⁷⁸—, proclamando sin ambages la fe en la vida cotidiana con una conducta coherente: «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo»⁷⁹.

El tercer significado es el que apuntaba el profesor Orlandis: la universalidad. Que «cada caminante, siga su camino» implica que la llamada a la santidad es para todos; que hay caminos para todos y no sólo para unos pocos. Quizás por eso al Fundador le gustaba este vocablo especialmente en plural; y desde sus más antiguos apuntes íntimos, habla con frecuencia de «ir por caminos de oración», o de «abrir los caminos de la tierra».

Ya hemos señalado antes esa luz arrolladora que supone el primer punto de *Camino*: «...Y enciende *todos los caminos de la tierra* con el fuego de Cristo que llevas en el corazón». Esa aspiración, que más tarde se convertirá en el mensaje permanente del Beato Josemaría, era una idea nuclear desde los comienzos de la *Obra*: «Desde 1928 mi predicación ha sido que la santidad no es cosa de privilegiados, que pueden ser divinos *todos los caminos de la tierra*»⁸⁰. Todos los caminos. Todos los proyectos. Todas las situaciones humanas:

77. «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones*, nº 114. El subrayado es mío.

78. El Beato Josemaría se refirió en varias ocasiones a diversas formas que puede adoptar esa tentación de abandonar el propio camino: «¡Galopar, galopar! ¡Hacer, hacer!... Fiebre, locura de moverse (...). Quietud. Paz. Vida intensa dentro de ti. Sin galopar, sin la locura de cambiar de sitio, desde el lugar que en la vida te corresponde» (*Camino*, nº 837). Y en otro lugar: «Vivir santamente la vida ordinaria (...). Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que suelo llamar *mística ojallatera* —¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esta profesión, ojalá tuviera más salud, ojalá fuera joven, ojalá fuera viejo!...— y ateneos, en cambio, sobriamente, a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor» (*Conversaciones*, nº 116).

79. *Camino*, nº 2.

80. *Conversaciones*, nº 34.

«Cada caminante, siga su camino»

«Debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un *algo* santo, divino, escondido en las cosas más comunes que toca a cada uno de vosotros descubrir»⁸¹.

Por eso en el Opus Dei caben todos: de todas las razas, de todos los colores, de todas las condiciones sociales. Y por eso, también, toda la actividad de la Obra se sintetiza en dar formación a sus miembros; la misión principal del Opus Dei no es la promoción de iniciativas apostólicas concretas, sino la de formar a los fieles de la Prelatura para que puedan, como subrayaba el Beato Escrivá, «santificar todos los caminos de los hombres, que todos tienen el aroma del paso de Dios»⁸².

El cuarto y último significado es el de la novedad. Pienso que cuando el Beato Josemaría vio aquel cartel de Burjasot, no pudo menos que recordar lo difícil que estaba resultando abrir el camino de la Obra. «Cada caminante, siga su camino» significa aquí que el caminante siga no cualquier camino, sino el suyo, el que le pide Dios; aunque esté por abrir. Es bueno recordar que, por aquel entonces —1939— la llamada universal a la santidad, que años más tarde proclamó el Concilio Vaticano II, todavía no estaba amplia y plenamente asimilada. Y que tampoco había en el Derecho Canónico vigente un cauce jurídico apropiado para una realidad como el Opus Dei. Su carácter de institución de ámbito universal, que agrupaba tanto a sacerdotes como a laicos —hombres y mujeres— con un compromiso vocacional pleno, excedía el marco jurídico-canónico de la época. Fue también en el Vaticano II —cuando se creó la figura de las Prelaturas personales (Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 1965)— el momento en el que la solución jurídica de la Obra empezó a vislumbrarse; si bien aún faltaban diecisiete años para que, en 1982, el Opus Dei fuese erigido en Prelatura personal.

Mientras tanto, el Beato Josemaría se esforzaba por abrir un camino que parecía imposible a los ojos humanos. Porque todo estaba sin hacer: en el plano teológico, en el ascético, y en el jurídico. Así lo explica a sus hijos en una meditación que predicó el dos de octubre de 1962:

«Me puse a trabajar, y no era fácil: se escapaban las almas como se escapan las anguilas en el agua. Además, había la incompreensión más brutal: porque lo que hoy ya es doctrina corriente en el mundo, entonces no lo era. Y si alguno afirma lo

81. «Amar al mundo apasionadamente», en *Conversaciones*, nº 114.

82. *Conversaciones*, nº 19.

contrario, desconoce la verdad (...). Había que crear toda la doctrina teológica y ascética, y toda la doctrina jurídica. Me encontré con una solución de continuidad de siglos: no había nada. La Obra entera, a los ojos humanos, era un disparatón. Por eso algunos dijeron que yo estaba loco y que era un hereje, y tantas cosas más»⁸³.

Ciertamente, la Obra era —en los años treinta y cuarenta— una realidad absolutamente innovadora: demasiado avanzada para los tiempos. Por eso, cuando en 1946 planteó en Roma la necesidad de nuevos pasos jurídicos adecuados a la realidad de la vida y del apostolado del Opus Dei, un destacado eclesiástico de la Curia les dijo: «Ustedes han llegado con un siglo de anticipación». Sin embargo, muchas veces señaló el Fundador del Opus Dei que el mensaje de la Obra resultaba novedoso porque se había olvidado lo que vivieron los primeros cristianos; por eso afirmaba —con clara intención paradójica— que «la Obra es una *novedad, antigua* como el Evangelio»⁸⁴; o, también, que «el Opus Dei es viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo»⁸⁵. Por eso no había en esa *novedad* (jurídica, teológica y ascética) nada extraño u oscuro: se trataba de una «novedad bien sencilla, como son las *nuevas* del Señor»⁸⁶.

No obstante, resultaba una novedad difícilmente asimilable para la mentalidad de quienes, en aquella época, no veían llegado el tiempo para semejante innovación. Por eso los obstáculos eran poco menos que insuperables. Pero más fuerte aún que las dificultades fue el deseo del Fundador del Opus Dei por ser fiel a lo que Dios le pedía. Hubiera sido más fácil ceder, claudicar ante la presión de las barreras e impedimentos y haber acomodado su mensaje a la realidad existente. Pero no: lo que Dios le pedía era otra cosa; y ante quien debería dar cuentas al término de su existencia no era ante los hombres sino ante Dios. A pesar de las contradicciones, se exigió una entrega total y permanente, para abrir un nuevo camino en el Derecho Canónico: un camino que reflejara y tutelara con absoluta claridad la condición secular de los fieles del Opus Dei y la de sus apostolados⁸⁷.

83. «En un dos de octubre», Meditación 2.X.1962; cit. en A. DE FUENMAYOR-V. GÓMEZ IGLESIAS-J.L. ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, EUNSA, Pamplona 1989, p. 66.

84. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 25 de enero de 1961*, nº 4.

85. *Conversaciones*, nº 24.

86. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Carta 25 de enero de 1961*, nº 4.

87. «La Obra aparecía, al mundo y a la Iglesia, como una novedad. La solución jurídica que buscaba, como imposible. Pero, hijas e hijos míos, no podía esperar a que las cosas fueran *posibles*. “Ustedes han llegado —dijo un alto personaje de la Curia Romana— con un siglo de anticipación”. Y, no obstante, había que tentar lo imposible. Me urgían millares de almas que se entregaban a Dios en su Obra, con esa plenitud de nuestra dedicación, para hacer apostolado en medio del mundo» (*Carta 25-I-1961*, nº 19). Y en otro lugar: «Estoy seguro, hijos míos, que ha de salir. Ahora o dentro de uno o veinte años: pero saldrá. Es la última etapa de la Fundación. Saldrá porque el Señor nos escuchará: ¡tantos años rezando por esto, y miles de Misas, y tantas mortificaciones, y la rectitud de intención que nos mueve —su gloria, su servicio, la mayor eficacia de la Obra— y la confianza que tenemos en Él!» (Tertulia, Roma, 1962).

«Cada caminante, siga su camino»

Buscaba, en definitiva, que «cada caminante, siga su camino»: el suyo propio, aunque hubiera que abrirlo dejando jirones de carne en el trayecto. Es la misma idea que había grabado a fuego en un punto de *Camino*: «Es preciso atravesar el mundo. Pero *no hay caminos hechos para vosotros...* Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas»⁸⁸.

* * *

Ha caído la noche. Los asistentes al curso de retiro de Burjasot han enfilado la puerta del comedor y se disponen a comenzar la cena. El Beato Josemaría está todavía recordando lo que ha leído en el cartel. Y de nuevo dirige su vista a esas palabras. Quizás entonces se acordó de este punto de *Camino*: «Los haréis... al golpe de vuestras pisadas». Y, quizás también, recordó algo que probablemente había leído antes de la guerra: unos versos de Antonio Machado, plasmados en *Campos de Castilla*, que parecían enlazar perfectamente con el lema poético de Burjasot:

«Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar...»⁸⁹.

Alfonso Méndiz Noguero
Fac. de CC de la Información
Universidad de Málaga
Campus de Teatinos s/n
E-29071 Málaga
amendiz@uma.es

88. *Camino*, nº 928. El subrayado es mío.

89. *Campos de Castilla*, «Proverbios y cantares» (CXXXVI), nº XXIX. El subrayado es mío.

Notas

Presentaciones en Italia del libro *Il fondatore dell'Opus Dei,* de Andrés Vázquez de Prada

Introducción

La biografía de Andrés Vázquez de Prada sobre el fundador del Opus Dei aparecida en 1997 ha sido considerada por muchos observadores como la más importante de las biografías de Josemaría Escrivá de Balaguer aparecidas hasta la fecha. A pesar de abarcar, en su primer tomo, tan sólo los primeros 34 años de la vida del fundador del Opus Dei, la posibilidad de haber contado con más fuentes documentales que las anteriores y la profundización en algunos aspectos inéditos de la vida del biografado, le ha otorgado, sin duda, la consideración de «biografía pionera».

Además de la edición castellana se ha publicado ya la italiana (Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *Il fondatore dell'Opus Dei. La biografia del beato Josemaría Escrivá 1902-1936*, Leonardo Internacional, Milán 1999, 688 pp.), que ha sido objeto de varias presentaciones entre las que destacan dos: la que tuvo lugar en Milán, en la Biblioteca Ambrosiana, el 1 de junio de 1999, y la que se celebró en Roma, en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, el 21 de septiembre de 1999.

En Milán, después de una breve introducción de Gianfranco Ravasi, Prefecto de la Biblioteca Ambrosiana y Leonardo Mondadori, editor del libro, intervinieron Giorgio Rumi, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad Católica de Milán, y Ennio Apeciti, responsable de la Oficina para las Causas de los santos de la diócesis milanesa.

En Roma, los ponentes fueron el Cardenal Dionigi Tettamanzi, Arzobispo de Génova y Andrea Riccardi, profesor Ordinario de Historia del Cristianismo de la Universidad de Roma 3 y fundador de la Comunidad de San Egidio.

Se recogen a continuación tres de esas conferencias, las de Ennio Apeciti, el Card. Tettamanzi y Andrea Riccardi. Se trata en todos los casos de intervenciones orales, lo que se refleja en el texto. Los títulos con que se introducen son de la redacción de los «Cuadernos».

*La santidad es posible. Un testimonio contemporáneo*¹

Rev. Ennio APECITI (Milán, 1.VI.1999)

L'intervento, che mi è stato chiesto, è relativo al compito che svolgo in questa diocesi di Milano, ove seguo le cause di canonizzazione e beatificazione. Leggendo il libro, dunque, mi sono posto la domanda: da quest'opera emerge un santo? Emerge un beato? Per rispondere, mi sono confrontato, anche un po' per dovere, con quanto detto dal Papa ai partecipanti al primo convegno teologico sugli insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá. Egli disse: «La storia della Chiesa e del mondo si svolge sotto l'azione dello Spirito Santo, che, con la libera collaborazione degli uomini, dirige tutti gli avvenimenti verso il compimento del disegno salvifico di Dio Padre. Manifestazione evidente di questa provvidenza divina è la costante presenza lungo i secoli di uomini e donne fedeli a Cristo, che illuminano con la loro vita e con il loro messaggio le diverse epoche della storia».

La citazione del pensiero pontificio mi ha confermato nella domanda: la parola del Papa trova realizzazione nel libro che stiamo presentando? E la realizza in modo che emerga la figura del Beato Escrivá? Anche come ambrosiano ripensavo a quello che il Papa ci ha scritto per il sedicesimo centenario della morte di Ambrogio, nella Lettera Apostolica *Operosam diem*: «È proprio dei Santi restare misteriosamente contemporanei di ogni generazione: è la conseguenza del loro profondo radicarsi nell'eterno presente di Dio». Credo che questa non prima e non ultima biografia del beato Escrivá persegua queste indicazioni.

Ritorno, dunque, alla domanda: riesce questo libro —e quindi anche il suo protagonista— ad essere oggi contemporaneo per noi? Devo ringraziare Leonardo Mondadori, perché poco fa ci ha confidato che si dedica ad una produzione editoriale contrassegnata dalla proposta reale di valori: il libro come strumento che comunica valori, dei quali gli uomini e le donne, i giovani soprattutto, oggi hanno estremo bisogno. Questo libro riesce a comunicare questi valori? Nel rispondere, riprendo quanto detto poco fa dal prof. Giorgio Rumi: questo libro è fatto con accurate ricerche storiche, capaci di creare efficacemente il contesto sociale, culturale ed anche ecclesiale e spirituale, che videro ed accompagnarono l'esperienza umana di Josemaría Escrivá. Il libro riesce a farlo, anche ricorrendo ad abbondanti memorie autobiografiche e si pone, pertanto, come modello nuovo di agiografia, nel senso letterale di «scrittura dei santi», di «scrittura santa». Descrive, infatti, la prima parte della vita di un santo e propone abbondante materia per stimolare il lettore di buona volontà sulla via della santità, dell'imitazione —alla maniera agostiniana dei «se questi e quegli perché non

1. Este texto se ha publicado también en la revista «Studi Cattolici» 465 (1999) 754-760.

io?»— e ciò è il senso stesso delle Cause di beatificazione e canonizzazione, non fatte per attribuire un monsignorato celeste oltre a quello terreno, ma perché il popolo di Dio —da cui sempre sgorga una fama di santità— possa avere un esempio, un modo —tra gli infiniti possibili— di incarnazione del Vangelo.

Di questo non posso che rallegrarmi: finalmente un libro che supera la tradizionale —o meglio la vecchia— mentalità agiografica, per la quale il santo è sempre perfetto, sempre splendido ed encomiastico. Certo questo può accadere, per le capacità intellettuali —storiche e letterarie— dell'autore. C'è, però, certamente un'altra caratteristica, già opportunamente sottolineata dal prof. Rumi: l'autore ama il suo protagonista, ama Josemaría. Non posso che confermarlo. Lo ama, comunque, con intelligenza.

Vorrei allora soffermarmi su alcuni punti, che asseverino le mie parole, e mi limiterò al campo di mia competenza in questo momento.

Non «nacque» santo

Parlando un poco da Avvocato del diavolo, come si diceva nell'antico processo di canonizzazione, non posso che compiacermi del fatto che l'autore descrive con molta onestà e serenità il *cammino* di santità di Josemaría Escrivá. Vorrei proprio sottolineare la parola «cammino». Colui che chiamiamo Beato Escrivá non nacque santo. Non solo non amava i baci delle signore che venivano a trovare la mamma (forse perché avevano i baffi, come sembra confidare da adulto); ma era anche un ragazzo che in casa lasciava le cose in disordine, come fanno da sempre —e continueranno a fare— tanti ragazzi di questo mondo, che la mamma insegue di stanza in stanza, per riportare l'ordine, cui cerca di educare. Josemaría si arrabbiava anche per il cibo e, quando non voleva mangiarlo, scagliava (spero che non lo facesse troppo spesso!) i piatti contro le pareti, e la mamma giustamente lo puniva, lasciandolo senza cena e mostrandogli la parete sporca, perché imparasse pazienza e rispetto (p. 26). Josemaría doveva avere un carattere irruente, imperioso, non certo timido, se un giorno a scuola, durante un'interrogazione nella quale il professore si accaniva su una domanda —come talvolta succede— a un certo punto si arrabbiò, scagliò con violenza il cancellino contro la lavagna; girò su se stesso e tornò al posto gridando: «Professore, questo lei non l'ha mai spiegato!» (p. 46). Certo ci vuole coraggio per un simile comportamento, ma deve esserci —così pensiamo— anche una vena di orgoglio.

Anche coi compagni di scuola e di seminario non dovette essere tutto facile. Chi vive in comunità chiuse, come è inevitabilmente anche il Seminario, sa che vi è l'insidia —forse inevitabile— della gelosia e dell'invidia, che rendono facilmente pronti a notare i difetti dell'altro; ad ingigantire le questioni; a radicalizzare le situazioni; ad opporre la rigidità invece che il sorriso, capace di stemperare molte cose.

Va però detto che questo avviene anche quando ci si pone in condizione di farlo; quando qualcuno si espone con i suoi atteggiamenti o il suo carattere ad essere preso di mira. Così avvenne certamente anche per Josemaría. Penso alle reazioni per la cura della sua pulizia personale, che gli procurò il soprannome di «il signorino». Era molto pulito, però forse cercava di farlo notare. Penso alla sua devozione che gli procurò quello di «rosa mystica» o di «sognatore», ma penso che forse questa era la conseguenza del fatto che non stesse chiuso nella sua camera a pregare e che non temesse di manifestare —forse un po' troppo— la sua intensa devozione alla Madonna. Ebbene, Josemaría non tollerò che a stento queste espressioni, anche quando fu in seminario.

Ci fu dunque in lui il coraggio di camminare, di accettare queste umiliazioni: ed è un cammino che chiede molto tempo, una radice di vera umiltà, la pazienza del contadino, che semina in se stesso il buon seme del Vangelo ed attende i lunghi mesi dell'inverno nel raccoglimento e quelli sereni della primavera con speranza, perché sa che nello stelo d'erba c'è la spiga di grano, che nessuno ancora vede. Ho sottolineato queste cose perché —lo ripeto— è bello che, sanamente, si possa affermare che Josemaría non nacque santo. Eppure lo divenne. Come deve accadere per ognuno di noi. Egli ci può essere, allora, d'esempio, perché possiamo sentirlo come uno di noi, compagno del nostro stesso cammino: chi di noi non si è rivisto nelle piccole cose che vi ho descritto? Mi torna alla mente, al riguardo, una frase di sant'Agostino, che mi è sempre molto piaciuta, da lui detta con riferimento ai santi, agli eroi: «Se questi o quegli, perché non io?». Se ce l'ha fatta lui, perché, non posso farcela anch'io?

Allora io, che ricordo ancora quanta fatica facessi ad accettare il piatto che la mamma mi preparava la sera per cena; io che facevo fatica a sopportare le prese in giro dei miei compagni; io che mi arrabbio, quando il professore s'incaponiva su certe domande durante l'interrogazione ed io non avevo il coraggio di dire al professore quello che disse Josemaría; io che ricordo tutte queste cose, posso dirvi che se ce l'ha fatta lui, posso farcela anch'io; possono farcela molti di voi qui presenti. Questo è, dunque, il primo valore che ci consegna questo volume: sapere che la santità è un cammino, che si costruisce dai primi all'ultimo giorno della vita.

Le figure importanti per un cammino di santità

Noto un secondo valore in questo libro: l'importanza della famiglia, o —più in genere— l'importanza di alcune figure per diventare santi. Non si diventa santi da soli, non si riesce da soli. Già il prof. Rumi nel suo intervento ha parlato della famiglia di Josemaría Escrivá. Personalmente credo che alle spalle di un santo ci sono sempre anche i suoi genitori. Penso non solo a Mamma Margherita per san Giovanni Bosco; penso anche al nostro beato cardinale Ildefonso Schuster, a come fu im-

portante la presenza di sua madre e la sua parola, quando, divenuto adolescente, maturò il desiderio di diventare monaco. I parenti e i vicini lo sconsigliavano: era entrato nel monastero benedettino di San Paolo fuori le Mura, non per percorrere quel cammino, ma per la tipica carità benedettina, disponibile ad aiutare quel ragazzo di buone speranze e figlio di tanta povertà. I parenti insistevano e anche lui, il giovane Alfredo Schuster —come fanno oggi molti giovani, spesso figli unici e quindi molto legati alla loro famiglia— si domandò: «Forse è mio dovere stare vicino ai miei genitori; a mia madre che tanta povertà ha sofferto e ora posso aiutarla, mentre dal convento ogni contatto con lei mi sarà per sempre precluso». In quel frangente proprio sua madre, sola e vedova e povera —per non dire ridotta in miseria— proprio lei disse a quest'unico figlio maschio: «Non pensare a me. Tu vai. Tu segui la strada di Dio. A me penserà san Giuseppe». Ci vuole molto coraggio per parlare così; ci vuole il coraggio di una madre.

La stessa cosa ho notato nelle pagine del libro dedicate alla famiglia Escrivà. Una famiglia che viveva un'intensa vita spirituale, scandita dalla bella quotidianità degli atti di fede, quella concreta e semplice quotidianità, che ho gustato nel film «L'albero degli zoccoli». Qui, la famiglia protagonista recita ogni sera il rosario; tutti insieme fanno quelle pratiche di pietà —come si chiamavano una volta—, che noi forse abbiamo dimenticato, ma che rinsaldavano la famiglia e che pian piano facevano conoscere Dio ai figli, senza molti discorsi, senza annuali catechesi, perché la vita di babbo e mamma era catechesi vivente ed efficace, quanto lo è la testimonianza delle azioni, che rivelano il cuore e le convinzioni. Accanto alla vita di pietà c'era la trasmissione dei valori, del comportamento onesto, pur nella povertà, della fedeltà alla parola data, della fermezza nei momenti inevitabili della malattia e dell'indigenza più acuta; della custodia umile dell'unità della famiglia, dell'attenzione ai figli ed alla loro educazione, dell'accoglienza fiduciosa di ogni bimbo che viene sempre come dono di Dio, anche se non programmato e che va accolto, curato, accompagnato, nella tenera fedeltà alla propria sposa —e viceversa—, dell'attenzione cordiale ai propri vicini, con cui si vive e si collabora nella faticosa lotta per la vita, certi di essere da loro aiutati nel momento del bisogno più urgente.

Anche la famiglia Escrivá viveva questa spiritualità e ne trasmetteva i valori a figli. A pag. 92 c'è una frase molto bella: la mamma dice al giovane Josemaría: «Ricordati, non c'è parola mal detta, bensì mal compresa». È una norma saggia di prudenza e discernimento, ma è anche uno di quei proverbi che rimangono per sempre impressi nella memoria. Così un bambino diventa adulto, sapendo che deve essere prudente nel giudicare; che deve imparare il dominio di sé; che non deve picchiarsi con i compagni; che deve essere capace di mangiare anche cose sgradevoli. Questo è tanto più importante per chi è chiamato ad essere prete. La verità è complessa, e il cuore dell'uomo è un mistero, cui occorre accostarsi con discrezione e con rispetto. Mi sembra che ne abbiamo bisogno anche noi, oggi. È così facile giu-

dicare! Questo sacerdote, questo Beato, che aveva imparato da sua madre queste cose, ricorda alle mamme quanto sia importante educare i figli all'attenzione, alla discrezione, alla magnanimità.

Non dimentichiamo, poi, il padre di Josemaría. Egli non solo fu «il suo miglior amico» (p. 38), ma lo educò all'attenzione alla questione sociale, premessa alla sensibilità al mondo ed alla società, che giustifica la sua Opera. Sappiamo tutti come fosse difficile la condizione operaia nel secolo scorso e con quali difficoltà andò evolvendosi verso un maggiore rispetto degli operai, ma il frutto fu, anche, l'allontanamento della classe operaia dalla Chiesa. Anche il prof. Rumi, nel suo precedente intervento, ci ha fatto un po' intuire come sia stata poi devastante per la Spagna la lotta sociale. Ebbene, Josemaría imparò ad essere attento a questo problema, al mondo operaio, alla società. Si è cristiani non perché ci si chiude nelle sacrestie, ma perché si ha un cuore capace di essere sensibile al fratello, al più debole. Il cristiano è l'uomo immerso nella società, per lievitarla e renderla saporosa con il sale del Vangelo; per animarla senza condurla alle tragedie, che hanno insanguinato questo secolo ormai al tramonto. Questo lo si impara da un padre e da una madre che sono attenti all'educazione dei loro figli, attenti anche alla società e alle classi che vi operano per il bene comune. Penso, poi, che l'Opera, di cui ci ha parlato mons. Ravasi, si giustifichi anche in questa sua finalità: saper dare lievito alla società.

I suoi genitori gli insegnarono anche il coraggio di imparare la speranza. Pensiamo a cosa possono aver provato i suoi genitori alla morte delle loro piccole figlie. Eppure, serenamente gli dissero che bisogna andare avanti, confidando in Dio. Cosa possono aver insegnato a loro figlio, quando ci fu il tracollo economico? Eppure ebbero —come diceva il prof. Rumi— la dignità dei signori, quella di sapersi rimboccare le maniche, perché, non si è signori per quello che si possiede; si è signori per come si affronta la vita. E allora si impara ad essere pieni di speranza, quella speranza concreta, vera, perché, la speranza non è l'attesa di qualcosa che forse verrà; è la forza di vivere nel presente, certi di ciò che avverrà nel futuro.

Ripensavo al dialogo che ebbe con suo padre (pag. 98), quando gli annunciò la sua scelta vocazionale. Il padre gli chiese: «Figlio, ti rendi conto che non avrai un amore sulla terra, un amore umano?». Il padre andò al nocciolo, forse perché allora fra uomini si faceva così. «Non avrai una casa», continuò suo padre. Eppure alla fine disse: «Io però non mi opporrò». Di fronte a questo figlio così deciso il padre giustamente temeva e lo invitava a riflettere: «Ti rendi conto di che cosa significa?». Domanda tanto più angosciante, se teniamo conto del contesto storico, che ci è stato illustrato: «Ti rendi conto di che cosa significa oggi, in questo nostro Paese, fare questa scelta?». Josemaría, ricordando quelle parole e il loro vertice —«Però io non mi opporrò»— aveva concluso: «E gli spuntarono le lacrime. E' l'unica volta che ho visto piangere mio padre». Ci vogliono alle spalle genitori così, che sappiano dire: «Comunque sappi che ti sono vicino».

I passi di questo cammino

Aiutato dai due primi capitoli, ho continuato la lettura, cercando di conoscere il cuore di quest'uomo, di questo Beato. Intravedo in primo luogo la grande massima, che elaborò più adulto: «Ci sono primavere ed estati, ma arrivano anche gli inverni, i giorni senza sole e le notti orfane di luna. Non possiamo permettere che l'amicizia con Cristo dipenda dal nostro umore, dai mutamenti del nostro carattere» (p. 43).

È il coraggio della fedeltà, che è —diceva Leonardo Boff— la forma matura dell'amore. In questa maturazione d'amore si colloca il «cambiamento radicale»: «Ho incominciato a presagire l'Amore, a rendermi conto che il cuore mi chiedeva qualcosa di grande e che fosse amore [...] Non sapevo che cosa Dio volesse da me, ma si trattava evidentemente di una chiamata» (p. 95).

È quell'amore, che —come abbiamo detto sopra— fu compreso dall'amore di suo padre. Eppure —è ben noto— non erano tempi facili per la Chiesa in Spagna, ...e non solo. La sua vocazione matura in piena persecuzione spagnola e bolscevica. Scelse di entrare in seminario nel 1920 e tutta la sua preparazione al sacerdozio fu accompagnata dal progressivo aggravarsi della situazione: cosa può provare un seminarista, venendo a sapere che il suo arcivescovo, il cardinale di Saragozza Soldevilla, è stato crivellato di colpi degli anarchici il 4 giugno 1923? (p. 170) Ebbene, Josemaría vegliò quella salma; eppure era un giovane ancora libero, poteva ancora andarsene; valeva la pena donarsi a Dio e a quei fratelli, quei fratelli concreti, quella gente spagnola?

Eppure nei suoi appunti c'è la frase molto bella, che ho citato sopra: «Ho cominciato a presagire l'amore, a rendermi conto che il cuore mi chiedeva qualcosa di grande, e che fosse amore». Questo credo sia il dialogo dell'intimità dell'uomo con Dio. Quando un uomo sente «qualcosa di grande, e che fosse amore», può trovare il coraggio di diventare prete anche se vivrà nella Spagna del '31 o del '36, come è già stato detto. Non si temono più le difficoltà, anzi si diventa forti in mezzo alle difficoltà, perché, ci sono primavere ed estati, ci sono anche gli inverni, ci sono i giorni senza sole e notti orfane di luna, ma non possiamo permettere che l'amicizia con Cristo dipenda dal nostro umore, dal nostro stato d'animo. Ora, questa fermezza e questa fedeltà interrogano anche me. Lo diceva poco fa Leonardo Mondadori: forse noi siamo nella società dell'effimero e, spesso, la stessa televisione non dura neppure una serata; il giornale stesso dura appunto un giorno solo; vi è tra noi questa incapacità ad essere costanti, tenaci; vi è tra noi —uomini e donne di oggi— una frase che ricorre molto sulla bocca dei giovani: «Se me la sento». Ebbene, Josemaría, invece dice: «Non bisogna permettere che l'amicizia con Cristo dipenda dal nostro umore».

Queste parole ci insegnano qualcosa e posso capire come mai la sua Opera è pian piano cresciuta. Lui stesso lo aveva detto: «L'Opera si sviluppa in mezzo alle

persecuzioni». Infatti proprio questo libro permette di riflettere: i passi dell'esperienza spirituale e del carisma di Josemaría Escrivá sono scanditi dalla persecuzione. Fu ordinato sacerdote il 28 marzo 1925. Molti anni dopo, a poche settimane dall'inizio della tragica guerra civile, nel marzo 1936 scrive: «Oggi, 25 marzo, sentendo parlare di assassinii di preti e di suore, di incendi, di assalti e orrori... mi sono scoraggiato. La paura è contagiosa; e ho avuto timore per un momento». Ma subito aggiunge: «Non ammetterò pessimismi accanto a me: è necessario servire Dio con gioia e abbandono» (p. 611). Sono frasi molto belle, sempre commoventi, tanto più, quando uno si ricorda che sono parole scritte appunto il 25 marzo del 1936.

Il prof. Rumi poco fa diceva che questo volume sembra interrompersi dove dovrebbe cominciare. Attendiamo, quindi, il prossimo volume. Proprio questa interruzione, comunque, a me sembra un segnale profetico: il libro si chiude proprio quando giunge la comunicazione telefonica che potrebbe permettere di iniziare l'espansione dell'Opera². Ma, proprio negli stessi momenti, l'esercito di stanza in Africa si era sollevato «e a Barcellona si sparavano cannonate per le strade» (p. 624). L'espandersi dell'Opera, dunque, non fu di trionfo in trionfo, la vita di Josemaría Escrivá non fu scandita dal successo. Piuttosto è una vita che assomiglia a quella che —credo— debba essere la vita tipica del cristiano, che cammina portando la croce, seguendo le orme del Signore, non con il volto triste, perché sa che, così facendo, lo imita: imita il Dio della gioia, che dalla croce consola e come sua prima parola da Risorto augura: «Pace a voi». È la sequela autentica.

Quattro risposte

Come affrontò tutto questo? È la domanda inevitabile a questo punto della nostra riflessione. Risponderei telegraficamente in quattro punti. Primo, ponendosi in obbediente ascolto dello Spirito. Dalla prima parrocchia di Perdiguera, ove cominciò ad esercitare il ministero pastorale proprio nel 1925, in quell'Anno Santo, che Pio XI decise di consacrare in modo particolare al Sacro Cuore e concluse con un gesto significativo, estendendo alla Chiesa universale la festa di Cristo Re: ad una Chiesa perseguitata —abbiamo accennato già alla persecuzione in Messico e nell'Unione Sovietica— il Papa proponeva di confidare in un Dio, che in Cristo è vittorioso. Era un invito alla forza dell'annuncio missionario in mezzo alla burocrasia: per questo il Papa aveva voluto che durante l'Anno Santo i pellegrini romani visitassero una Mostra missionaria, tanto curata e ricca di materiale, che Pio XI decise di conservarla, trasformandola nell'attuale Museo etnografico-missionario dei Musei Vaticani. La Chiesa, in piena persecuzione, si lanciava nella missione.

2. El autor alude a los preparativos en 1936 para la expansión de la labor del Opus Dei en Valencia.

Così farà Josemaría anche nelle tappe successive del suo ministero, con il passaggio agli studi ed alle diverse cappellanie (S. Pietro Nolasco) ed il trasloco a Madrid nel 1927. Con quale spirito lo fece? Trovo la risposta al termine di pagina 254 del libro, che stiamo presentando: «Ho sempre cercato di compiere la Volontà di Dio. Mi hanno condotto da un posto all'altro come si conduce un asino, tirandolo per la cavezza, e molte volte a bastonate». E poco oltre (al termine di p. 261) con umiltà confida: «È stato Dio a condurmi, servendosi di avversità senza numero, e persino della mia poltroneria». Mi è gradita questa citazione —l'ho scelta fra molte altre possibili— perché ci testimonia che Josemaría, pur adulto, sentiva che qualche difetto ancora lo accompagnava. Pertanto possiamo avere fiducia: quand'anche fossimo già anziani, se ci scopriremo poltroni, ricordiamoci che Dio si serve anche della poltroneria per il suo Regno.

Il secondo punto è la crescita nell'intimità con Dio, della confidenza con Dio, generata proprio dall'ascolto obbediente dello Spirito. Essa matura attraverso le derisioni degli amici, l'abbandono dei compagni, la delusione delle attese in essi riposte. Attraverso tutte queste —ed altre— dolorose esperienze egli approda alla certezza dell'unico abbandono in Dio, come scrisse in una Caterina dei 1931: «Con Te, mio Dio, non c'è prova di cui abbia paura... Ma se la croce fosse il tedio, la tristezza? Io Ti dico, Signore, che con Te sarei lietamente triste» (p. 418). Quando leggo frasi così penso a me, cristiano e prete, ed ai miei fratelli ed alle sorelle di fede a me contemporanei. Io temo che fra i cristiani di oggi ci sia molta —forse troppa— timidezza. Forse bisogna essere meno timidi e più audaci, pur sapendo —e ricordandolo con molta serenità— che la situazione è difficile. Ma quando mai non è stata difficile la situazione per il Vangelo? C'è mai stata un'epoca in cui il Vangelo abbia avuto facile ascolto? Anche l'epoca in cui si dice che la Chiesa fosse trionfante, a ben guardare lo era perché ben condizionata dai potenti. Verso la metà dell'Ottocento il Servo di Dio, mons. Luigi Biraghi, fondatore delle Suore Marcelline, fece parte di una delegazione milanese incaricata di recarsi a Vienna per omaggiare l'imperatore. Mons. Biraghi rimase ammirato dell'accoglienza cordiale e degli onori riservati agli ecclesiastici ed alle istituzioni della Chiesa da parte della corte austriaca; volle allora complimentarsi per questo con l'Arcivescovo di Vienna, il quale rispose: «Se Lei sapesse come sono pesanti le catene d'oro!». Forse, anche nella nostra ricostruzione storica dovremmo ricordarlo.

Il terzo punto su cui mi soffermo è la scelta di carità concreta, fatta da questo Beato. Essa è conseguente ai due momenti indicati sopra. L'Opera —è già stato detto ed io lo credo— s'inserisce in questo solco di carità e di obbedienza allo Spirito, che genera il fiducioso abbandono di chi non si preoccupa d'altro che di amare e servire i fratelli, i più bisognosi soprattutto. Penso in particolare alla cura delle opere di misericordia nel Patronato degli Infermi. A p. 296 ci vengono sunteggiate alcune cifre, ma forse lo spirito, che lo anima, ci viene mostrato a p. 388, quando il Bea-

Notas

to Escrivá describe le sue reazioni interiori agli insulti degli anticlericali: «Proseguono le raffiche di insulti ai sacerdoti», scrive nell'agosto 1931. Ed aggiunge: «Una sera, nella piazza di Chamberi, mentre mi recavo a casa di Mirasol, qualcuno mi ha tirato in testa una manciata di fango, che quasi mi ha tappato un'orecchia. Non ho fiutato. Anzi (ho fatto) il proposito di lapidare questi poveri odiatori a forza di avemarie». È la scelta della carità —comunque sia, qualunque fatica e sofferenza comporti— appunto perché l'unico essenziale è Dio; è Gesù: egli solo è necessario; egli solo basta.

Il Beato Escrivá ne era convinto. Ne è prova una lettera del 24 marzo del 1930, ove scrive: «Il cuore del Signore è un cuore di misericordia, che ha compassione degli uomini, e a loro si avvicina. La nostra donazione al servizio delle anime è una manifestazione di questa misericordia del Signore, non solo verso di noi, ma verso l'umanità intera. Perché ci ha chiamati a santificarci nella vita ordinaria di tutti i giorni» (p. 314). La vita ordinaria era —lo ripeto— la vita di un uomo che doveva testimoniare il Vangelo in una società che in molti strati non lo accoglieva, non voleva accoglierlo più nella quotidianità della vita sociale e personale. Sempre nell'anno, in cui fu scritta la lettera appena citata (così sembra, almeno), leggiamo questa *Caterina* che compendia il quarto punto: «Gesù è il modello: imitiamolo! Imitiamolo, servendo la Chiesa Santa e tutte le anime» (p. 321).

Nei quattro momenti che ho indicato vi è l'anelito della sua vita, il desiderio della santità, della meta. Lo testimonia un appunto del 9 ottobre 1931 - ed ancora una volta si noti la data: «Oggi nella mia orazione mi sono confermato nel proposito di farmi santo. So che ci riuscirò: non perché sia sicuro di me stesso, Gesù, ma perché... sono sicuro di Te» (p. 375). Sono parole che mi richiamano alla mente una preghiera giovanile di papa Paolo VI, custodita nei suoi quaderni spirituali e probabilmente scritta negli stessi anni, sui quali ci siamo soffermati. Siamo nel 1936 e don Giovanni Battista Montini scrive probabilmente prima di una confessione: «Te solo, ch'io impari a conoscere me da Te e Te da me. Io sono pieno di desideri e di debolezza. Il primo atto della fiducia è di preferirti ad ogni desiderio. Te solo. Come è terribile la tua presenza. Tu investighi dentro e Tu conosci e giudichi. Dio, come mi giudichi? Ma Tu sai che io Ti amo». Probabilmente don Montini è turbato (una volta la confessione faceva un po' di paura, attualmente un po' meno), ma conclude: «Eppure Tu sai che Ti amo». Quasi a dire: «So che ci riuscirò, non perché io sia bravo, ma perché sono sicuro di Te». Come il Beato Josemaría Escrivá de Balaguer.

Congedo

Forse ciò che il libro ci lascia è proprio questo invito a confidare in Gesù; la fiducia in lui, fonte di ogni audacia. E non vi è audacia più grande che pensare di

«emulare Dio», come ha scritto sant'Ambrogio in uno splendido passo dell'Exameron: «Ormai è tempo di porre fine al nostro discorso, perché è finito il sesto giorno e si è conclusa la creazione del mondo con la formazione di quel capolavoro che è l'uomo, il quale esercita il dominio su tutti gli esseri viventi ed è come il culmine dell'universo e la suprema bellezza d'ogni creato. Veramente dovremmo mantenere un reverente silenzio, poiché il Signore si riposò da ogni opera del mondo. Si riposò poi nell'intimo dell'uomo, si riposò nella sua mente e nel suo pensiero; infatti aveva fatto l'uomo dotato di ragione, capace di imitarlo, emulo delle sue virtù, bramoso delle grazie celesti» (cap. 10, 75). Vorrei sottolinearlo: l'essere umano non è *un*, ma *il* capolavoro di Dio, il Suo inimitabile capolavoro, perché in ogni uomo Dio ha seminato la totalità del Suo amore.

Fu la speranza di Josemaría Escrivà, riassunta nella sigla che ci è proposta in questo volume: «DYA» (p. 549). Si danno diverse soluzioni di questa sigla. Assumo quella con cui mi trovo più in sintonia: «Dios y Audacia», «Dio e Audacia». Sono —a me sembra— i trampolini, dai quali il Beato Escrivà lanciò la sua vita: da una parte Dio e l'audacia, il coraggio dall'altra parte.

I santi devono essere modelli, esempio per noi; non fatti ad arte da noi uomini, ma proposti da Dio a noi suoi figli, perché sappiamo anche noi trovare la sua strada nella nostra vita. La vita è il cammino del viandante che è ogni uomo verso la Casa, donde un tempo era partito, quando Dio lo aveva fatto scintillare alla vita nel grembo di sua madre. Da allora, da quel misterioso momento —solo Dio ci vide esplodere alla vita nel concepimento— noi siamo in viaggio verso Colui che ci ha creati con amore, con quell'amore che aveva seminato nei nostri genitori (per questo ci concepirono), perché ce lo comunicassero e ce lo facessero conoscere, per far sì che noi stessi ne scopriassimo la bellezza e lo comunicassimo a nostra volta a chi ci avesse incontrati, sino a che, percorrendo il sentiero dell'amore, della carità arrivassimo a Casa, quella Casa dove il Padre ci attende per farci sedere alla festa del suo amore —al banchetto di nozze— sempre pronta per i suoi figli.

Come non smarrire la strada? Come individuare il sentiero? Quali orme seguire? Il santo è colui che è arrivato alla meta e Dio ce lo manda, ce lo indica come guida che ci insegna il sentiero; che ci mostra le orme che egli stesso vi ha impresso, perché possiamo dire: «Se lui è arrivato, perché non posso giungere anch'io? Se lui è santo, anch'io posso diventarlo». La strada, in fondo, ce l'aveva già indicata il Signore Gesù: «Ama il Signore Dio tuo con tutto il tuo cuore, con tutta la tua anima, con tutto te stesso. Ed in pari modo ama i fratelli, tuoi compagni d'avventura in questo mondo, che risplende della mia impronta creatrice» (cfr. Mt 22, 37). Se è proprio dei santi stimolare noi, i loro fratelli viventi, questo uomo normale eppure giunto alla Casa dei Santi di Dio, per aver creduto in questa sigla «DYA» —«Dio e Audacia»— quest'uomo, il Beato Josemaría Escrivà, ce lo insegna; questo libro ci aiuta.

Notas

Los luminosos «años oscuros» del Beato Josemaría

Prof. Andrea Riccardi (Roma, 21.IX.1999)

Questo volume sul fondatore dell'Opus Dei è limitato agli «anni oscuri» —se così posso dire— di Josemaría Escrivá, agli anni cioè della formazione, della fondazione e della gestazione dell'Opera. Sono «anni oscuri», perché il sacerdote non è ancora conosciuto e vive nel difficile mondo ecclesiastico e civile spagnolo, ma comincia a intuire quella vocazione che comincia. E' una parte della sua storia che fondamentalmente ignoravo, ma che risulta illuminante perché colloca la sua personalità umana e sacerdotale sul terreno sorgivo della sua esistenza e della sua intuizione. E' il terreno difficile, anzi tragico, di quella Spagna dei primi quattro decenni del nostro secolo, che si conclude con la grande crisi che travaglia il paese e con lo scatenarsi delle passioni e delle violenze antireligiose. Su questo periodo Andrés Vázquez de Prada fa luce in una maniera che è allo stesso tempo documentata —infatti ha avuto accesso a fondi archivistici di prima mano— e appassionata nella narrazione.

I primi anni

E' il terreno difficile di Barbastro, la città d'origine, a cui il fondatore resta legato anche se la sua formazione sacerdotale si sviluppa lontano dalla sua città. Occupandomi dei risultati della commissione per i nuovi martiri, voluta da Giovanni Paolo II per il Grande Giubileo, ho notato un tragico primato di questa diocesi spagnola: non solo la vicenda coraggiosa o dolorosa del suo vescovo, martirizzato, ma quella di 123 preti diocesani su 140 uccisi in pochi mesi del 1936. E' quel mondo tragico che culmina negli avvenimenti degli anni Trenta. Ma in quel 1936, il fondatore sarà lontano dalla natia Barbastro, ormai a Madrid, quando l'Opera muove i suoi primi robusti passi. Ma a questa data il libro di Vázquez de Prada si ferma, perché si entra in un'altra stagione della vita del beato Josemaría Escrivá e gli «anni oscuri» sono ormai tramontati.

La vicenda del fonte battesimale della cattedrale, dove mons. Escrivá e tante generazioni di barbastrini hanno ricevuto il battesimo, è significativa: quel fonte antico sarà distrutto durante l'attacco alla cattedrale e i suoi pezzi saranno gettati nel fiume (il fondatore lo riceverà e lo farà ricomporre a Roma). Il fonte spezzato ha un significato simbolico profondo. In questa furia iconoclasta c'è l'esplosione di quella volontà violenta di creare un uomo nuovo strappandolo dalle sue radici, in fretta e con la costrizione. Diceva lo slogan sovietico degli anni Trenta che potrebbe essere utilizzato anche per la Spagna: «Spingiamo con pugno di ferro l'umanità verso la sua felicità».

La storia di mons. Escrivá de Balaguer è quella della fedeltà al fonte del suo battesimo, anche quando il fonte è spezzato: cosa vuol dire ricomporre i pezzi di quel fonte in un mondo com'è quello contemporaneo? E' un mondo che, per usare l'espressione di Emile Poulat, sembra uscito da Dio. Chi avrebbe potuto dire, negli anni Venti, che la società spagnola, così intessuta di segni e memorie della fede, non avesse al suo centro il messaggio della Chiesa? Eppure, il tessuto ordinario della società spagnola era sempre più estraneo all'esperienza di Dio, anche se esistevano presenze straordinarie di fede cristiana.

L'Autore, con precisione e senza enfasi, mette in luce come don Josemaría prende coscienza di un Dio periferico nel mondo spagnolo degli anni venti e trenta o meglio di un mondo che si abitua alla normalità di essere estraneo a Dio. Un mondo ordinario che si allontana da Dio... Il suo lavoro, le sue preoccupazioni, i suoi sentimenti sono lontani. C'è un testo del 1928, quando siamo già dentro alla nascita dell'Opus Dei, in cui questo pensiero risulta chiaro: «A quell'epoca... nonostante l'ambiente religioso e il fondo cattolico della mia patria, gli uomini erano abbastanza lontani da Dio. Nessuno si occupava di loro. Le donne avevano di solito un certo pietismo, quasi sempre privo di basi dottrinali. Gli uomini si vergognavano di essere devoti. Si respirava dell'Enciclopedia».

Ambiente religioso e fondo cattolico non nascondevano al beato quale era la realtà normale e ordinaria della vita di tanti spagnoli. Potevano nascondere per tanti aspetti. Lo poteva nascondere ancora il reticolo straordinario di chiese, istituzioni religiose, santuari, memorie e pietà, confraternite, ordini e congregazioni religiose. Ma nel largo spazio della vita quotidiana il fondatore fa un'esperienza amara con animo sacerdotale e con occhi cristiani. Non sono quelli del sociologo né quelli del moralista. Sono quelli di un prete vero che coglie, capisce, conosce. E' un'esperienza dolorosa, che diventa in taluni momenti della sua esistenza molto difficile, contrastata, in un ambiente ostile o altre volte in un ambiente dove la miseria e l'abbandono congiurano per una lontananza da Dio. Qui si colloca il problema del cristiano e del prete. Ed è così —mi pare— che don Josemaría vive in maniera personale questa realtà. E comprende.

Mi sembra che un primo confronto avvenga con il clero. Il primo confronto avviene sul modo di essere prete. Egli ringrazia di esserlo e chiede dove sarebbe, forse in un tribunale, se non avesse avuto questa grazia. Ma non è facile essere prete in un mondo in cui i preti non mancano. E non è facile, perché larga parte di questo clero conta ancora sull'ambiente religioso e sul fondo cattolico del paese. Ma, forse, questo clero ha rinunciato, con il suo stile di vita, con le sue occupazioni, nelle sue ambizioni, a segnare la società.

Nel seminario di Logroño, poi a Saragozza, comincia il confronto con il suo futuro: la carriera ecclesiastica. Di fronte a questo futuro si manifesta la «divina in-

quietudine» del giovane, nutrita non tanto di giovanile irrequietezza, quanto di quella soda pietà e di quella profonda spiritualità che tutti debbono riconoscergli, anche quelli che non simpatizzano per lui. Infine si manifesta chiara un'intenzione: «non volevo essere sacerdote per essere sacerdote, “el cura”, come dicono in Spagna. Veneravo il sacerdote, ma non volevo per me un sacerdozio così» —ha ricordato—. Gli «anni oscuri» sono contrassegnati dal desiderio di un sacerdozio diverso. Infatti il giovane don Josemaría è innanzi tutto un prete nel senso vero del sacerdozio cattolico che guarda il tempo presente.

Di fronte alla prospettiva della carriera ecclesiastica, alla vita grama e triste dei «preti da Messa», agli esempi ecclesiastici familiari, il fondatore nel 1930 afferma con convinzione e senza enfasi: «Il sacerdozio non è una carriera: è un apostolato!». E' il risultato di anni di sofferenza, di incontri, di un viaggio non sempre facile nelle istituzioni ecclesiastiche, tra gente anche buona ma troppo modesta nelle sue ambizioni apostoliche. Sul giovane seminarista e prete grava il peso ordinario e —se vogliamo— banale ma concreto e condizionante di una famiglia. L'Autore mette in rilievo come il giovane don Josemaría avesse un pesante carico familiare, una famiglia che aveva conosciuto la decadenza finanziaria e che gravava in parte sulle sue spalle. Questo obiettivamente lo spingeva, anche per senso di responsabilità, a una pratica del suo sacerdozio non immune da un'idea di carriera, non fosse che per l'aspetto economico che toccava da vicino la sua famiglia. Lo spingeva in tutt'altro senso da quello che avrebbe preso. E, nelle pagine della biografia, si affaccia anche la storia familiare del beato che è molto interessante e che apre uno spaccato sulla vita spagnola del tempo.

La sua vita sacerdotale

In tutti i primi passi del sacerdozio, don Josemaría manifesta la convinzione che la sua non è una carriera ma un apostolato. E' un'affermazione decisa di fronte al sistema beneficiario con cui si reggeva larga parte della Chiesa di Spagna; ma manifesta quella concezione del sacerdozio che il Concilio Vaticano II ha messo in luce. In questo vissuto sacerdotale è, in qualche modo, nascosta la sua intuizione fondativa. Vivere da vero prete gli apre gli occhi sulla realtà, sulla condizione della gente e del loro animo, infine lo rende disponibile a qualcosa che egli non prevedeva. C'è qualcosa —come un orgoglio— che viene colto dai compagni e da alcuni superiori: «rosa mystica» —lo soprannominano per la pietà mariana— oppure «il sognatore». Non so se la parola orgoglio sia giusta (il card. Martini ha parlato di un orgoglio di Gesù, quello di essere Figlio di Dio), ma si coglie qualcosa di differente che non si riesce a esprimere nelle note dei superiori al seminario.

Fin dai primi passi nel mondo ecclesiastico, è chiara la venerazione che il giovane ha per il sacerdozio. Non lo si può negare. Eppure, nei suoi appunti riservati, si trova una confessione che sorprende, quella di un certo anticlericalismo: «ci fu un momento che mi sentii profondamente anticlericale, io che amo tanto i miei fratelli nel sacerdozio!». Che significa questa espressione? Lancinante contrasto o esagerazione retorica? Non l'uno nè l'altra. Ma soprattutto un'idea alta del sacerdozio in un mondo ecclesiastico fatto anche di brava gente ma non sempre all'altezza di questa visione. Era il distacco da un clima da caserma (egli nota la scarsa educazione del clero) o da una mentalità beneficiaria. Ma era soprattutto un'identificazione profonda con una vita sacerdotale fatta di spiritualità e di apostolato. Era una gestazione personale di un'idea e insieme un vissuto concreto.

Quello che viveva in lui era un'esperienza spirituale personale ma, allo stesso tempo, una lettura dei bisogni della Chiesa e del suo paese. Se sembrava sopravvivere tanto del passato cristiano, il giovane prete aveva la sensazione di un'emarginazione di Dio. Dio usciva dalla vita quotidiana e ordinaria per essere relegato nelle chiese o in un angolo della coscienza: l'apostolato era anche per il cristiano fervoroso «un mondo a parte, senza fondersi né interagire con il resto della sua esistenza». Brava gente c'era, ma spesso fuori dalla vita! Il mondo della gran vita ordinaria degli uomini e delle donne sembrava vuoto di Dio. Chi aveva conosciuto il mondo dei poveri come durante il periodo in cui è cappellano al patronato degli infermi, senza limitarsi solo all'impegno liturgico, ma lasciandosi coinvolgere dai miseri e dai poveri se ne era accorto. Se ne era accorto nella frequentazione degli ospedali. Perché c'è questo aspetto —che la biografia sottolinea documentatamente— di condivisione del mondo dei poveri e dei sofferenti in maniera molto diretta e personale da un prete che appare vulnerabile al loro dolore e che si spende nell'accompagnarli. Chi aveva conosciuto i giovani studenti, quelli della Facoltà di Giurisprudenza, quelli madrileni, chi aveva conosciuto le famiglie segnate dalle difficoltà economiche, se ne accorgeva. Non era solo questione di una classe dirigente che voleva togliere Dio, ogni riferimento, la Chiesa, dalla vita pubblica. Il problema era ben più profondo: quello di una vita ordinaria, in cui tutt'al più Dio era nelle pieghe straordinarie della vita. Era il problema di un mondo moderno che assumeva questo aspetto e davanti a cui si rinnovava la missione antica della Chiesa.

La nascita dell'Opus Dei

C'è qui il 2 ottobre del '28 che, attraverso i preziosi appunti intimi (le caterine) e altri interventi, si chiarisce: «Madrid è stata la mia Damasco, perché qui mi sono cadute le squame dagli occhi dell'anima...» All'emarginazione di Dio, il fondatore propone di vivere Dio nel cuore della vita ordinaria: «La cosa per noi “straor-

dinaria” è l’ordinario: l’ordinario fatto con perfezione». Nella sua ricerca il fondatore si informa dell’Opera del card. Ferrari e dei Paolini, poi sull’opera polacca del padre Honorato. Ricerca, esitazioni. Non c’è nulla di decisivo e di mitico, come talvolta nella pia storia delle fondazioni. C’è come un tempo in cui il beato ricerca istituzioni vicine alla sua sensibilità e capaci di rispondere ai bisogni che individua, ma —nota nel 1930— «era necessario fondare, senza alcun dubbio». L’ora della decisione che per lui è ubbidienza. Ma c’è sempre una nota di umiltà e di sorpresa: «... non capisco, non vedo perché essendo così necessaria, non sia stata intrapresa prima un’opera così» —scrive nel 1932—. Così evidente e allora perché nessuno ci aveva pensato prima?

Il campo dell’apostolato è quello della vita ordinaria e del quotidiano: «ci ha chiamati a santificarci nella vita ordinaria di tutti i giorni» —scrive nel 1930—. Ma non si tratta, nonostante di modesti e faticosi esordi, di una piccola realtà, bensì di un *grand dessin*, di un grande disegno. Siamo ormai nel cuore di un grande progetto che egli spiega in questo modo: «Dobbiamo rivolgerci sempre a tutti quanti, perché non c’è creatura umana che non amiamo, che non cerchiamo di aiutare e di comprendere. Tutti ci interessano, perché tutti hanno un’anima da salvare, perché a tutti possiamo consegnare, in nome di Dio, un invito a cercare nel mondo la perfezione cristiana...».

Nella *caterina* del 1931 troviamo: «Intendo che le caratteristiche dell’Opera di Dio saranno: unità, universalità, ordine e organizzazione». Anche se poi qualificherà l’Opera come un’organizzazione disorganizzata. Ma nel testo del 1931 c’è tutta la missione a livello universale, insomma quei passi successivi che fuoriescono dagli «anni oscuri» e che forse sono ben più noti e su cui speriamo avremo presto un altro volume da parte dell’autore.

Vorrei, avviandomi a concludere, esprimere una sensazione che emerge dalla lettura di questo libro, per chi come me è stato poco familiare di questa biografia. Non c’è un merito esclusivo del biografo, ma anche di mons. Escrivà, per come egli si è raccontato anche rispetto a tempi lontani. Non c’è enfasi o angelizzazione del suo vissuto, ma la vicenda di una ricerca dura, qualche volta nella difficoltà dell’ordinario, di fronte a piccoli-grandi problemi, in mezzo ai drammi, tra cui si assiste all’emersione di questo grande disegno. Non che l’intuizione del fondatore sia vissuta come qualcosa di privato o psicologico, ma c’è insieme pudore e concretezza di chi ha coscienza di non avere a che fare con qualcosa di proprio, che non ha bisogno di amplificazioni né retoriche né sentimentali. E, a questo proposito, le *caterine* costituiscono un materiale prezioso.

Il travaglio —questo spesso non lo si coglie— non è solo quello delle scelte concrete, delle difficoltà materiali, delle incomprensioni ecclesiastiche normali, ma è anche quello di una spiritualità che emerge e che cerca parole e espressioni che

sono nuove quanto è nuova la proposta che viene fatta. E un travaglio essenziale alla ricerca di parole che vogliono significare nuove vie per la spiritualità e per la vita. Non è cosa da poco e si gioca sul filo dell'ubbidienza a una vocazione ma anche sul timore di un orgoglio. Qui il «sognatore» diventa fondatore anche nel travaglio di un'anima. Per coglierlo le *caterine* sono un testo prezioso, illuminante anche questo travaglio: «Il nocciolo e la novità che l'Opera comportava nella teologia ascetica e pastorale si riflettono anche nel lessico che il Fondatore usava —scrive Vázquez de Prada—. La terminologia, l'ininterrotta battaglia con le parole in funzione di una retta comprensione di quanto voleva esprimere, costituì per lui una dura impresa. Perché l'autore delle *caterine* intendeva comunicare qualcosa che era essenziale alla natura del messaggio ricevuto (la santificazione in mezzo al mondo); mentre le espressioni del linguaggio ascetico usuale non si adattavano a questa idea e il loro significato naturale snaturava ciò che il Fondatore intendeva esprimere».

Non è travaglio da poco, perché quando questo avveniva in Spagna si stava verificando una crisi dalla grande portata con l'affermazione dell'anticlericalismo, la legge sulle congregazioni, l'espulsione dei gesuiti, le manifestazioni di odio e di violenza contro la Chiesa, i templi, i preti. Era quello il tempo per fare qualcosa di nuovo? Era il tempo per una nuova Opera? Non era il momento di attestarsi sulla difensiva? In tutte queste manifestazioni antireligiose, mons. Escrivà percepisce non tanto la vicenda politica, ma la manifestazione del distacco da Dio nelle sue profondità. C'è in questo dolore, forse, una spinta a continuare.

Lungo il filo di questi anni, che ho chiamato oscuri perché riguardano la vita ordinaria del giovane prete (termina quando il prete non ha ancora 35 anni), emerge un tratto che caratterizza poi il resto della biografia del beato: quello dell'audacia, che è anche il nome che dà alla sua prima Accademia DYA: Dio e Audacia. Egli scrive: «Non c'è posto: per gli egoisti, i codardi, gli indiscreti, i pessimisti, i tiepidi, gli sciocchi, i pigri, i timidi, i frivoli. C'è posto per i malati, prediletti da Dio, e tutti coloro che hanno un cuore grande, anche se più grandi sono state le loro debolezze».

Ma forse l'audacia caratterizza ancora di più l'altra parte della vita del fondatore, quella che appena si abbozza in queste pagine quando egli annota: «Madrid? Valencia, Parigi? Il mondo».

Notas

En los orígenes de una misión

Card. Dionigi Tettamanzi (Roma, 21.IX.1999)¹

«Un modo per potersi capire con Dio»: mi ha colpito leggere questa espressione nella presentazione di Andrés Vázquez de Prada alla sua biografia del Beato Josemaría Escrivá. L'autore applica tale espressione, che mi pare assai felice, alla stesura degli «Apunti intimi», alcuni quaderni dove quel giovane sacerdote (siamo attorno al 1930), andava trascrivendo le ispirazioni interiori, le preghiere, le attese spirituali, le ferme decisioni di penitenza, che intessevano il suo rapporto personale con nostro Signore, il suo sforzo sincero di comprenderne la volontà.

In un commento sull'opera di Vázquez de Prada si afferma che questa è la prima vera biografia di Josemaría Escrivá. Mi sono chiesto se questa è un'affermazione presuntuosa oppure legittima. Mi pare che sia davvero legittima perché la biografia scaturisce da un'analisi accurata di un amplissimo materiale documentativo inedito. In particolare gli «appunti intimi» che rappresentano senz'altro il contributo più importante. Ma il materiale documentativo va oltre perché si fa riferimento non solo a questi appunti intimi, ma anche a molte testimonianze e a molte lettere raccolte nell'epistolario. In questo modo ci è dato di incontrarci con dati e con nomi che sono assenti nelle biografie precedenti del fondatore dell'Opus Dei.

Chi legge il libro, nota immediatamente la concentrazione dell'autore sulla persona del fondatore dell'Opus Dei più che non sulla Prelatura. Mi pare, però, che una lettura attenta permetta di vedere nel fondatore, in particolare nello sviluppo della sua vita interiore, quei semi che fioriranno nell'Opus Dei e caratterizzeranno, per il bene della Chiesa e della società, questo stesso Opus Dei.

Di fronte ad una presentazione che di per sé riguarda soltanto 34 anni di vita del fondatore, ma che di fatto si configura molto ampia e assai dettagliata, mi sono chiesto per l'incontro di questa sera se c'erano delle prospettive particolari che io potessi scegliere, in ordine ad una presentazione assieme agli altri, dell'opera stessa.

Ora, senza pretesa né di completezza né di ordine, ho scelto tre prospettive che sono in linea con la mia personale esperienza di vita e di missione sacerdotale; in linea inoltre, con la conoscenza della verità non specifica e non approfondita che personalmente ho del carisma dell'Opus Dei e quindi del suo significato di grazia, di responsabilità dentro la Chiesa e al servizio della Chiesa. Quindi una lettura parziale, ma ha il vantaggio di ritrovare dentro di me una risonanza immediata e molto concreta.

1. Una síntesis de esta intervención se publicó en «La Stampa» (Turín, 23.XI.1999).

Il Beato Escrivá seminarista e sacerdote

La prima prospettiva è quella di Escrivá seminarista e giovane sacerdote. Come ho anticipato, il riferimento è alla mia esperienza di vita; sono entrato in seminario da ragazzo e ci sono stato a lungo come insegnante e formatore di futuri sacerdoti. Ma penso che il riferimento al seminario e ai sacerdoti corrisponda anche a un elemento fondamentale dell'Opus Dei che collegato con la presenza e con l'azione dei sacerdoti.

Escrivá come seminarista. Entra nel seminario di S. Carlo a Saragozza il 28 settembre del 1920 e vi rimane 4 anni e mezzo esatti. Difatti riceve l'ordinazione presbiterale il 28 marzo del 1925. Entra a 18 anni, e vi rimane nel pieno, nel fiore della sua giovinezza. Uno sguardo sintetico e nello stesso tempo penetrante, interiore, a questi anni, mi ha condotto a rilevare due tratti caratteristici della vita seminaristica del Beato: la fatica e la determinazione.

Si rileva in continuità la fatica di questo giovane ad adattarsi innanzi tutto ai compagni, alla loro vivacità e anche alle loro frequenti derisioni. Il nostro veniva spesso nominato con il termine di «signorino» per la pulizia veramente molto spiccata e per il modo di vestire. Veniva anche chiamato «rosa mystica» per la devozione alla Madonna e per le sue visite quotidiane alla Basilica della Madonna del Pilar, e sottolineo questo particolare perché ritroviamo così fin dalla giovinezza quella devozione alla Madonna che è uno degli elementi, riterrei essenziali, della spiritualità di Escrivá de Balaguer.

Ecco come lui stesso un giorno lo ha dichiarato: «La devozione per la Vergine del Pilar inizia nella mia vita fin da quando, con la loro pietà di aragonesi, i miei genitori la infusero nell'anima di tutti i loro figli. Più tardi, durante i miei studi sacerdotali e anche quando ho frequentato la facoltà di diritto nella Università di Saragozza, le mie visite al Pilar erano quotidiane». Il rimando alla sua infanzia e alla sua famiglia mi pare molto significativo perché c'è un capitolo molto bello sulla famiglia e sull'influsso determinante che la famiglia ha avuto per la crescita della vita interiore del Beato.

Ho parlato di fatica, di adattamento ai compagni, ma devo aggiungere anche ai superiori, a cominciare dal rettore; è stato accolto con freddezza, anche se poi questi superiori si sono ricreduti e hanno valorizzato questo giovane assegnandogli, avanti l'età abituale consueta, il posto di ispettore o di direttore, posto che veniva immediatamente dopo quello del rettore del seminario.

Ma questa fatica, mi pare, leggendo il libro, si coniuga immediatamente con una determinazione veramente singolare, nel senso che la situazione difficile, Josemaría l'affronta con grande coraggio e i diversi ostacoli vengono da lui affrontati e risolti sempre senza mai perdere la sua bontà e, vorrei dire, persino la sua gentilezza.

za. A proposito di questa determinazione, ho letto in termini simbolici questo piccolo episodio: all'entrata, giovane, in seminario, regala al portinaio il tabacco, la pipa e gli altri ammenicoli da fumatori che portava con sé, segno di un distacco che doveva riguardare ben altre cose al di là appunto del tabacco e della pipa.

La determinazione nel seguire il cammino indicato da Dio. Questa determinazione mi pare emerga molto interessante ed affascinante nella sua vita interiore, da un lato impegnata a chiedere luce per poter camminare e dall'altro lato impegnata a dire di sì di volta in volta, quando la luce gli rischiarava il cammino così come Dio stesso lo andava disegnando. Tra le tante citazioni mi pare interessante quella che lui stesso a distanza di anni, il 14 febbraio 1964, farà della sua vita di seminario nel segno di questa determinazione. Passò il tempo e —ricorda— succedettero molte cose dure, tremende, quindi il termine fatica è un termine forse leggero rispetto alla difficoltà incontrata. «Non ve le racconto —aggiunge— perché a me non causano pena ma a voi la produrrebbero certamente». E subito dopo continua: «Erano colpi di accetta che Dio nostro Signore dava per modellare da questo albero la trave che doveva servire suo malgrado per fare la sua Opera. E quasi senza rendermi conto ripeteva *Domine ut videam, Domine ut sit*. Non sapevo di che cosa si trattasse, ma continuavo ad andare avanti, avanti senza essere all'altezza della bontà di Dio ma desiderando ciò che più tardi avrei ricevuto. Una quantità di grazie una dopo l'altra che non sapevo come definire e che chiamavo operative perché dominavano la mia volontà a tal punto che quasi non dovevo fare nessuno sforzo».

Un altro testo pure interessante, sempre su questa ricerca della volontà di Dio e questa determinazione a realizzarla, è il seguente: «E io, mezzo cieco, stavo sempre aspettando il perché. Perché mi faccio sacerdote? Il Signore vuole qualche cosa, ma che cosa? E in un latino decadente, afferrandomi alle parole del cieco di Gerico, ripeteva: *Domine ut videam, ut sit, ut sit!*». Ed anche: «Che sia ciò che tu vuoi e che io ignoro. *Domina ut sit*». La devozione alla Madonna lo porta infatti a riproporre la tematica in chiave mariana.

Ma c'è una citazione ancora più sconvolgente, a mio modo di vedere, perché mette in luce la durezza di questa fatica di cui ho detto ma anche la lucidità e l'incrollabilità di questa determinazione a fare soltanto la volontà di Dio. Nel luglio del 1934, mentre esaminava il percorso della propria vocazione sacerdotale, si domandava un giorno a tu per tu con il Signore: «Dove sarei io ora se tu non mi avessi chiamato». Rispondeva così, in coscienza: «Se tu non avessi impedito la mia uscita dal seminario di Saragozza, quando credetti di avere sbagliato strada, mi starei agitando nei tribunali spagnoli come fanno altri miei compagni di università anziché al tuo fianco, proprio perché ci fu un momento in cui mi sentii profondamente anticlericale. Io, io che amo tanto i miei fratelli nel sacerdozio». Mi pare davvero la citazione significativa di questo aspetto della sua vita seminaristica che ho voluto compendiare nei due termini «fatica» e «determinazione».

Tappe del suo sacerdozio

Quanto al suo sacerdozio, viene ordinato il 28 marzo del 1925, il sabato delle Tempora di quell'anno, a pochissimi mesi dopo la morte del padre, Josè, che ha avuto un influsso davvero decisivo nella vita di Josemaría. Fu, questo padre, un uomo che ha aiutato il figlio a camminare per la via del dolore in maniera dignitosa e forte. Lui, questo commerciante che ebbe, tra l'altro, anche un tracollo economico e visse in una situazione di difficoltà in una maniera davvero encomiabile. E' interessante un giudizio che dà il Beato del padre quando lo definisce «il suo migliore amico» e parlerà delle sue visite al cimitero, come delle visite alle reliquie del padre.

Viene ordinato sacerdote in una cappella del seminario di S. Carlo, proprio quel seminario che ho detto è stato il campo di quella fatica, di quel cammino determinato e deciso. Io penso che sia naturale per noi chiederci con quali sentimenti questo giovane sacerdote ha celebrato la prima santa Messa. Non ci è dato di conoscerli ed è bello non conoscere tante cose, io penso, anche dei più grandi santi. Questo tra parentesi. Ma c'è una citazione che ho trovato in una piccola nota che meriterebbe essere riferita. Una volta gli fu chiesto quali fossero i ricordi di quel giorno, ed egli così rispose: «Guarda figlio mio —il rimando è Alvaro del Portillo— guarda figlio mio, non ricordo nulla che vi possa raccontare ora, ma mancherei alla verità se non dicessi di quei momenti ricordo molto, tutto, penso». Ma che cosa ci stia in questo tutto, a noi non è dato di sapere.

E' interessante, al di là dell'ordinazione, considerare i primi anni di sacerdozio, di ministero sacerdotale. Quella fatica del seminario la ritroviamo anche nei primi anni di sacerdozio perché i superiori non gli trovavano una destinazione; han trovato una piccola parrocchia rurale, poi un'altra parrocchia rurale e qualche incarico di ripiego a Saragozza, poi è andato a Madrid, per laurearsi in Legge, ma soprattutto per seguire l'oscura traccia del volere divino che lo conduceva per mano. Molto interessante per gli storici è la ricostruzione dell'ambiente clericale della Madrid degli anni venti e trenta stracolma di sacerdoti extradiocesani che il Vescovo cercava di allontanare. In questo clima il Beato Josemaría si dedica all'apostolato con poveri e malati.

Non mi fermo a segnalare né le esperienze precedenti nella parrocchia di Perdiguera di 800 abitanti e nella cappellania di S. Pietro Nolasco, né quella, già a Madrid, nel Patronato de Enfermos. Mi limito soltanto a due flash.

Il primo è questo: che ha sottolineato in una maniera davvero molto bella il mistero eucaristico e il mistero della riconciliazione, dedicando per questo secondo ministero ore e ore al confessionale quindi alla direzione spirituale. Ritroviamo qui evidentemente una linea caratterizzante il ministero dei sacerdoti dell'Opus Dei.

Una citazione tra le tante: «Era tale il suo zelo spirituale per celebrare il santo Sacrificio, che riteneva ben impiegata tutta una vita di dedizione e di lavoro, se fosse stato necessario, per ordinarsi sacerdote e dire la Messa. Quanto al confessionale, ho già parlato così, in termini quantitativi ma anche qualitativi, per quanto attiene alla direzione spirituale delle ore, delle ore dedicate al confessionale, anche in questi ambienti piccoli».

E l'altro elemento, forse anche più significativo, è che ha concepito il ministero sacerdotale non come un ministero di attesa delle persone ma un ministero che impegna ad andare a tutte le persone, in tutte le case, per rivolgersi a tutte quante le categorie di persone senza alcuna discriminazione. Anche qui a me pare di trovare un seme che troverà sviluppo nella costruzione dell'Opus Dei.

Il Beato Josemaría e la Croce

La seconda prospettiva —sarò più breve— è quella della Croce; è quella della persecuzione; e quindi dalla sua testimonianza coerente e coraggiosa in un contesto di Chiesa davvero segnato dalla persecuzione. A cominciare dall'assassinio del Cardinale di Saragozza, Soldevilla, il cui cadavere Escrivá vegliò tutta la notte, il giovane sacerdote si trovò a dover fare i conti con la persecuzione religiosa, dapprima sotto la forma di odio e vessazioni contro i preti, poi con l'incendio di chiese e conventi e in ultimo (ma questo volume, primo di tre, si ferma un attimo prima, al 1936) gli assassini di sacerdoti, religiosi e laici cattolici.

Perché ho voluto fare un accenno alla Croce, alla persecuzione? Per la sua importanza nella vita del Beato. Ed anche perché mi pare di poter fare un riferimento alla situazione attuale nella quale il Santo Padre, tra i diversi segni che il Giubileo del 2000 dovrebbe mettere in chiara luce, ha ricordato ripetutamente la *memoria martyrum*, la memoria dei martiri. Nella Bolla di indizione del Giubileo *Incarnazione e mistero*, ricorda come il martirio come possibilità, rientra nell'orizzonte normale di un cristiano che intende vivere la sequela di Cristo. E sempre in questo bellissimo numero di *Incarnazione e mistero* Giovanni Paolo II dice che i martiri non possono essere soltanto l'oggetto della nostra ammirazione, della nostra preghiera, ma devono essere anche un richiamo a tenere viva la disponibilità personale al dono totale di sé per amore di Dio e per amore dell'uomo.

Questo discorso della persecuzione mi pare emergere continuamente nei testi che l'autore ci presenta quando vengono segnalate di volta in volta le tante difficoltà che ha incontrato e le tante croci pesanti che il Beato ha dovuto portare. Difficoltà e croci esteriori, sarebbe interessante parlare anche della situazione economica della sua famiglia e dell'impegno economico che il giovane sacerdote ha dovuto continuare per dare un sostegno alla mamma e al fratello. Ma più che difficoltà e croci

esteriori interessano difficoltà e croci che pesano, che sconvolgono il cuore e lo spirito; in questo senso la lotta ascetica che ha dovuto continuamente affrontare per cogliere la volontà di Dio e per fare la volontà di Dio in termini di coerenza e di coraggio, mi pare che sia davvero una condivisione del Cristo che cammina verso la Croce e porta la Croce.

E' interessante, ma qui devo correre a raggiungere le ultime battute, il tema della fedeltà, cioè essere fedeli a Cristo sempre. Non soltanto nei momenti in cui si è in qualche modo aiutati dal sentimento, dall'emozione, ma anche nei momenti della fatica esteriore e interiore. Così lo manifesta un'altra sua citazione: «nella vita interiore succede che ci sono primavere ed estati ma arrivano anche gli inverni, i giorni senza sole e le notti orfane di luna. Non possiamo permettere che l'amicizia con Cristo dipenda dal nostro umore, dai mutamenti del nostro carattere. La fedeltà e la forma più nobile e più matura dell'amore e dell'amore amicale nei riguardi di Cristo».

Ma ciò che vale la pena di sottolineare è che questa serie di difficoltà, di croci, di persecuzioni, viene affrontata nel segno evangelico del perdono. Basti tra tutte queste citazioni: «Proseguono le raffiche di insulti ai sacerdoti», scriveva al principio di agosto del '31. Ed aggiunge: «Ho fatto il proposito di tacere anche se mi insultano, anche se mi sputano addosso. Una sera nella piazza di Chamberi, mentre mi recavo a casa dei Mirasol, qualcuno mi ha tirato in testa una manciata di fango che quasi mi ha tappato un orecchio. Non ho fiutato, anzi, il proposito di cui sto parlando è quello di lapidare questi poveri odiatori a forza di avemaria. Credevo che tale proposito fosse ben solido; ma l'altro ieri non l'ho vissuto per ben due volte facendo una chiassata invece di conservare la mansuetudine».

La vocazione universale alla santità

E infine l'ultima prospettiva alla quale accennerò, per altro in termini molto veloci e telegrafici, è una prospettiva che coglie forse l'aspetto centrale del carisma dell'Opus Dei ed è la vocazione universale alla santità. Una santità da realizzarsi nel mondo e con le attività quotidiane. Mi pare che a questo che ho definito l'aspetto centrale, il Beato sia stato preparato —certamente con la guida dello Spirito— proprio dalla sua speranza di vita. Questo già nell'ambito della famiglia, nell'ambito del seminario, dei primi anni del ministero.

Nella *Tertio Millennio adveniente* l'obiettivo prioritario di tutto il Giubileo, viene indicato dal Papa in questi termini straordinariamente semplici ma quanto mai impegnativi: il senso del Giubileo è di suscitare un vero anelito alla santità. La biografia può essere letta da diversi punti di vista. Ma penso che è bello e significativo leggerla in modo da immergerci nella scia dell'ideale della chiamata alla santità, segnalata, prima che con la costruzione dell'Opus Dei, con la vita interiore del suo Fon-

Notas

datore. E penso che la grande sfida del mondo attuale, che il Sinodo dei Vescovi sull'Europa si accinge a definire per quanto riguarda il nostro continente, è proprio la sfida della santità.

In *Forgia* ha scritto il Beato: «Dio non ti strappa dal tuo ambiente, non ti allontana dal mondo, né dal tuo stato, né dalle tue nobili ambizioni umane, né dal tuo lavoro professionale, ecc. Però lì, lì, ti vuole santo». E in un altro scritto, in *Sol-co*, leggo una testimonianza per me ancora più suggestiva: «La tua vocazione di cristiano ti deve chiedere di stare in Dio e al tempo stesso di occuparti delle cose della terra adoperandole oggettivamente come sono per restituirle a Lui».

Penso che tutti noi siamo fin troppo occupati nelle cose della terra. Se vogliamo che la nostra occupazione risponda a quella sfida prioritaria deve valere per tutti e per ciascuno di noi quello «stare in Dio». Ed è proprio il Papa nella *Tertio Millennio adveniente*, a definire la religione cattolica come la religione del rimanere in Dio.